RAFAEL BARREDA

PEPA LARRICA

LAS DOS TRAGEDIAS

I.

BUENOS AIRES

1899

RAFAEL BARREDA

LAS DOS TRAGEDIAS

PRIMERA PARTE

DE

PEPA LARRICA

BUENOS AIRES

—

IMPRENTA DE «EL NACIONAL», BOLIVAR 264

—

1899

DE COMO SE ESCRIBIÓ ESTE HISTÓRICO ROMANCE

(AL DOCTOR ENRIQUE D. PARODI)

Folletinista y director—¡Más sensacional!—El Crimen del Pañuelo Blanco—Interview con un bibliófilo — Mis amigos de antes — Tres pálpitos—Revisación de periódicos—Época de Rivadavia—¡Eureka!—Mi crimen—El Pañuelo Blanco ó sea El Crimen del Sótano—Desaire de un director de Diario—Birladura de dama —Agradecimientos de un autor.

I

Era por el mes de agosto de 1884 cuando escribia yo los folletines de *La Patria Argentina.*

Estaba para terminarse *La pera envenenada,* — calificada de *muy deplorable* por mi distinguido amigo y fecundo escritor Roberto Payró,—cuando vino á mí el señor director y me dijo:

—Muy bueno su primer folletin y pa-

sable el segundo; pero hay que hacer algo más sensacional.

—Más sensacional!—exclamé yo asombrado al recordar que en *La pera* había echado el resto de las sensaciones. Usted dirá, señor director.

—Algo histórico,—reafirmó como hablando consigo mismo y luego como si hubiese encontrado su objetivo, añadió:—¿Conoce V. el célebre crímen del *pañuelo blanco?*

—El crimen del pañuelo blanco?.... No, señor... De qué época?

—No recuerdo precisamente; pero á cualquiera de nuestros mayores que V. le pregunte le dará razón porque ese crimen metió mucha bulla.

—Pero siquiera los nombres de los personages principales.... (Aquí me dió algunos detalles más; pero que poco ó nada adelantaban á lo dicho).

—Por último: ¿quiere una fuente preciosa?—me preguntó.

—Cómo nó.

—Véalo al doctor C..

—Verdad: el doctor C... no es solo un archivo viviente si nó que posee rarísimos documentos inéditos y especialmente en esas *referencias*. Lo veré.

Y me puse en campaña tras el doctor C... con quien tenía alguna relación.

—Ah, si, — me contestó sonriendo, cuando llegamos á encontrarnos y le ex-

puse mis deseos,—el famoso crimen.... Muchos son los que han querido hacer *novelas* sobre él; pero han escollado en la falta de datos.

—Cierto,—dije, por decir algo.—Y usted debe conocerlos bien, ¿verdad, *mi distinguido* doctor?

—No solamente los conozco si no que tengo el expediente de la causa inédito.

—Lo sospechaba, *mi querido* doctor. Y si usted quisiera hacerme feliz....

—Va usted á escribir esa *historia?*

—Ya sabe usted que el *género criminalista* está hoy en su apogeo salvo el de la andante caballeria gauchesca que supera á todos.

—Y bien?

—Que el episodio á que me refiero me ha sido recomendado especialmente por el director de *La Patria Argentina.*

—Verdad, usted escribe ahora los folletines de ese diario.

—Si, señor.

—Pues, mi amigo, siento en el alma tenerle que manifestar que para ese diario no doy mis *materiales.*—Tengo mis razones.

—Pero, *carísimo* doctor!....

—Para usted particularmente lo que quiera; pero para ese diario *nones.*

—Transigamos.... Dígame usted siquiera la época. .

—No la recuerdo bien....Del 35 al 40.

—Y el nombre del criminal?

—Averigüe.

—Pero, *mi distinguido* doctor!....

—Bástele saber que ella se llamaba Pepa y el marido Manuel Larrica.

—Y el asesino?

—El amante de Pepa.

—Su nombre, doctor?

—Averigüe.

—Y se despidió de mi temiendo sin duda *ablandarse*.

—Volvi al director.

—Y?...—me preguntó con el laconismo expresivo de esa conjunción copulativa.

—Nada, señor director, nada. El Dr. Ç... posee el expediente inédito de la causa, tiene todos los datos; pero se niega á proporcionar nada para *La Patria Argentina*.

—Lo sospechaba. No importa.

—¿No importa?

—Vea y hable con la gente de aquellos tiempos. Aún debe existir mucha....

—Con efecto si es en la época que el Dr. C... me ha indicado; pero el expediente ...

Mi amigo, si no tiene el expediente, constrúyalo, fórjelo con los datos que pueda adquirir. Es necesario que usted me escriba *El pañuelo blanco*.

No había mas remedio: al director le había venido ese antojo y era necesario escribir *El Pañuelo blanco* ó renunciar á

escribir folletines en *La Patria Argentina*.

Me lancé, pues, á hacer *nuevas investigaciones*.

El pañuelo blanco se me había encajado en las narices y llegué á no ver otra cosa que.... *El pañuelo blanco*.

Indagué, pregunté, tuve conferencias secretas con mis íntimos amigos de entónces y hoy *mis inolvidables muertos*, Gabriel Lársen del Castaño, Miguel L. Noguera, Enrique S. Quintana, Alberto Diana, etc., no porque ellos llegaron á ser *gente de aquellos tiempos*, sino por su preciosa ilustración en tradiciones nacionales.

El uno recordaba haber oído *algo de eso*.

El otro tenía memoria de que en su hogar se había contado *algo* semejante.

—Porqué no ves al doctor T....?

—Habla con el doctor M....

—Pero, hombre, en eso de *tradiciones* el doctor Q.... ó el doctor N. V....

—Y si no el doctor O.... ó el doctor L....

—Interroga al educacionista Z....

—Pero quien te puede sacar de apuros es el doctor A. W.... que ha escrito un libro curiosísimo sobre Buenos Aires, setenta años atrás.

—La fecha no es tan remota.... Haz lo que te dice tu director.... Ve á los hombres de la época.

—Me parece bien.

Y seguí el consejo; pero *estaba de Dios* que aun no *había llegado el momento fatal de ser feliz* porque todas aquellas personas que pude consultar por aquel entónces, me dieron solamente datos vagos sin poder precisar la época: nadie recordaba precisamente el año; nadie conocía de *visú* el hecho.

Me hallaba verdaderamente desolado cuando me dió *un pálpito*:

—Un crímen célebre,—me dije,—debe haber sido, cuando menos, comentado por los diarios. Pues á revisar los diarios de aquellos tiempos que algo han de decir.

Otra perplejidad. De 1835 á 40 no hubo en Buenos Aires, salvo algunas hojas transitorias, otra publicación periódica que *La Gaceta*.... Y *La Gaceta* solo se ocupaba de los *crímenes* de Rozas. Sin embargo, emprendí la tarea de revisar el órgano del *tirano* desde el año 30.

Cuánto servilismo!....

Cuánta *miseria humana!*

Cuánto dato precioso para la historia del llamado *Nerón Argentino!*

Quedé satisfecho y harto de *salvajes unitarios* y de *santas federaciones*; pero, mi *crimen* no parecía en los diez años de *Gaceta* que me devoré.

Tuve otro *pálpito*.

¿No me habría dado equivocada la época ó el año mi estimado doctor C....?

Podia muy bien que asi fuese.

Pues entónces....

Tercer *pálpito:* Ya que estaba en la tarea de revisar *gacetas* debía empezar por el principio; esto es, recorrer todos los periódicos y revistas que se empezaron á publicar desde el año uno y seguir hasta llegar al treinta.

La tarea no era difícil y sobre todo desagradable.

A la obra.

Vino á mi, primero y ante todo *El Telégrafo Mercantil, rural, político, económico é historiógrago del Rio de la Plata* que fundó el insigne coronel Mesa en el año 1801, pequeña hoja de papel de hilo impresa con caractéres mediovales (no había otros) por la imprenta de los *niños expósitos*....

Curioso y oportuno hubiese sido presentarlo en la exposición actual en parangón con los colosos de hoy.... Casi un siglo de diferencia.

Nada: *no hay crímen.*

Venga el *Semanario de agricultura, industria y comercio*, algo semejante en la forma, fundado un año después por el doctor Vieites.

Tampoco.

Entremos al año 10 y véamos *El Correo de Comercio de Buenos Aires* que redactaba el que luego fué uno de los inmortales próceres de la independencia

argentina, doctor D. Manuel Belgrano; recorramos desde su fundación aquella *Gaceta de Buenos Aires* primer órgano de los patriotas argentinos, fundado por acuerdo de la junta revolucionaria el 4 de julio de 1810.

Cuánto dato para la historia de la independencia!

Cuánto precioso detalle en esas innumerables notas!....

Recorro sus once años de existencia y.... ¡tampoco! No veo allí ningún *pañuelo blanco*.

Entremos entónces en la gran época, en la época mas brillante de la revolución social, intelectual, material, filosófica, política, etc., etc.; por que ha atravesado la gran provincia de Buenos Aires, la futura República Argentina. Venga á nos las abundantes hojas que entónces se daban á la luz y engolfemos nuestro espíritu en la lectura de tanto y tanto proyecto colosal como surgía de aquel eminente cerebro que se llamó Rivadavia!

Sólo indicarlos indicialmente llenaría las columnas del viejo decano de la prensa argentina. (1)

Han trascurrido cerca de ochenta años y aún no se han realizado ni la mitad de aquellos proyectos colosales!

---

(1) Me refiero á *El Nacional* donde se hizo esta publicación.

Y aun hay quien dice que *hemos progresado.*

Pigmeos al lado de aquel gigante!

Pero, veamos, de un lado la *prensa séria*: *El Argos, El Centinela,* «el extranjero» *Ambigú* y otros muchos. Del otro la *prensa burlesca*, satírica, epigramática, salpimentada con dicharachos de bajo pueblo; pero escrita con un punzante aguijón que seguramente levantaría ronchas enormes en la sociedad de entónces.

Allí Juan de la Cruz Varela, Ignacio Nuñez, Feliciano Cavia. Aquí el insigne educacionista, fundador de la primera escuela de dibujo, fray Francisco Castañeda.

Qué lenguaje! Qué purismo de forma y qué profundidad de ideas!.... Aún no había lo que hoy llamamos completa libertad de imprenta; pero con qué libertad y aun con qué licencia se decían las verdades!

Lleno de gozo me hallaba trasportado á aquel mundo, leyendo tan lindas cosas cuando.... ¡Oh dioses tutelares de los folletinistas!.... Aparece en uno de aquellos diarios.... ¡la huella *de mi crímen!!*

Yo no sé a punto fijo hasta dónde debe llegar el grado de sensación satisfactoria que el minero experimenta al hallar la veta del precioso metal; pero es indudable que no debe ser mas elevado del que yo experimenté en aquel momento.

Presentada la huella seguí por ella hasta

encontrarme con los nombres propios de la víctima y los verdugos!

Basta.

Tomé aquellos datos; los coopilé y empecé mi *romance* (?) sin plan fijo, sin acción determinada, sin otra *urdiembre* (?) que el principio y el fin: una hermosa mujer casada con un hombre feo, que *se cansa, se fastidia* de éste y convino la manera de deshacerse de él con su amante UN TAL U.... "MUY AFAMADO POR SUS CRÍMENES".

Y allá en el fondo de todo eso ... el *pañuelo blanco* ondeando en la platea durante la representación teatral!....

A la carrera terminé el primer capítulo y me fuí con él al director de *La Patria Argentina.*

Iba á proporcionarle la gran sorpresa del siglo!

Dos sorpresas, porque el *romance* (?) no solo llevaría el inocente título de *El pañuelo blanco* sino que iría acompañado de otro terrorífico, verdaderamente *sensacional*: *El crimen del sótano!*

—Señor director,—le dije encubriendo la vanidad de aquel triunfo con modestia afectada,—aquí tiene usted los originales del primer capítulo.

—De qué? — me preguntó con cierta indiferencia.

—A que no adivina?

—Del pañuelo blanco?....

—Del *Pañuelo blanco* ó sea.

—Ah!.....

Aquella fria exclamación me dejó sin concluir.

—Por ahora es inútil,—añadió el bueno del director con mayor frialdad—tengo la sección del folletin prometida para otra obra que durará uno ó dos meses. Mas adelante veremos.

Efectivamente:—un apreciabilísimo colega—creo que el distinguido escritor conocido en las letras con el pseudónimo de *Fray Mocho*,—me había birlado el folletin de *La Patria Argentina*.

Miré al estimado director con el silencio calificado de oro; guardé los originales del primer capítulo de *El Pañuelo blanco* ó *El crímen del sótano* y envolviendo mi actitud en una ofendida delicadeza, saludé gravemente y me marché con ese aire de autor desengañado á quien acababan de herir en lo mas profundo de su.... bolsillo.

La verdad es que yo esperaba, con justicia, una extraordinaria compensación por aquella laboriosa pesquisa literaria llevada á efecto con tal éxito.

Ah!, mi estimado director de la fenecida *Patria Argentina*, cuánto y cuánto tengo que agradecerle por aquel inocente desaire!

En el siguiente contaré por qué.

II

Reaccionando—Reconstruyendo — Auto de fe... inquisitorial—Amigos viejos — Manuscritos é impresos — Recopilación de datos — Otro pálpito—Nuestros mayores—Mayores cuatro veces—Las cárceles de entónces y los narradores de hoy—La academia de música y el perjeño Esnaola—La reforma y sus consecuencias——Costumbres del año 20—La revolución Pagola y la de Tagle—Una anciana retentriz—Manos á la obra.

Con efecto, aquel inocente desaire hizo en mi espíritu el efecto de un verdadero remordimiento. Iba tras la huella de *un crímen* sin ver en mí los impulsos de conato literario.

Si, pues; tenía ante mis ojos fuente de abundosos materiales y la miraba indiferente para formar mi *romance* (?) con el lodo glutinoso oculto en los antros de su fondo.

Reaccioné; dejé de lado la simple relación de *un crímen*, tanto mas repugnante cuanto que en ella no debían figurar mas personajes que la víctima y los verdugos; recordé los preciosos datos que aquella

multiplicidad de hojas periodísticas poseían; *reconstruí* vagamente aquella sociedad y aquellas costumbres; saboreé aquel lenguaje, mas castizo que el que usamos ahora y tuve... no sé si la acertada inspiración de pintar, como mejor me fuera posible, aquel *teatro*, las escenas de aquella época recamando con ellas el marco de mi cuadro. Esto es: *mi crímen*. Claro, sin el crímen el *interés palpitante* de la obra desaparecía; pero también es verdad que, con semejante realce, destacaría, con menos prevención y repugnancia en los *espíritus delicados*, el *fondo criminal*.

Hice un auto de fé con el primer capítulo de *El Pañuelo blanco* ó *El crímen del sótano* y sin plan fijo todavía, con la circunvisión en mi cerebro empecé á tomar apuntes de todos aquellos *documentos*, ayudándome en esa tarea mis viejos amigos Luis Romero, Diego Ruiz y... otros, que ya han dejado de existir.

Porque es de advertir que yo no contaba, en mi poder, con esa preciosa colección de periódicos y que tuve que consultarla, y extraer de ella mis apuntes en la Biblioteca Nacional, salvo algunos como *El Centinela* y otros, que me proporcionaron mis amigos los doctores Alberto Diana,—cuya magnífica biblioteca ya no existe como él,—Carlos Molina Arrotea, que la tiene como una de las más impor-

tantes de nuestros importantes bibliófilos, etc., etc.

Por de contado que no recurrí de nuevo al distinguido doctor C... aunque podía hacerlo con probabilidades de éxito, puesto que yo no trabajaba ya para *La Patria Argentina* ni pensaba darle á ese diario mi reformado trabajo.

Pero si bien para *El Pañuelo blanco* ó *El crimen del sótano*, narración simple de un crimen ó crónica policial destilando sangre y veneno, me hubiese venido como de molde el expediente inédito, para mi nueva idea me era más propio y oportuno, más sólido en todos sentidos el *expediente impreso*.

Y á él me atuve; es decir, tomé todos aquellos *informes*, los recopilé en cuadernos y en hojas sueltas, etc., y traje á mí cuanto libro, diario, folleto ó revista, pude obtener, correspondientes á fechas posteriores, que se ocuparan *sobre la materia*.

Con qué objeto?

Con el de no repetir lo que ya se hubiere dicho ó apartarme en todo lo posible de ello.

Fué entónces que pude comprobar algunos pequeños *robitos*, sin importancia, relativos á las *costumbres* de aquella época resaltante.

Me hallaba impaciente por *comenzar;* pero aún me faltaba lo más importante:

conocer con verdad los principales personages y no dejar su descripción librada á la fantasía. Necesitaba de otros datos preciosos que en ninguno de los impresos consultados pude encontrar.

Tuve otro de mis *pálpitos* y recordé en seguida las palabras de mi estimado exdirector: *A cualquiera de nuestros mayores que le preguntára sabría darme razón.*

Cierto!

Cómo no haberme acordado antes!...

Lancéme, pues, en busca de *nuestros mayores*; pero retrocedí contrariado: había transcurrido mucho más de medio siglo y los *mayores* que yo debía consultar tenían que ser mayores cuatro veces!...

Esto es, pasar del octavo decimal para siquiera darse cuenta precisa y verdaderamente *verídica* de aquellos acontecimientos.

Y de esas venerables reliquias quedaban tan pocas!...

Sin embargo, busqué y encontré todavía algunos siglos vivientes.

Con los datos recogidos por mí, refresqué su memoria y la de sus descendientes.

Con qué gratas fruiciones recordaban sus juveniles años aquellos simpáticos ancianos!

Y con qué agrado escuchaba yo las digresiones y divagaciones que de cuando en cuando hacían salpicando sus recuerdos!

Del año 20 pasaban al año 40 y solían confundir los hechos y las épocas, los hombres y los acontecimientos con la convicción mas ingénua.

Me hablaban del antiguo Café de Catalanes; de las calles sin empedrar; de cómo se hizo el techo de la Catedral y en los momentos mas lúcidos de una retentiva sorprendente, traían á colación hasta el precio que se pagaba por los trajes con que la policía vestia á los presos,—seis pesos y un real.

—Entónces había dos cárceles,—añadían,—la de Oruro llamada la Bastilla Porteña, que se encontraba en la calle del Colegio, hoy del Perú y la de los soportales del Cabildo. En aquella se encerraba á la gente *decente* que no podía págar sus deudas y en ésta á los bandidos. También se encontraba aquí, junto con esta, la cárcel de mujeres, lo que era una indecencia muy criticada por las gacetas de entónces. Recuerdo que á aquellos presos los hacían confesar y cuando comulgaban en la Casa de Justicia, se adornaba ésta y toda la calle con paños, banderas y pendones. Era una de las pocas *fiestas* á que solía concurrir mucha gente.

—Si yo no estoy trascordado, señor—me decía otro—me parece que fué allá por el mes de octubre del año 23 que se inauguró la Academia de Música y Canto en los altos de la casa del Tribunal de Co-

mercio. ¡Viera que concurrencia la que asistió á aquel acto! Allí estaban los señores ministros, los representantes y todas las señoras mas ancopetadas. Se cantó... Ah, si, la *Urraca Ladrona*.... ó la *Italiana en Argel*.... No recuerdo bien.... El *perjeño* Esnaola tocó el piano como no lo hé vuelto á oír tocar en mi vida. Se recitaron versos muy lindos, no sé si del doctor don Juan de la Cruz Varela, de Labarden ó de Luca, que los tres brillaban mucho por sus composiciones.

—Recuerdo,—divagaba otro,—que Rivadavia se había propuesto reformar las costumbres y las leyes retrógradas de la metrópoli, por lo que los interesados andaban en continuo movimiento revolucionario. Una noche se representaba en el teatro Argentino.... Era el teatro Argentino? Sí, que fué construído allá por el año 4 ó 5 y al de la Ranchería lo había incendiado un cohete volador. Entónces se quemaban cohetes en los atrios de las iglesias cuando había alguna fiesta mayor.

—Qué pasó en el teatro Argentino?

—Pues pasó que se representaba un sainete bastante tonto.... Creo que era el *Padre avariento*.... Amigo, el teatro se encontraba de bote á bote. Allí estaba todo el mundo de la ciudad. Iba pasando desapercibido el tal sainete cuando Culebras, que hacía de gracioso.... Ha oído Vd. hablar de Culebras?

—Mucho.

—Que sal tenía para anunciar las funciones.

—Mucha.

—Pues Culebras, que representaba el papel de abogado tramoyista, lanzó una frase con su media lengua que estalló en el público como si fuera una bomba. Refiriéndose á la poca utilidad que entónces dejaba la abogacia dijo, improvisado seguramente: "Pobres de nosotros, si también nós viene la reforma como la que van á sufrir las demás clases privilegiadas". Qué aplaudir, amigo mío, que aplaudir por parte de los partidarios del Gobierno y que silbar por parte de los de la oposición! Parecía que el teatro se venía abajo. Tuvo que tomar parte el Juez y la policía por que de lo contrario aquello habría concluido muy mal....

Y como estas otras muchas *noticias* de aquellos tiempos que concordaban precisamente con las que yo tenía.

Pero donde me hallé con un verdadero tesoro de explicaciones fué al conocer al anciano M... y su venerable esposa.

El contaba á la sazón ochenta y cuatro años y ella dos menos,—ciento sesenta y seis entre los dos.

Qué lucidez de retentiva particularmente en la respetable señora!

—Te acuerdas?—le preguntaba á su espo y el esposo, sin decir palabra, hacía

signos afirmativos con la cabeza.—Entónces habia pocos paseos y diversiones pocas,—continuaba,—y solíamos asistir con éste á las frecuentes ejecuciones que tenian lugar en la plazoleta del Fuerte.—Ahora me viene á la memoria un susto que nos llevamos.... Una noche que no había función en el teatro fuimos, como de costumbre, á escuchar la retreta á la plaza de la Victoria, cuando vimos que mucha gente se aglomeraba á los soportales del antiguo Cabildo. Nos acercamos llevados por la curiosidad y vímos, al resplandor de un farolillo que lo alumbraba, el cuerpo de un hombre que decían habían asesinado á cuchillo esa mañana.

—Pues si viera usted cómo se jugaba en aquellos tiempos al carnaval! Figúrese que....

—Me acuerdo también de aquella otra noche, — la interrumpió el esposo, — que estábamos tú y yo muy tranquilos sentados en un poyo tomando el fresco, cuando de pronto sonaron tiros, se llenó la plaza de frailes franciscanos que gritaban:—*Religion ó muerte!*—se abrieron las puertas de la cárcel y salieron los presidarios como alma que lleva el demonio. Te acuerdas? Era el coronel Pagola que se había rebelado contra el Gobierno.

—No, Pepe, la revolución de Pagola fué el año 20 y lo que tú dices fué la que hizo Tagle el año 23.

—Qué sorprendente memoria, señora!— la dije verdaderamente admirado.

—Si me acordaré yo cuando recién llevábamos tres años de casados.... Éramos dos criaturas....

A qué repetir ni decir tanto y cuánto como aquel venerable matrimonio me refirió si ello ha de hallarlo el lector en otra forma, condensado ó esplayado en lo que ha leído y seguirá leyendo en la continuación de MI OBRA?

Baste decir que á esos dos nobles ancianos,—que creo ya no existen y cuyos nombres propios no doy, como no doy los de los demás por no estar habilitado para ello y por creerlo innecesario,—les debo muchos de los datos correspondientes á mis principales personajes.

Por ellos *conocí* la persona y el carácter *de la víctima, de la esposa, del amante* y de cuanto detalle podía colmar mis intenciones de folletinista á ese respecto.

Con estos y *aquellos* elementos de acción, de detalles *verdaderamente* históricos, me hallaba, pues, á mi entender, ya habilitado para emprender la tarea que me había propuesto llevar á cabo.

Era, pues, llegado el momento de dedicarse á la icnografía literaria.

Mi intención fué, desde un principio dividir la obra en tres partes; pero abarcando toda ella un solo titulo.

La llamaria *El pañuelo blanco* ó le da-

ría el terrorífico título de *El crimen del sótano?*

Al primero le tenía justificada aprehensión:—me recordaba la confección de un romance de pacotilla. Al segundo le había tomado verdadera adversión por ser contrario á mis íntimos gustos.

Y sin embargo, uno y otro encuadraba perfectamente con el fondo de la obra.

Discutí conmigo mismo; leí, estudié, reflexioné, abarqué mi pensamiento en una sola mirada y con los *documentos* á la vista resolví, sin mas trámite, que, en conjunto, mi obra se llamara *Pepa Larrica.*

Por qué? En primer lugar porque me agradaba. En segundo, *por que sí* y en tercero, porque siempre me ha parecido lógico el nombre de una mujer para titulo de una obra cuando la *heroina* de esa obra es una mujer.

Ahora, *en detalle*, resolví titularla en cada una de sus tres subdivisiones: 1ª Las Dos Tragedias; 2ª La Confesión de un Médico y 3ª Religión ó muerte!

Del por qué llamé Las Dos Tragedias á la primera parte es lo que el curioso lector va á saber en mi siguiente.

III

Sugestión del arte — El teatro por dentro—Real y ficticio—"El drama nuevo" y "Las dos tragedias"—El "Argos" del año 22— La "Orestes"—El título y la acción—Digresión oportuna—Mancomunidad de ideas — Lenguaje alegórico—Periódicos argentinos y escritores ingleses—Romances y romancistas—La originalidad de la obra en el modo de componerla.

Acabais de asistir á la representación de una obra teatral.

Os habeis imaginado que las decoraciones son verdaderas montañas; verdaderas columnas de mármol y jaspe; que esos encantadores jardines y esos egregios salones *existen.*

Estais sugestionados de tal manera que los artistas y figurantes son para vosotros verdaderos personajes de la época que representan.

Que esa Dido es la Dido de la ficción de Virgilio.

Que ese Eneas que estais viendo y oyendo es el verdadero Eneas, hijo de Venus y Arquises y príncipe de Troya.

Que ese lenguaje rítmico del verso endecasílabo es el lenguaje propio y natural de esos personages.

Todo lo que se presenta ante vuestra vista al levantarse la cortina de boca os transporta é idealiza y al retiraros de allí la ilusión os domina aún y aún conservais en vuestra imaginación sensacionada el recuerdo de aquello como una verdad tangible.

Pero no os retireis.

Venid conmigo.

Entremos por una puertecilla excusada al proscenio.

Os voy á mostrar aquellas agrestes selvas, aquellas columnas gigantescas, aquella Dido y aquel Eneas y vereis á este convertido en un simple burgués, que fuma en pipa turca y á aquella en una modesta madre de familia que da de lactar á un tierno infante mas gruñidor que lechón urgado.

Vereis que todo aquel aparato no es sinó arpilleras, lienzos ó papeles pintarrajeados que suben ó bajan por medio de cuerdas ó tinglados.

Vereis que en aquel encantado recinto entran, salen, pasan ó atraviesan hombres vulgares en mangas de camisa, forcejeando con bastidores, bambalinas, forillos y telones, llevando de aquí para allá esas, al parecer, inmensas moles, gritando éste, bostezando y esperazándose aquel, mientras

que el de mas allá da saltos de saltimbanqui alcanzandoos con la punta de su sandalia si os descuidais.

¿No es cierto que *la ilusion* desaparece de vuestro cerebro casí instantáneamente?

—Pues eso temo que os pase, si es que alguna *ilusion* ha podido produciros, la lectura de la primera parte de "Pepa Larrica".

Nada importa.... ¡Adelante, lector!— Estaís en el modesto proscenio de mi teatro.

Vais á saber por qué se llama *Las dos Tragedias* la primera parte de *mi obra.*

Yo podría contestar que por la misma razón que la segunda se llamará *La confesion de un médico*; la tercera *Religion ó muerte!* y el todo (como en las charadas) *Pepa Larrica;* pero es que hay otra razón mas obvia.

Se llama *Las dos tragedias* porque son dos las tragedias que se exhiben y se desarrollan, en ese *romance.*

La una *ficticia.*

La otra *real.*

Aquella basada en las nebulosidades de la historia *fabulosa.*

Esta en los acontecimientos verídicos de casi nuestros días.

Ambas con muchos puntos de contacto.

Algo parecido ó semejante á *El Drama Nuevo* en que Tamayo y Baus nos presenta *dos dramas* en uno: el que va á repre-

sentarse y el que se está representando; el de la escena y el del hogar, ambos ligados por una acción tan admirablemente desarrollada que llega un momento en que el espectador cree que todo aquello es *verdad*.

¿Inspiróme la obra inmortal de Tamayo y Baus el argumento de *Las dos tragedias?*

Si así fuese, no tendría por qué negarlo; pero no fué así.

Ni remotamente pasóme por la imaginación ese monumento clásico del teatro español cuando concebí *la idea*, ni cuando la desarrollé y ni aún dospués hé pensado en ello hasta el momento en que escribo estas líneas.

Me había propuesto, como ya lo hé dicho, *recamar* el fondo del romance con las *embelesadoras* costumbres y *modalidades* de aquella época.

Presentar los locales mas concurridos con todos los accesorios, las personas frecuentadoras de ellos, etc.

Y sobre todo, tenía especial empeño en ocuparme, aunque someramente, de los artistas y cómicos que actuaban en aquellos teatros *por cuyas representaciones tenía la mujer de D. Manuel Larrica verdadera predilección.*

Y en ello estaba, abarcando aquel panorama y siempre en la tarea de recojer apuntes cuando leí lo siguiente en *El Argos* del sábado 10 de agosto de 1822:

"Teatro — *Para mañana domingo*— **Orestes,** *tragedia en 5 actos, canto y sainete.* (No se dió el domingo pasado por accidente del señor Díez").

Diré que ya habia tenido impulsos de titular á aquella primera parte *La tragedia del año 20*; pero me parecia tan vaga esa denominacion que la hube desechado cuando al leer ese aviso me vino la intención de que mis lectores,—pocos ó muchos,—*asistieran* á una de las representaciones teatrales de aquella época.

Como?

Ligándola á la *accion* del *romance.*

Qué mas propio entónces, que mas natural, dado el carácter de mi obra que elegir la *Orestes,* cuyo epitome se asemejaba á la tragedia del año 20?

De ahí el título.

De ahí el desarrollo de la primera parte de mi obra.

Solución de un problema mas sencillo que el huevo de Colón.

Y yo pregunto:

¿Qué tendría de particular que á *alguien* antes ó despues que á mi, se le ocurriera ponerle ese mismo título á un *romance,* título para el que yo no he pedido todavía patente de invención á la oficina correspondiente?

La cuestión no está en el título sinó en la acción.

Esto me hace acordar.... Permítaseme

una digresión como la de los ancianos de mi anterior, que yo voy en camino de serlo.

Van para dos años que escribí un juguete teatral, inspirado en una de las obras de mi distinguido amigo el sabio escritor y médico afamado Dr. Eduardo Holmberg.

Titulábase *Los Autómatas.*

Se lo llevé al inspirado poeta y dramaturgo español D. Marcos Zapata, quien tenía ó desempeñaba la dirección artística del teatro de la Comedia.

Lo leyó y me lo devolvió manifestándome que, apesar de que le agradaba, no podía representarlo por carecer de teatro, compañía y empresa para ello.

Un mes después anunciaban los carteles del mismo teatro de la Comedia la representación de *Los Autómatas*, original de los señores Prieto y Rusga, estrenado *recientemente* en el teatro de Apolo de Madrid. Dadas las circunstancias que mediaban y los antecedentes ocurridos creí que se trataba de una verdadera superchería.

Me dirigí al señor Zapata en busca de una explicación (que publicó *El Tiempo)* y hasta consulté *el punto* con mi respetable amigo y jurisconsulto notable, doctor Jorge Argerich.

Después tuve la convicción firmísima de que se trataba solo de una sorprendente

mancomunidad de pensamiento: — á los autores madrileños se les habia ocurrido el mismo título que á mi, casi el mismo mes y día!

Hecha la digresión, volvamos al punto de partida

La *Orestes* que yo presento en mi *romance* y cuyo argumento pongo en boca del célebre Culebras, no es aquella *Orestes* que se representó en el teatro Argentino.

Los versos qae recitan *Electra* y *Orestes* no le deben nada á nadie: son míos como son mias las décimas que el payador canta en la *taberna*.

Aquella *introduccion* debió ser de la segunda parte, pero me pareció más propio colocarla donde está.

Comienzo allí por presentar las exterioridades de aquella *Gran Aldea*. como después la calificó mi malogrado amigo el Dr. Lucio V. Lopez, el mas grande de los talentos literarios que tuvo la tierra de Sarmiento,—para llevarlo al lector á la interioridad de una *pulpería*, con sus hombres y sus *costumbres*.

Sigo diseñando y presentando el antiguo Café de Catalanes con sus parroquianos y sus *modalidades*.

El lenguaje de que hacen uso mis *personages* en uno y otro locales es típico.

Hé querido representar en él las dos prensas que había entónces.

Si quereis comprobarlo, no teneis más

que repasar las pequeñas columnas de los periódicos del año 20 al 23.

El de la *pulpería* se encuentra allí casi literalmente, por no destruir su forma gráfica, en aquellas hojas burlescas que se llaman *El Despertador, La verdad desnuda, Cuatro Cosas, Doña María Retazos*, etc., cuyas expresiones más ó menos groseras, pero ingeniosas, debieron á su vez ser tomadas del lenguaje mordaz del bajo pueblo.

El del Café de Catalanes,—con excepción de la tragedia que cuenta Culebras como allí el rápido bosquejo del primitivo gaucho,—lo hallareis con parecida forma en los periódicos sérios de aquella época. Hallareis también en ellos el nombre de las diferentes obras y sus críticas, que se representaban en el teatro Argentino; las distintas clases sociales que asistían á aquellas representaciones y otros muchísimos detalles de que yo hago uso con perfectísimo derecho tratándose de *historiar romancescamente.*

Tomaos la molestia de computarlos con aquellas hojas que se encuentran á vuetra disposición en la Biblioteca Nacional y os convencereis que hé bebido en buenas fuentes al presentaros mi trabajo.

Pero si no os basta, ahí teneis "Hanbook of the River Plate" de los señores Mulhall, "Letters on South America" de los señores Robertson, los distintos folle-

tos y aún libros del fundador de "British Packet"; Mr. Love, los de Mr. Wilfredo Latham, por que es de advertir que los ingleses se han ocupado más de las costumbres de esa época que los mismos argentinos.

Ahí teneis *Buenos Aires desde setenta años atrás* del Dr. Antonio Wilde, en donde se coopilan *familiarmente* datos y pormenores con apreciaciones erróneas algunos y algunos muy oportunos.

Todo eso y mucho más por lo que se refiere *á la verdad histórica.*

Veamos ahora: *Las Dos Tragedias* es obra *original?*

He ahí una articulación de voz acomodaticia, tan acomodaticia, aunque de distinguido género, como la de *romance.*

¿Es un romance *Las Dos Tragedias?*

Para afirmar ó negar una y otra cosa, sería necesario darnos cuenta de la verdadera acepción de una y otra palabra.

Romance, *en buen romance,* es la lengua castellana manifestada en crónicas ó leyendas poéticas; pero la Francia moderna ha tomado esa palabra y ha reemplazado con ella el calificativo de *nouvell* (novela).

Resulta entónces que, según la moderna acepción, ya corriente en todo el mundo literario, *romance* que reemplaza á *novela,* es una ficción más ó menos verosímil tratado en absoluto; pero la latitud

de esa acepción, abarca en su forma y en su fondo distintos géneros y escuelas, desde el cuento de hadas hasta Zola; desde Walter Scott hasta Pigault Lebrun; desde Miguel de Cervantes Saavedra hasta Enrique Pérez Escrich; desde Renato Lesage hasta Honorato Balzac; desde *Jorge Sand* hasta Emilio Castelar, Vicente López, José Mármol; desde Lamartine, Chateaubriand ó Arlincourt hasta Eugenio Sué, Melchor Federico Soulié, *Francisco Trollpé* (Feval) ó Ponson du Terrail, desde *Boz* (Carlos Dickens), hasta Jorge Isaac; desde Tomás Babigton (Macaulay) hasta D. F. Sarmiento; desde Conscience hasta Acevedo Díaz; desde Heine hasta Eduardo Gutiérrez, porque tan *romance* es, según la acepción moderna de esa palabra, el *Amadis de Gaula* como *Nana*; el *Waverley* como *Mi Tio Tomás*; el *D. Quijote de la Mancha* como *El Cura de Aldea; El Diablo cojuelo* ó *Gil Blas de Santillana* como *El Médico de Aldea* ó *Eugenio Grandet; Lelia Dupin* y *Jacobo*, como *Ernesto, Hermana de la Caridad* ó *Novia del Hereje* y *Amalia; Graziella, Los Mártires del Cristianismo* ó *Solitario*, como *Los Misterios de París, Condesa de Montfermeil, Misterios de Londres* ó *Memorias de Rocambole; David Coperfield como María; Leyendas Fabulosas de Roma*, como el *Facundo; El Año de los Milagros*, como *Ismael;*

El Dr. Fausto ó *Luterio*, como *Juan Moreira* ó *Santos Vega*.

En esos autores y esas obras, tomado al acaso del recuerdo, se encuentran doctrinas, métodos, tendencias, sistemas, etc., completamente distintos, estilos diametralmente opuestos.

El clasicismo, el romanticismo, el tradicionalísmo, el realismo, el naturalismo, cuantas *escuelas* existen ó han existido están ahí representadas en su mayor parte bajo la forma de *romance*.

Luego el *romance* literalmente hablando según la acepción moderna, está en la *forma*.

Julio Verne, Maing Reig y otros muchos nos presentan detenidos estudios sobre todas las ciencias humanas; pero vulgarizadas con la *forma del romance científico*.—Hay allí la solución de principios generales; pero también hay la simulación de la verdad en la ficción romancesca—Irwing, Prescott y otros varios, —y es mucho decir,—escriben las leyendas cronológicas de los primitivos y medianos tiempos de las Indias de Colón y esas obras deben clasificarse, á mi entender, de verdaderos *romances cronológicos* y no de *Historia* como lo dicen sus autores.

¿Por qué? Por su *forma* y porque no todo lo que allí se dice es verdad intrínsica ni filosófica.

Ricardo Palma y algunos otros crean sus leyendas basadas en los *dichos* ó anécdotas trasmitidas de padres á hijos y á esas leyendas se las llama *romances tradicionales.*

Romances históricos deben llamarse *La Novia del Herege* é *Izmael*, ya citados, de los doctores don Vicente López y Acevedo Díaz.

¿Por qué? Porque la ficción romancesca envuelve en su forma una época ó un período eminentemente histórico y porque *históricos* son muchos ó algunos de los personages, muchos ó algunos de los hechos que allí se desarrollan.

En el mismo caso entónces se halla mi modesta producción: — es *romance,* según la acepción moderna, con el aditamento de *histórico* por las condiciones indicadas.

En cuanto á su originalidad, si ella depende de la concepción, hecha con elementos extraños, como extraños son los que forman la amalgama del artífice; si ella estriba en el *plán, método, cuadros, estilo*, puedo, con toda conciencia, declarar que *Las Dos Tragedias* es, de todas mis producciones, la más orígínal.

Buenos Aires, febrero 10 de 1899.

Rafael Barreda.

LAS DOS TRAGEDIAS

INTRODUCCION

Nieblas opacas circundaban la tierra.

Frios y húmedos efluvíos emanaban del aire.

Rareciánse las capas atmosféricas y las ráfagas violentas que del sur venían abriendo grietas y formando vaporosas nubes, dejaban entrever claridades menos ténues, más brillantes.

La tormenta, una vez detenida y con gravitaciones indecisas, próxima á descargar, amenazó tan solo y, á los impulsos irresistibles del pampero, siguió su marcha vertiginosa, dejando tras sí,—como enemigo que va en derrota,—las instantáneas y perdidas huellas del relámpago, gruesas gotas de agua raleadas de las nubes y el cada vez más lejano retumbar del trueno perdiéndose hasta apagarse en la inmensidad de la distancia.

Resonaban tañidos broncos, acompasados ó discordantes, producidos por las campanas de numerosas iglesias y conventos.

Confundiánse con los sonoros ecos los murmullos crecientes ó decrecientes de las mareas turbulentas del ancho río y los ecos de voces humanas.

Dominaba el sempiterno chirriar de las pesadas carretas que, desde muy lejos ó de las chacras y quintas cercanas, llegaban á la ciudad por la parte noroeste de los Corrales de Miserere, por la calle Ancha de Barracas ó por el camino de Recoletos y Alameda.

Y los pesados vehículos se detenían, unos, por hallarse estancados hasta la maza en profundos pantanos é imposibilitados de seguir por más bárbaros castigos que los empedernidos boyeros aplicaban á las estropeadas y mugidoras bestias; otros, marchaban cautelosamente por las huellas de sendas peligrosas y de aquellos desuncían los bueyes y descargaban el abasto en media calle atendiendo á marchantes revendedores que acudían presurosos al par de los sisadores que no permitían la venta si no se pagaba antes la correspondiente contribución.

Se iban improvisando los *puestos* en la plazoleta del 25 de Mayo, en el Rastro de la Recova Vieja, en los soportales de la casa de Escalada ó junto al paredón del Coliseo por donde atravesaba la callejuela de las Animas.

Celadores que entraban y salían de la Cárcel Pública conduciendo á los desorde-

nados trasnochadores ú obligando y vigilando á los presos barrenderos de las calles á que cumplieran su pena con mayor actividad.

La bandera de Belgrano flameando con sus colores celestiales en la Fortaleza y, en los fosos, que rodeaban las murallas de ésta, soldados que dejaban el servicio y que se entretenían jugando á las cartas ó á la taba.

Mercachifles con sendos bultos á cuestas deteniéndose en esta ó aquella casa; armando sus bandolas donde mejor les venia para el expendio de sus pintorescas baratijas; carretillas tiradas por mulas, vendedores á caballo; muchos negros, más mulatos,—esclavos *aun* en su mayor parte;—extranjeros y *criollos*, pregonando con destemplados gritos ó cánticos guturales entre otras muchas cosas, *carne* y *frutas, verduras* y *aves, empanaditas de miel, mazamorra cocida* y *agua del río.*

Alguna criolla *placera*, india *civilizada* ó *tia* española, cuidando parsimonicamente ó soplando en cuclillas la amortiguada lumbre de un anafe colocado en el cordón de la vereda, donde en sartén, olla, parrilla ó en simple fierro atravesado se asaba, freía ó guisaba, carnes y pescados, buñuelos y guisos que iba volviendo ó sacando con cucharón ó espumadera de hierro, ó con los dedos, sin escrúpulos de aseo y colocando en fuentes ó platos como mejor viniera.

Calles derechas y cuadradas, cuya monotonía se interrumpe por la variada arquitectura de sus caserones, de un piso casi todos, con ámplias puertas, rejas salientes en sus ventanas y balcones, pocas con azotea, algunas con techos de teja, entremezclados con ranchos, que mucho abundan hasta en lo más central.

En las cercanías de la plaza Lorea, yendo por la calle de las Torres, hoy Rivadavia, muchas tiendas y tienduchos formados en barracas de madera, atendidos por indios *pampas* los que venden ó cambalachean, trapaceando en lo que pueden, plata al peso, vinchas bordadas, ligas, fajas, chiripás, sombreros, ponchos y otra infinidad de vituallas de los campos, en tendalera ó colgados.

Y allá en el centro de la plaza, unas cuantas carretas junto á las cuales se churrasca la carne, se cuecen choclos ó se hierve el caldo en olla de hierro sobre las trévedes, ó *chilla* el agua en la *pava* para hacer el sabroso *cimarrón*.

Duraznitos de la vírgen y duraznos del monte ó de las islas, sandías, caña dulce, melones y otras frutas en montones y desparramadas á granel por el suelo.

Confundidos con las mujeres y hombres cristianos, indios é indias casi desnudos ó entrapajados.

Clérigos de las numerosas órdénes que llenaban los también numerosos conventos.

Mujeres que atravesaban la plaza con vestidos muy limpios y pies descalzos, envueltas en mantas de lana.

Pilluelos que entretenían el ocio arrojándole al transeunte montones de abrojos recojidos en los *cercos* no muy distantes.

Damas encopetadas que iban á á las iglesias cuyas campanas vibraban, llevando en la mano el rosario de gruesas camándulas y tras ellas el *esclavito* que conducía el reclinatorio y la alfombra.

Distintos cuartujos en el marco de la plaza, hechos de adobe, con techos de paja ennegrecidos por el humo de la leña, en donde se vendía mondongo *cocido y medido por cucharonadas*, tortas de zapallo, *chatasca*, y otras fritangas que allí mismo podía remojarse con mosto tinto y cascarrón.

Suenan los rasguidos de una guitarra, que salen de uno de aquellos figones donde al parecer se ha pasado de jolgorio toda la noche.

Penetremos y allí veremos destacarse en el abigarrado cuadro de aquella especie de pulpería, concurrida por gente trasnochada, al verdadero gaucho de de sus tiempos primitivos con su calzado de cuero *cru-o*, las espuelas de plata ó plateadas con *grandes* rodajas de hierro sonadoras como ca coscoja tascada por el noble *redomón*; los amplios calzoncillos cribados, bien almidonados y planchados, blancos como la

leche; el *chiripá* de paño oscuro; poncho de guanaco ó vicuña, con colores al gusto de su dueño; pañuelo ancho de seda, sujeto al cuello en una lazada ó en dos puntas á la cabeza por debajo del sombrero caído en el ala de atrás y levantado adelante, sujeto á los labios en el sedoso barbijo; con el cabello grueso, negro retinto, en guedejas largas y enmarañadas que cuadra con la rizada barba que se abre en dos flancos si el viento le va á la cara; con facciones angulosas, quemado el cutis por la rudeza de la intemperie; vivaz ó melancólico, triste ó alegre, humilde ó bravo segun las sensaciones experimentadas por su ánimo siempre predispuesto á las acciones nobles; flexible y fuerte como el mismo acero; con fijeza en la mirada observadora; con espíritu rebelde á la imposición; con sumisa voluntad al cumplimiento del deber en los momentos de verdadero peligro ó con la obediencia de un idólatra cuando los grannes guerreros hicieron con ellos y sus esfuerzos las titánicas campañas de la independencia sudamericana.

Y al lado de esos nobles corazones, confundiéndose con ellos, al que, gaucho también, demuestra en la repugnante combinación de sus facciones, en el opaco brillo de sus ojos, en la fría sonrisa de sus lábios,—que más que sonrisa semeja una mueca;—en la crispación de sus miembros y en los sucios harapos que lo cubren, que

vive del robo ó de la cuatrería; en la holganza y el juego, con aviesas intenciones, cobarde como la hiena ante el valor, feroz con el vencido como tigre cebado, viva imágen de la degeneración de esa raza privilegiada.

La guitarra suena y no tarda mucho en oirse una voz dulce y melodiosa llena de sentimiento *á lo divino* de los payadores.

El instrumento está templado y la fisonomía del que lo toca se transforma brillando en sus negros ojos la luz de la inspiración.

Bordonea y arrancando de la *prima* una tierna y quejumbrosa nota, canta:

No soy lerdo en la *payada*
Ni en las argucias muy lerdo;
Pero señores, me pierdo
Al mirar gente cansada,
Déjenme, pues, que el recuerdo
Quiera venir á mi mente,
Que pues me lo han suplicado
Voy á cantar obligado
Lamentando en el presente
Las desdichas del pasado

—Bravo!—se oyen varias voces aguardentosas al concluir la décima el *payador*.

—Velay el cantor que ni al mismo Mandinga le tiene miedo á payar!—exclama un viejo somnoliento que escucha abstraído detrás del mostrador.

—Che, tio Camándulas,—le grita con ecos broncos un gaucho que está sentado

junto al payador,—echá *arrayán* hasta que se derrame.

—Tenés *trigo?*—le pregunta el tio Camándulas haciendo con el índice y pulgar un signo significativo.

—Y si no tuviera te *cres* que valacaría al santo ñudo?—pregunta el gaucho con soberbia.

—Es que ya sabés, mi hijo, que yo no fio. No es por los cuatro reales sinó por la peseta.

—Eche no más, tio Camándulas,—replica el payador imperiosamente, dejando de tocar—que si mi aparcero no paga yo respondo.

—Entónces no hay que hablar—dice el tio Camándulas sacando algunas botellas y sirviendo en los vasos desocupados.

—Y cualquiera,—añade un viejo gaucho que escucha embelesado la canción del payador.

Suena de nuevo la nota quejumbrosa en la guitarra y se oye la segunda décima cantada con suave sentimiento:

Ese sol y esas estrellas
Y esa luna diamantina
Que guían al que camina
Por desorientadas huellas;
Y la aurora más divina
Y el campo más floreciente,
Nada inspiran á mi mente
Que eso es nada comparado
Con la dicha del pasado
Y el sufrir de mi presente.

No bien termina cuando se repiten los bravos y los aplausos.

—Daría todo lo que hé hecho yo y toda lo que tengo por haber podido cantar en mi vida una décima como esa!—exclamo el viejo gaucho.

—Qué vas á dar, *pelandrún*—contestó con voz ronca por el alcohol un harapiento ojeroso y entecado que se encontraba recostado en la pared,—que vas á dar si nunca has tenido más que inmundicia como el arroyo de mis pagos cuando viene rebosando *curubicas*.

Salida tan provocativa y grosera causa hilaridad en algunos, mientras que el viejo gaucho, contemplando con fijeza despreciativa á su provocador, se encoge de hombros y frunciendo el ceño, vuelve la vista á otro lado.

El *aparcero*, como le llama el *payador*, requiebra mientras tanto á una moza que le sirve una copa de aguardiente:

—"Adiosito, flor de trigo
Ya sabés que soy tu amigo".

El payador bebe también y después de toser y de secar sus húmedos labios con el dorso de la mano, rasguea las cuerdas y haciendo una pequeña pausa, vuelve á cantar:

Yo amé como ama un cristiano
Que se entrega todo á Amor

Y era mi amor una flor
Mejor que todo lo humano.
No adorarla fuera vano!
Mas ay! la flor de repente
Humilló su erguida frente!....
¡Y hoy que en polvo se ha trocado
Nada iguala á mi pasado
Si no el sufrir del presente!

—Ahijuna, que canta lindo....—exclama de nuevo el viejo gaucho, que sin duda había olvidado por el canto el incidente anterior.

Y los gritos y los aplausos resuenan de tal manera que despiertan á los que, rendidos de pasar la noche en vela, yacen sobre los bancos ó acostados en las mesas.

—Y cómo le ha encajado el estribillo,—dice el tio Camándulas, lagrimendo de gozo,—que parece venirle de molde á la relación.

El payador como si no oyera los aplausos ó como si solo existiera para el mundo de los recuerdos, lanza un suspiro y gime cantando la última décima:

Ya no hay én mi campo flores
Ni hay estrellas en mi cielo;
Ni ya existe otro desvelo
Para el que murió en amores!
Y en mis tristes sinsabores
Y en mi penar tan llorado
Amigos, vivo cansado
De vivir tan largamente
Con la vida del presente
Que es la muerte del pasado!

El auditorio estalla en un nutrido aplauso de gritos y golpes sobre las mesas mientras el payador escucha, con ojos de tristeza y melancólica sonrisa, pálido y conmovido, las felicitaciones de sus oyentes: ha derramado en sus versos toda la amargura de su alma.

Después, haciendo una brusca transición y como queriendo olvidar tanta desdicha muda de *estilo* en la guitarra y dirigiéndose al viejo pulpero, le dice:

—Camándulas, cante la *palomita*.

Pues no te creas, mi hijo, que me hé de hacer de rogar, — contesta el viejo Camándulas el que acercándose al payador, y entonando la garganta, canta con voz de trompa:

"Vuela, vuela alegre
Aplaudiendo el fin
Y dale las gracias
A mi San Martín.
Toma el corazón
Divídelo en tres,
Pónle uno en la mano
Y dos á los pies."

Impregnada de sentimientos patrióticos y de recuerdos inolvidables esa popular canción, hace derramar lágrimas á los viejos allí presentes.

—Oh, San Martín!... Mi jefe querido!... —exclama el viejo gaucho que momentos antes alabára los versos del payador.—El

general más valiente y experimentado que hé conocido! Yo peleé con él en San Lorenzo y Chacabuco y por él daría hasta la última gota de mi sangre.

—Qué vas á dar vos,—le retruca el insolente gauchito, buscador de camorra—si no has hecho en tu vida otra cosa que *guanaquear* á la que te criaste.

El viejo gaucho se vuelve á él con fiereza, aprieta entre sus dedos convulsivos los hilos blancos de su barba y dominando su primer impulso, le contesta, con sonrisa amenazadora:

—Cuidado, *bacaraycito*, mirá que tanto me vas entrando que te vas á ver sin el peso y sin el trueque.

—Será,—contesta el gauchito, que se había sorbido un vaso de aguardiente, y escupe con fuerza ,—si es que yo no me le voy bajo el humo ó le aflojo rebenque antes de poner el pié en tierra.

El viejo vuelve á mirarlo con fiereza; pero haciendo un gesto para dominar el estado poco firme de su provocador, no se digna contestarle.

Por su parte el gauchito, que espera el *vuelto*, viendo que el viejo calla, añadé, con desvergüenza:

—Que te la *venís* echando de mozo fiero si no *sabés* mas que *cabrestear* como cualquier *chimango*.

El viejo palidece con estremecimientos de ira y aprieta de nuevo entre sus dedos los hilos de su canosa barba; pero calla.

El *aparcero* le toma la guitarra al payador y tocando un acompañamiento con la *prima* y la *bordona* se dirige al viejo en tono de burla:

—*Contestale*, pues, maula.

—¿Y por qué me *llamás* maula?—le pregunta el viejo con calma glacial.

—Porque parece que le *tenés* miedo.

—Miedo!...—grita el viejo como si lo hubiesen herido en mitad del pecho:—¡Miedo!...—repite y escupiendo más bien que lanzando una fercz carcajada, repone: —Yo no tengo miedo á naides, entendés? ¿No ves que ese ternerito *bichoco* está más bien para largar la *mascada?*

—Cuidado, viejo *sotreta*, no seas *malalmado*,—le contesta el muchachón, remedando con burla la risa del viejo,—porque el ternerito *bichoco* te puede sacar como vaca chacarera que se mete en los sembrados agenos.

—Vaca ó no vaca, puede que al verme tan espantadizo me *abrás* cancha.

Todas las miradas, burlonas y animadoras con el gesto, estaban fijas en los dos.

El *aparcero* sigue tocando con la prima y la bordona, mientras el payador habla en voz baja con el *tio* Camándulas.

—No seas alma de *reyuno*,—barbota el provocador, alargando las piernas, bostezando y esperezándose con groseros ademanes,—*venite* por donde *vos* sabés á ver

si te *animás* á deshacer la fiesta rayando á un mozo de buena vista y *parador* con el que salga.

El viejo se calla y de nuevo se encoje de hombros, como queriendo esquivar los resultados sangrientos de aquella provocación.

—Hace bien, compadre,—le dice por lo bajo el *tio* Camándulas,—en no comprometer mi negocio.

El gauchito, que sigue bebiendo, le grita:

—Vaya, viejo jaca, no *desconfiés* de tu alzada, y *corré* la carrera de una *hebra*.

—Sí, pues,—añade el *aparcero*,—*corré* de una *hebra*, sin que le tengas miedo á los *desocupaos* del camino y sin que se te canse el *matungo*.

El viejo sigue callado; pero en su interior debe rugir la tormenta.

—No les dije,—añadió el gauchito,—que este habla del general San Martin como podría hablar de las tahonas y pulperías que conoce por las mentas.

Ante semejante insulto el viejo gaucho no puede ya contenerse: con el semblante demudado por la ira, con los lábios crispados, echándose atrás el sombrero y metiendo la mano en el tirador, contesta:

—Venga, loro barranquero, que se vuelve puro pico.

—Ahijuna que la vaca se vuelve toro,—grita el aparcero rasgueando nervioso la guitarra.

—Tomá pico!—responde el gauchito lanzando á la cabeza del viejo la botella que tenía en la mano.

El viejo, previendo el golpe, se cubre con el brazo izquierdo donde la botella se estrella y haciendo brillar en su diestra una filosa daga, la sepulta en el pecho del gauchito, quien, lanzando un grito terrible y queriendo incorporarse, exclama:

—Me ha madrugao!....—é inclinando la cabeza se estremece su cuerpo con las convulsiones de la muerte.

El viejo gaucho retrocede llevando en la mano la ensangrentada daga.

Pasados los primeros momentos de estupor vienen gritos y confusiones.

—Por Dios; compadre, que me va á perder!—le grita el *tio* Camándulas.

Pero el viejo está ciego de rabia: el estado de su ánimo no tiene límites y si pudo contenerse hasta entónces no hay fuerza que lo contenga ya.

Pretende arrojarse de nuevo sobre el gauchito y aunque éste ya no lo provoca ni se mueve, quiere vengarse de los insultos recibidos cebándose en él. Algunos se interponen y entre ellos el aparcero.

—Ah!...—grita el viejo, contemplando á su provocador con furia y volviéndose á aquel le dice rugiente:—¿No eras vos el que me llamabas *maula?* ¿No eras vos el que decias que tenía miedo?

—Y te lo digo otra vez puesto que *querés* achocarlo en el suelo.

—Pues ahí tenés el vuelto!—grita el viejo gaucho con mayor furia tirándole una feroz puñalada que el *aparcero* puede evitar dando un salto hácia atrás; pero tropieza en un banco y cae.

—Abran cancha!—vocifera el viejo á los que pretenden interponerse aún,—abran cancha!—y tan amenazador y decidido es su ademán que todos se apartan dejando que el viejo se le vaya encima al aparcero el que aún no ha tenido tiempo para levantarse. Y ya iba á interponérseles el cantor daga en mano cuando el viejo gaucho siente que una garra de acero lo contiene por detrás y que le dicen:

—¿Qué vas á hacer, miserable?

El viejo gaucho se vuelve rápido y se encuentra cara á cara con un hombre jóven cuyo aspecto decente contrasta con la gente que los rodea.

Debe conocerlo porque, con cierto respeto, replica:

—Perdone, capitán; pero voy á vengar una ofensa que se me ha hecho.

—Y un viejo soldado de la patria se venga, — replica el jóven sin soltar al gaucho,—hiriendo en el suelo á su contrario? Eso es infame.

—Si, señor, es infame,—añade el aparcero que ya se había levantado y busca un arma con qué defenderse. — Vea, — añade, señalando el cuerpo ensangrentado del gauchito,—á ese pobre borracho lo

ha madrugao de la manera mas canalla.

—¡Mientes!—grita el viejo, tratando de lanzarse sobre él; pero el jóven, á quien él llama capitán, le tiene asida la diestra con tal fuerza que cruje y cae la daga al suelo.

—Suélteme, capitan!....aulla el viejo no pudiendo soportar el dolor;—suélteme!

—No te hé de soltar hasta saber la verdad de lo que aquí ha pasado.

En ese momento llegan á la puerta de la pulpería varios celadores.

El viejo gaucho los mira con angustia y repite:

— Suélteme, capitán, mire que me pierde!

—No, si has muerto á traición á ese hombre no debes quedar sin justo castigo.

Los celadores penetran en la pulpería y el capitán les entrega el viejo gaucho.

—Está bueno, capitán,—le dice éste,—ha sido su gusto perderme y ese favor le han de deber mis hijos.

—Que es eso, señor U?....—pregúntale al capitán uno de los agentes de seguridad.

—No sé,—contesta el capitán bruscamente y como si no le agradara ser interrogado;—puede V. preguntar á esta gente. Yo pasaba por aquí y mi acción se ha reducido á contener al asesino.

—Yo no soy asesino, capitán!—le grita

el viejo gaucho y señalando el cadáver del gauchito añade:—si hé herido á ese hombre ha sido en defensa propia.

—Bien,—dice el capitán y dirigiéndose al que parecía el gefe de los agentes le pregunta:—Puedo retirarme?

El agente, sin contestarle observa el cadáver y después de examinarlo y recoger la daga homicida, murmura:

—Un cachafaz de menos.

El capitán vuelve á preguntar con impaciencia:

—Puedo retirarme, señor Alcaráz?

El famoso *perseguidor de bandidos*, como le llamaban al que interrogara por segunda vez al capitán, contesta á éste:

—Puede V. retirarse, pero....

—Qué?

—Que es probable que sea V. citado para mas tarde.

—Yo? Por qué?

—Por qué?...—le contesta Alcaráz mirándolo fijamente.—Tenga V. presente, señor U..., que la policía vigila y que no es extraña á los movimientos que se preparan.

—Gracias por la advertencia,—replica el capitán con irónica sonrisa y fué á salir cuando el viejo gaucho, á quien los agentes habían maniatado, con acento enronquecido por la ira, le grita:

—Oiga, capitán; mis hijos han de maldecirlo por el favor que me ha hecho.—Si

no me ahorcan y alguna vez cae V. en poder de la justicia no hé de tener mayor satisfacción que la de que me nombren su verdugo.

El capitán, que se había detenido, escucha con indiferencia al viejo gaucho y sale llevando en el rostro mal disimulada la ingrata impresión que le producen aquellas palabras.

I

Parroquianos de un café

Fachada simple, sin filetes ni molduras, con techo alicaído de teja española. Dos salones formando escuadra. Paredes que *fueron* blanqueadas y frisos de negro humo. Algunos cuadros con estampas churrigueresca y marcos de pino pintarrajeados *al rojo*.

Entrando por la única puerta que daba salida á la calle de Cangallo y hacia á la derecha un mostrador con vidriera dentro de la que se notaban empanadas criollas, ensaimadas valencianas, frutas de la estación y otras chucherías y golosinas. Frente al mostrador un estante con algunos vidrios rotos.

Diseminados, sin órden ni concierto, vasos y botellas, copas de distintas menas y edades, bandejas, platos, cucharas y cuchillos, tazas grandes y chicas, barajas no muy usadas, tableros, habichuelas secas que servían de *puntos*, tapetes de paño y una que otra servilleta.

Allá en el fondo del ángulo un patinillo lóbrego y súcio y á su izquierdá un tabuco desmantelado donde se aspiraba y respiraba repugnante atmósfera de cochambre. Dos ó tres hornillos sobre enladrillados sueltos y rotos; otros tantos anafes, chisporroteando aquí y allí el carbón y la leña, (más leña que carbón) é hirviendo en otras tantas vasijas de hierro, no muy exentas de ollín, café, leche ó agua. Aquellas y otras, no muy numerosas, pero sí desparejadas, colgadas de macizos clavos, formando la formidable batería de cocina.

En los dos salones sillas con asiento de esparto; mesas de madera pintadas *al almazarrón* y una de billar en el testero de la izquierda, cuyas dimensiones no tenían mucho que envidiar á las de la antigua plaza de toros; con sus troneras de red, bolas de hueso, las que, á pesar de su impasibilidad por disimularlo, estaban tan cascadas que al rodar iban dejando surcos en el paño el que rasgado y mal cosido, parecía reirse de aquellos trompicones.

Por todas partes enjambre de molestas y pegajosas moscas.

Un hombre gordo, más bien bajo que alto, de cara chata, barbisucio, cabello entrecano, semicorto, sin alisar, sudoroso, en mangas de camisa, remangados los puños, sujetando ó levantando el ancho pantalón gris de paño burdo con la roja faja de lana en desgaire; hipando, lavando platos, va-

sos y tazas en un gran lebrillo de Castilla, disponiendo y preparando lo que pedían los mozos, quienes en traje y apostura semejante repasaban con paños de color indefinible esta ó aquella mesa y andaban de un lado á otro, contestando ó diciendo cuchufletas, devolviendo ó recibiendo calderilla, tomando órdenes que olvidaban ex profeso para hacérselas repetir y *alcanzar* á todos.

Aislados, de dos en dos ó de tres en tres,—unos circunspectos y deteniéndose para escuchar ú observar al que lleva la palabra;—otros sérios, accionando con el índice ó pulgar, midiendo y masticando las palabras; aquellos risueños y tomando como por asalto las mesas; militares de distintos uniformes, comerciantes, médicos y abogados; empleados públicos, periodistas, marineros, estancieros, hacendistas; jóvenes y viejos; iban llegando colocándose á donde mejor podían y lugar hallaban, en el *histórico Café de Catalanes*, que era, en la época á que nos remontamos, uno de los más concurridos, si no el más, por las personas acomodadas de la heróica y esforzada ciudad de Buenos Aires. Ibase allí á merendar ó cenar alguna cosa, que si no la había se mandaba á buscar; á tomar café y leche, á echar una manita de tresillo, de malilla, de trueque ó truco y á veces,—no raras,—de monte *criollo*, muy en boga, por lo mismo de estar prohibido y perse-

guido como los contrabandos de tierra adentro y río afuera; pero cuya prohibición sólo se aplicaba en sus efectos penales sobre la gente del *bronce*, en alguna tabernucha de mala muerte ó casa de ninguna apariencia, en los suburbios. Se jugaba á los palos y á las billas y se pasaba el rato en conversación *corrida*, que poco á poco se hacía general, sacándose á relucir las novedades del día que consistían de ordinario en pasadas, futuras y muy frecuentes revoluciones y revueltas en la ciudad ó campaña ó en las provincias del interior ó litoral. Y como muy pocas distracciones había en que entretenerse cada uno por su parte echaba á volar sus planes de mariscal ó de politicastro.

En la tarde de un domingo nos encontramos en el predicho café y los parroquianos acudían presurosos á aquel local de reunión por lo que, los que rezagados llegaban no encontrando ni sillas ni mesas desocupadas, rodeaban la de billar, formaban grupos cerca de los jugadores ó se estacionaban en la puerta de entrada con la inocente intención de burlarse de la facha de algún modesto mozo de cordel que por ser día de fiesta, pasaba por allí con los trapitos de cristianar.

Ya en esta ó aquella mesa llaman al mozo y se oye gritar con distintos diapasones:—¡Café y leche!—¡Té con tostadas! —¡La timbirimba, pronto!—¡Baraja, ta-

pete y puntos para un truco!—Un anisado de Mallorca!—¡Aguardiente de Chinchón!

—Me presta usted su lumbre?—le pregunta un militar *reformado* á un marinero inglés.—Hé olvidado mi yesquero y quisiera encender este pitillo.

—*Yes*,—contéstale el hijo de Albión, bajando con el índice la montaña de ceniza que cubría la boca de su curada pipa.

—¡Arrastro!—grita una voz ronca y se oye un golpe seco dado con los nudillos de la mano sobre la tabla de la mesa.—Truco!—se oye otra voz.—Retruco!—contestan. Suena un ruido como de caña que se raja:—es el taco de uno de los jugadores al billar que ha dado piña.

—Pero, amigo,—dice el militar *reformado*, que ostenta un uniforme algo raído y no muy limpio, dirigiéndose á un particular que lo acompaña, hombre de barba amarillosa, rostro apergaminado, antiparras verdes y el que, á pesar del calor sofocante de la avanzada estación, se hallaba envuelto literalmente en un casacón de astracán,—¿Se acuerda usted de aquel célebre virrey Elio que nos vino de comandante en tiempos de la metrópoli?

—Vaya si me acuerdo. Como que estaba yo en la plaza de Montevideo sirviendo como patriota á las órdenes del coronel Vera,—contesta el del casacón.

—Pues un primo que tengo en Gibraltar me ha mandado una gaceta en que se dice

que á Elio le dieron garrote vil en Valencia.

—Hombre, garrote!....

—Como se lo digo.

—Será otro Elio.... Aunque en verdad que hubiera llevado su merecido aquel gritón de mala muerte. Militar más ensoberbecido, fanfarrón y absolutista que él ni con candil que se le buscase. Y qué inepto para mandar. Era tan torpe que no dirigía una acción de armas sin que dejara de salir derrotado.

—Pero como ya ha muerto....

—Pues, hombre, si ha muerto que Dios perdone su alma.

—Amén,—concluye el militar apretando el fuego de su cigarro con la uña pulgar.

—Le aseguro á usted que no les va á quedar más remedio que ponerse un punto en la boca,—dice uno de los parroquianos á otro que se hallaba sentado junto á una mesa sorbiendo un tazón de café con leche.—Las reformas clericales han de producirse como se han producido las de los títulos señoriales y como ya es un hecho la de los fueros militares.

Y á pesar de que el del tazón replica con sorna:—Puede ser,—el otro sigue:

—Sí, señor; los frailes, aunque tengan corona, deben estar sujetos como todos los demás habitantes á las leyes y magistrados civiles. Basta de preponderancia ridícula que ningún sacerdote digno y patriota acepta.

—Pues yo creo que no se atreverán,— vuelve á decir con la misma sorna el del tazón.

—Qué no? Ya lo verá usted....

—Si no muero antes....

—Y verá usted muchas otras cosas, que son hombres de justicia y progreso el general Martín Rodríguez y sus ministros...

—Si... sí... —refunfuña el del tazón, inclinando la cabeza para seguir sorbiendo, —sus ministros....—y añadió con cierto desprecio,—el mulato Rivadavia ...

—El mulato Rivadavia como usted le llama, es el hombre más ilustrado que tenemos.

—Buen gobierno el del general Rodríguez....—acentúa el del tazón con mayor ironía.

—El mejor que darnos han podido las dificiles situaciones porque hemos venido atravesando!

—No diga usted disparates.

—Disparates?... Concretemos las cosas. ¿Quién en tan poco tiempo hubiese hecho ni haría tanto y tan bueno como ha hecho y piensa hacer ese gobierno? Las administraciones públicas, que eran antes un semillero de robos no pensándose en otra cosa que en esquilmar al vecino, se han moralizado por completo. Ya no tenemos empréstitos forzosos, ni contribuciones, ni diezmos inmorales. Hoy se cubre por tesorería todos los gastos ordinarios; se paga

interés de las deudas religiosamente y se llevan adelante todas esas obras públicas que nos darán con el tiempo un gran parque de recreo, un puerto de primer órden, una ciudad á la altura de las más bellas del mundo.

—Sí.... sí.... puras teorías....

—Teorías? No son teorías la completa desaparición de aquellos increíbles derechos que tenía que pagar el comercio de las demás provincias hermanas para introducir ó recibir los frutos de la tierra, ni el establecimiento de los mercados de abasto, postas, puentes y caminos. No son teorías el plantel de nuestro ejército hoy bien pago y preparado para la expedición al desierto contra los indios *bravos*; no son teorías la libertad de que hoy gozan todos los habitantes de la provincia y el respeto que hoy se tiene por la propiedad del extranjero, como del español ó americano....

—Cierto,—replicó otro parroquiano que estaba en la mesa contígua tomando á sorbitos una copa de aguardiente,—y yo que soy de la tierra de María Santísima lo atestiguo...

—Bah.... bah.... —murmura el del tazón con un gesto de impaciencia.

—Sí.... bah.... bah... Pues búsqueme usted otro que más haga. Con el gobierno del general Rodríguez hemos conseguido que nuestra independencia fuera

reconocida por los Estados Unidos del Norte y que nos resistamos á entrar en relaciones con Inglaterra y Francia hasta que nos manden sus representantes. Repito que en el gobierno del general Rodríguez se han hecho muchísimas reformas y se hará la de los privilegios clericales, porque así debe ser.

—Sí, pues, *porque así debe ser, porque sí.* Así argumenta la fuerza; pero no la razón y el derecho,—rearguye el del tazón mal conteniendo su cólera.—Pues que se atreva la legislatura á sancionar semejante sacrilegio y el general Rodriguez á promulgarlo, y ya veremos la que viene....

—Alguna otra revolución?

—Puede....

—No las teme el gobierno del general Rodríguez.

—Con la santa religion no se juega, amigo mio.

—Qué religión ni qué berengenas con queso. Siempre sale á relucir la *santa religión.* Los verdaderos religiosos, los sacerdotes sensatos y patriotas declaran que esos privilegios deben desaparecer.

—No es cierto!—grita el del tazón exasperado.

—Que no es cierto!

—No! El día que se pretenda hacer desaparecer esos sagrados fueros, se levantará la protesta armada.

—Pues que la hagan y ese día veremos

echar abajo los conventos y levantar con sus mismos escombros otros tantos edificios para la educación del pueblo.

—Que darían más provecho;—añade un vecino.

—También decían—repite otro—que le iban á hacer revolución al primero que se atreviera á tocar la plaza de toros y Pueyrredón, que fundó nuestra universidad para gloria del presente y de las edades venideras, con toda tranquilidad y sin que se moviera una paja mandó echar abajo aquella ignominia del salvagismo humano é hizo construir con sus escombros el fuerte del Retiro, donde ahora se encuentra el cuartel de cazadores.

—Es que Pueyrredón es un *pescao* con más agallas que un tiburón abuelo,—argumenta sentenciosamente el hijo de la tierra de María Santísima, embaulándose de un sorbo lo que quedaba en la copita de aguardiente. — Con todo, — añadió en seguida,—se puede suprimir los frailes que para maldita de Dios la cosa que valen y dejar la plaza de toros....

—Pues saben,—estalla el del tazón, no pudiendo ya contener sus malos humores, —que tiene *anchetas* eso de mezclar nuestra santa religión, la religión de nuestros padres, con la plaza de toros!.... Callen y no digan disparates!... —concluye sorbiendo también de un trago lo que queda en aquél.

—Y por qué hemos de callar ya que afortunadamente ha desaparecido de nuestra tierra aquella *Santa Inquisición* que nos vendría á tapar la boca, si hoy existiera, con el horrible tormento? Sí, señor; todo es igual, pues todo es destruir resabios ignominiosos y degradantes para los pueblos cultos y civilizados y tan degradante é ignominiosa era la bárbara costumbre de las lidias de toros como absurdos los privilegios de que viene gozando la institución clerical, porque en resumidas cuentas los frailes son hombres como todos los demás....

—Menos,—interrumpe el andalúz, guiñando un ojo,—porque usan enaguas como las mujeres y no trabajan como los hombres.—Yo prefiero los toros....

El acérrimo defensor de las reformas, continuó exaltado:

—Se suprimirán esos fueros como se suprimieron los degradantes castigos corporales en las escuelas públicas durante el gobierno del general Rondeau.... Se suprimirán.

—¡Abajo los resabios de la metrópoli!...—gritó el militar reformado.

—¡Abajo!... repitieron otros que se habian acercado.

—*Ainda mais*....—metió baza un portugués que escuchaba atentamente,—*as rinhas do os galhos nom es ven con a civilizaçon d'on povo que ha adelanta-*

mento y.... Bons Aires non d^ebe facer nem permetír rinhas do galhos·

Todos rieron menos el portugués que se quedó convencido de haber dicho una gran verdad.

—Ya vendrá con el tiempo que con el tiempo maduran las brevas,—contesto el contrincante del que se oponía á las reformas.

—*Never deffer till to morrow what can be done well to day*,—murmura sentenciosamente el marinero inglés, llenando de tabaco su pipa.

—Eso,—afirma el hijo de María Santísima, tergiversando el refrán—que le rompan el morro á todos los frailes habidos y por haber; pero que nos dejen la plaza de toros.

—¡Que se calle el *godo!*—grita un jovencito terciando en el debate.

—Calla tú, currutaco,—contesta el aludido.

—¡Fuera—¡Silencio!—¡Truco!—¡Retruco!—¡Vale cuatro!—dominaron las voces de los jugadores

—Qué le parece á usted Juan Cruz?—pregúntale un jóven de simpático porte á otro que se hallaba á su lado, formando ambos parte de un grupo cercano á aquellos que disputaban sobre las reformas,—¿madurarán esas brevas?—¿vendrán esos tiempos?...

—No hay que dudarlo, amigo Nuñez,—

contesta el llamado Juan Cruz, que se distraía en hacer pelotillas de papel y tirarlas al techo.

—Pero lo que no viene ni vendrá seguramente son buenos cómicos que puedan representar sus comedias y tragedias.

—*Mias!...*—exclama el llamado Juan Cruz, acentuando.

—Se entiende.

—Usted se equivoca, amigo Nuñez. No tengo nada escrito para el teatro. Que lo diga el señor Belgrano.

—Mal haceis en presentarme como testigo,—contesta otro de los jóvenes,—pues que en honor de la verdad diré que el amigo Nuñez no se equivoca.

Y recitó en latín con entonación enfática:

Nec jam furtivum Dido meditur amorem
Conjunjium vocat, hoc prætexit nomina culpam

—Qué quiere decir esa cita de Ovidio, señor Belgrano?—pregunta el cuarto de los que formaban el grupo.

—Quiere decir, que nuestro amigo el doctor don Juan de la Cruz Varela, aquí presente, inspirado en el Libro IV de la *Eneida*, tiene escrita, para el teatro, aunque lo niegue, la catástrofe sublime de *Dido y Eneas*. Como sé de memoria algunos versos voy á permitirme recitarlos, si es que el autor lo consiente....

—Mejor sería,—replica Varela riendo, —que nos recitárais los de vuestra *Molina*, aunque en honor á la franqueza y haciendo yo también justicia á la verdad, diré que, desde que aprendisteis á declamar en inglés las obras de Shakespeare, lo haceis tan mal en nuestra lengua que bien podría suprimirse la representación en obsequio del público.

—Ya ve usted,—le dice Nuñez, estrechando cariñosamente la mano de Varela, —como algo se sabe. A nosotros los periodistas muy poco se nos escapa. ¿Verdad, Cavia?

—Verdad,—contesta el que poco antes interpelara á Belgrano sobre la cita de Ovidio.

—Pues yo, volviendo á los cómicos de que nos hablaba el amigo Nuñez,—repone Belgrano,—diré, sobre los que ahora tenemos, que no son tan malos que no puedan representar nuestras obras. Mucho peores los encuentran ustedes á cada paso en las primeras capitales de Europa que se le animan á las clásicas de los grandes maestros. Creo que lo que les hace falta á nuestros cómicos es educación.

—A eso tiende Rivadavia creando la escuela de declamación,—afirma Varela.

—Oh, querido Belgrano,—replica Nuñez,—basta ver representar las tragedias de Voltaire, Racine, Corneilles, y aún el *Pelayo* de Quintana, por esa *turba multa*, para que nos dé escalofríos.

—Vamos. querido Nuñez, no séamos tan exigentes y descontentadizos con lo que nos es propio. Morante, apesar de ser un tanto fátuo y un mucho engreído, es un cómico á quien no se le puede negar talento é instrucción. La tragedia *Tupac-Amarú* da una prueba de ello!

—Suya? Yo no lo creo. Me parece mas bien un mal arreglo del francés.

—Puede; pero no negareis que tiene buena y simpática figura, pronunciación correcta, lo que no es muy común en los demás. Viste con relativa propiedad y no le falta acierto y estudio profundo para la interpretación de los caractéres que representa.

—Aunque algo apasionado ese juicio, concedo en parte; pero pare usted de contar.

—Cómo que pare de contar! Y Felipe David? Me dirá V. que es un gracejo vulgar?

—Demasiado chocarrero, — dice Cavia.

—Falto de naturalidad, — añade Nuñez.

—Abusa del público de una manera poco decorosa con sus fingidos estornudos y sus gestos de saltimbanqui. Su repertorio es detestable. Raro es el sainete en que él se presenta en que no hayan palos, silletazos y borricos.

—Es verdad que exajera algo; pero no estoy conforme en que se le niegue naturalidad.... ¿Y Velarde? Me parece que como galán joven no es despreciable.

—Figura y nada mas,—replica Cavia,—Parece la estatua del comendador de piedra cuando recita. Falta expresión y acción, y luego viste tan mal....

—Pero en las escenas apasionadas, sobre todo si son con Trinidad, no me negará V, que se anima...

—Arrime V. hielo á Trinidad,—dice Varela,—y lo verá convertirse en llama. Yá propósito, ¿qué pasó la otra noche con la pobre Ugier? Me han dicho que la silbaron de una manera estrepitosa.

—Efectivamente, — contesta Nuñez;—pero debido á la mala voluntad y patrañas de Castañeda.

—Ese padrecito no deja cosa quieta,—dice Cavia.—Va á concluir porque el gobierno lo destierre.

—Para él todas las armas son buenas con tal de salirse con la suya. Pero, volviendo á la Ugier, les diré que, como ya saben ustedes que ese clérigo husmea con frecuencia en la vida privada....

—Y repite en sus papeles impresos lo que oye en el confesonario. Oh, demasiado que lo sé por mi parte y se lo hé probado mas de una vez con mi marca,—interrumpe Cavia.

—A pesar de todo, señores—dice Varela—no podemos negarle gran talento.

—Mal empleado,—replica Cavia.

—Ustedes recordarán que el tal fraileci-to escribió en uno de esos papeles con tér-

minos no muy favorables á la honra de Trinidad y nuestro público que tiene adoración por esa cómica....

—La pagó con la Ugier?

—Justo. Habiendo reemplazado á Trinidad, que se habia retirado de la escena debido á esas críticas del clérigo, sale al proscenio y .. Verdad que la comedia que se representaba esa noche es el mayor de los disparates escritos.

—Cual?

—*La Madera.*

—Efectivamente, — afirma Varela,—no puede darse nada mas estúpido.

—Pero, qué silba!—añade Nuñez.—Y no crean ustedes que la Ugier, en vista de esa manifestación hostil, se quedó corta con el público. Tantas insolencias le dijo como silbidos y gritos la prodigaron. La Ugier no es del todo mala cómica; pero la pobrecita es tan fea que asusta.

—Fea es la costumbre que van tomando los cómicos sin que se les reprima como es debido sus avances de insolencia.

—Pues antes de anoche hubo tambien la de padre y muy señor mio, — continúa Nuñez, — con la graciosa Campomanes. Cantaba una tonadilla que por lo insulsa y estravagante empezó á fastidiar al público el que, después de darle una *grita* mas ó menos suave, tuvo la ocurrencia de pedirla en tono de chunga:—¡Otra!—¡Otra!—mientras los de los palcos protestaban con:

—¡Basta! — ¡Basta! — retirándose. Y ella? Que si quieres? Erre que erre repitió tres veces la bendita tonadilla. Despues, encarándose con los de la platea, les dijo:—No vayan á creer que repito por complacerlos sinó porque sé que no les gusta.

—Vaya un descocamiento de mujer!

—Y no acabó ahí la fiesta, sinó que habiéndose entrado entre telones, con un revoloteo de enaguas digno de la mas zafada placera, salió Morante y, con tonito de reprensión impertinente, manifestó al público que si seguia con esos escándalos, indignos de un pueblo ilustrado y otras cosas, se verían obligados á cerrar el teatro.

—Y el juez, ¿qué hizo?

—Ya saben ustedes que el juez está siempre por los cómicos. Hizo llamar á los que mas silbaban y mas ruido metían, y allí, delante de todo el mundo, los reprendió con tanta altivez y acritud que á alguien le pareció que estábamos aún en el tiempo de los vireyes.

—Tanto absurdo, — dice Cavia, — es ya insoportable. Los comediantes como los jueces de teatro, deberían tener muy presente aquella célebre expresión de Moliére: *Le vrai amphytrion est l' amphytrion ....on l' on dine.*

—Y cuando el gran Moliére lo decía que era....

—Sobre todo, señores,—argumentó Nu-

ñez—no hay mas que recordar el precepto de Boileau:

C'est un droit
qu'a la porte on achete en entrant

—Sin embargo, — replica Varela, — se puede despreciar y exigir todo lo que sea justo á un mal histrion; pero permítanme ustedes que les diga, que con esas manifestaciones brutales de silbidos, gritos descompasados de indios salvajes y patadas de caballeriza, no se consigue castigarlos á ellos sino á nosotros mismos, pues que faltamos no solo al respeto que nos debemos consintiéndolo y secundándolo, sinó á las damas que lo presencian. Disculpo y aún apruebo la osadía de Morante al pretender aleccionar á ese público ... A un teatro no debe llevarse esas groseras demostraciones.

—Aprobado!...—dicen Cavia y Nuñez.

—Bien, si, aprobado,—repone Belgrano, —pero volviendo á que la *Dido*, de Varela, puede ó no ser representada por nuestros cómicos....

—Mi *Dido* no será representada mientras yo viva,—contesta Varela reflexivo.

—Porque no tenemos cómicos que puedan hacerlo,—afirma Nuñez.

—Volvemos? Pues yo digo que los hay. Después de los nombrados tenemos á Cossio...

—Un muchacho que hace poco empezó su carrera en Montevideo, sin porvenir, amanerado, lleno de vicios en la acción, en la dicción...

—¿Viera?

—Exagerado, gritón, sin modales, impropio en la expresión. Canta y no declama.

—Y Juan Diez? Aunque ya viejo y gastado, no está del todo mal en los *segundos galanes* y en los papeles de carácter...

—Pero, doctor, si en ese cómico, no ha habido nunca facultades. Apesar de que hace mucho tiempo que profesa la vocación no se le puede ver sinó en uno que otro sainete en que empuña la vara del alcalde de monterilla. Luego sale siempre al tablado sin saber dónde está de pié á fuerza de no saber sus papeles y al extremo de que no levanta nunca la vista del apuntador, que grita y se desgañita para hacerle entrar las palabras en el sentido.

—Hasta cierto punto tiene usted razón, Nuñez,—replica Varela riendo.

—No hé de tenerla? Acciona como un marionetas y cuando recita hace pausas inmensas, lanzando despues tal tropel de palabras que hay que preguntar al vecino:—¿Qué ha dicho ese hombre?—porque no se le entiende pizca. Si va usted á hablarme de los de segundo término y empieza por Jacobo, le diré que á ese lo ten-

go en el concepto de un verdadero imbécil. En cuanto á Ramirez con su fenomenal abdómen; su figura de mozo de cordel y su tartalear insoportable, le diré que si bien se está San Pedro en Roma bien se está Ramirez dirigiendo la maquinaria como tramoyista ó en su taberna de la Merced vendiendo vino peleon. En cuanto á Valladares y Guevara, no hay ni para qué nombrarlo.

—Pero, vamos, serán ustedes tan severos con las actrices? Qué opinión tiene usted, formada señor Nuñez, de la Trinidad Guevara que es, sin disputa, la predilecta de nuestro público?

—Diré, con toda franqueza, que Trinidad vale mucho y que podría honrar el escenario de cualquier teatro. Su figura es simpática, delicada y bella. Predispone al público en su favor inmediatamente que se presenta. Dice bastante bien y tiene hermosísimas facultades.

Talento esquisito para la interpretación de la comedia, del drama y aún de la tragedia. Naturalidad, dulzura, gallardía, pasión, vehemencia.... todo eso y mucho mas lo sabe expresar de manera admirable. Es muy jóven aún y puede dar mucho, si no haciendo caso de las miserables intrigas de entretelones, á que ella se muestra demasiado sensible, sigue la senda que su verdader destino la impone.

—Tiene demasiado amor propio!—exclama con malicia Cavia.

—Verdad, — afirma riendo Varela, que seguía tirando pelotillas de papel,—es demasiado amor propio para una cómica principiante.

—Y que les parece á ustedes Matilde Diez?

—Un Narciso hembra que se imagina hasta su hermosa figura para que se le perdone sus muchos defectos. La Campomanes corre pareja con la Ugier en la edad y en....

—Y Antonina?

—Oh, la Montes de Oca es un astro que va al ocaso. Respetemos esas y aquellas reliquias que fueron las columnas angulares del teatro de la Ranchería. Antonina no es, ni ha sido con mucho una cómica notable; pero ahora que no tiene mas remedio que dedicarse á las damas de carácter no está del todo mal. En cuanto á la Salinas y á la Navarro no son ya sinó sombras del pasado. Piedras fundamentales del corral de Sobremonte,—concluyó Nuñez con las afirmaciones tácitas de Cavia, el no convencimiento de Belgrano y la indiferencia de Varela.

Y mientras seguían cambiando ideas y opiniones sobre el mismo tema aguardando que alguna mesa se desocupara para tomar asiento, los demás parroquianos continuaban tambien discutiendo sobre las grandes reformas iniciadas por el gobierno del general Rodriguez, sobre revoluciones y re-

vueltas, cambios de situaciones políticas, sobre trucos y malillas lanzando burlas y cuchufletas, pidiendo café y leche, copas de anisado, tostadas con manteca ó leyendo las novedades del día, muy escasas por cierto, en *El Centinela, El Amante del Pueblo, El Patriota, El Argos, El Tribuno, El Ambigú, El Correo de las Provincias* y sobre todo en *Doña María Retazos, La Matrona Comentadora, El Despertador* y otros papeles en que el insigne Castañeda hacía críticas de rompe y rasga cambiándoles los nombres como si de alforjas cambiara.

II

El argumento de una tragedia contado por el célebre Culebras

Los curiosos que se hallaban en la puerta del café, lanzaron de pronto murmullos de algazara estemporánea festejando la llegada de un hombre alto y tan superlativamente delgado que parecía un armazón de huesos caminando, embutido en un traje completamente negro, tan ajustado á su cuerpo que más hacía resaltar lo amojamado de su figura. El color de su cútis tenía semejanza con el fruto del olivo. Sus ojillos negros y relucientes y su nariz corcobada, dábanle á su rostro semejanza con ciertas aves de rapiña, si no fuera que en sus incoloros y delgados lábios,—cueva ó sepultura de raigones y de uno que otro diente amarrilloso y huérfano de sostén,—vagaba siempre una sonrisa que, por lo indefinible, no era sonrisa sino mueca.

Al aproximarse á la puerta del café con paso reeeloso y mirada escudriñadora, sa-

luda, inclinándose con afectación, á los que allí festejaban su llegada.

—Cómo vá, Culebras?—le pregunta uno apretándole la mano entre las suyas.

—Hola, gran Culebras!... exclama otro, palmeándole el hombro.

—Señores,—gritaba el de más allá, á los de adentro,—aquí está Culebras!

—Adelante, Culebras!—dicen los de adentro.

—Viva el gran Culebras!...—prorumpen los demás riendo y aplaudiendo, haciéndolo entrar poco menos que en triunfo.

—Y ese?—pregúntale Belgrano á Nuñez.

—Verdad, nos habíamos olvidado de Culebras. Culebras es un cómico de buena sombra.... sobre todo para anunciar las funciones.

Los que rodeaban á Culebras asediábanlo á preguntas:

—¿Qué tal el espectáculo de esta noche, Culebras?

—Culebras, ¿hay muchas localidades todavía?

—Pero, señores míos, no me *culebreen* ustedes tanto que van á gastarme el apellido.

—Bien, Culebras!...

—Con que reaparece Trinidad?

—Habrá lleno completo, por supuesto?

—Esta noche sacan ustedes la barriga de mal año.

—Todavía hay algunas localidades, respetable y honorable público, y á eso vengo,

—contesta Culebras aspirando fuertemente y ceceando un poco;—es de esperarse que con vuestra soberana ayuda tengamos el lleno que nos prometeis. En cuanto al espectáculo no puede darse nada más atrayente. Reaparición de Trinidad, eh? Estreno de la más sublime y horripilante de las tragedias, eh? Y después una tonadilla que va á estrenar la señora Campomanes....

—Ah!—exclaman algunos con gestos de desagrado.—Canta la Campomanes....

—Que no cante la Campomanes.

—Es una chicharra.

—Respetable público,—continúa Culebras, aspirando y ceceando como antes,—el sainete que vendrá después es como de chuparse los dedos.—Y en resumidas cuentas—concluye con natural convencimiento, —me parece que no puede pedirse más por una peseta.

—Cómo por una peseta?...—preguntan varios admiradores y uno añade:

—Entónces han subido la entrada? En la última función solo me cobraron tres reales....

—Eso era en la última; pero en esta, señores, no se puede dar un espectáculo tan interesante por menos de una peseta, —responde Culebras con afectación.

—Y, ¿cómo se llama la tragedia?—pregunta el jovencito que antes apostrofára de *godo* al hijo de la tierra de María Santísima.

—No ha leído usted los carteles? Se llama *Orestes*.

—*Orestes?*—repite el jovencito.—¿Es algún héroe chino?

—No,—contesta Culebras con ironía despreciativa,—cochinchino, como los gallos.

—Culebras,—llamóle Cavia, acercándose,—¿de quién es la tragedia que se representa esta noche?

—Oh, que está aquí el señor don Pedro Feliciano Cavia, honra y prez del periodismo de ambas orillas del caudaloso Plata.... También el señor Nuñez, su digno émulo....

—Gracias, Culebras.... Con que ¿de quién es la tragedia?

—¿De quién? Nuestra, señor don Pedro Feliciano....

—Sí, comprendo, que el ejemplar sea de ustedes; pero no es eso lo que pregunto....

—Mejor que yo sabeis, señor Cavia, que el sublime argumento de esa tragedia sin par, fué manejado admirablemente en Grecia, por Eurípides, Esquilo y Sófocles, por el bárbaro Nerón en Roma, por Voltaire, Racine y Crevillon en Francia, y en España ...

—Pero la traducción ó el arreglo que vais á representar esta noche, ¿de quién es?

—Os lo repito: todo nuestro,—repone Culebras y dirigiéndose á los otros pro-

sigue:—Morante estará maravilloso en el papel de protagonista y lo que es Velarde en el de Pílades impagable. No digamos nada de Trinidad.... Trinidad en el de Electra no hay quien vaya más allá... Y á propósito, señores, he llegado á saber que se le prepara una gran ovación.... Esto es otra novedad... Pues.... ¿y Antonina? ¡Oh, Antonina hará una Clitemnestra como no hay dos Clitemnestras en ambas orillas del caudaloso Plata....

—Y el argumento de la tragedia, ¿cuál es?—pregunta el jovencito.

—No conoceis el argumento? Con que no conocéis el argumento?... Es verdad que no lo hemos puesto en los carteles á causa de las repetidas críticas de los diaristas.... Perdón señor Cavia....

—Que cuente el argumento,—grita el jovencito y muchos otros repiten:—Sí que cuente el argumento!

—No me haré de rogar, respetable auditorio,—contesta Culebras, saludando con ademanes y gestos de agradecimiento á aquellos que lo rodeaban.

—Atención, caballeros,—dice el hijo de la tierra de María Santísima,—que Culebras nos va á contar el argumento.

Culebras tose, escupe y después de mirar á hurtadillas á su *respetable auditorio*, repone:

—Yo no lo sé muy bien, porque como no trabajo en la tragedia....

—Culebras no trabaja en la tragedia,— dice el jovencito,—¡qué lástima!...

—Ya saben ustedes qué la tragedia no es mi cuerda. Sin embargo....

—Que cuente el argumento!—¡Sí, que lo cuente!...

—A eso voy puesto que se empeña tan respetable auditorio.

Y después de frotarse nerviosamente sus huesudas y largas manos, de dirigir nuevas miradas investigadoras á su *respetable auditorio,* de aspirar dos ó tres veces con fuerza, de ponerse en situación,—como él decía;—empieza su relato con entonación misteriosa y pausada, recalcando en aquello que le parecía más interesante, como si dependiera de sus explicaciones el éxito de la función de aquella noche:

—Pues han de saber ustedes que allá en los tiempos antiguos, hubo un valiente guerrero que se llamó Agamenón.

—Quién no sabe eso?—replica desdeñosamente el jovencito que acababa de preguntar si Orestes era un héroe chino.

Culebras volvió la vista á él y haciendo un movimiento despreciativo con el lábio superior prosigue:

—Este guerréro tuvo que marcharse al sitio de Troya dejando en su castillo feudal á su mujer y sus hijos. Tales eran los deberes de la milicia de entónces. Hubieron, como ustedes comprenden, enternecimientos y lágrimas; pero las lágrimas de

Clitemnestra, que así se llamaba la mujer de Agamenón....

—Ya lo sabemos,—interrúmpele con impaciencia el jovencito.

Culebras, aspira más fuerte y echándole á su obligado interruptor otra miradita, continúa:

—....eran lágrimas de cocodrilo!

Y después de una pequeña pausa exclama súbitamente:

—Admírense ustedes, señores!!

—¡Ya estamos admirados!—dijeron algunos con fingida sorpresa, tratando de ocultar la chacota.

Culebras continúa:

—No bien había salido el marido legítimo de legítimo matrimonio por una puerta cuando penetra por otra el amante que la hacía la corte mucho antes sin conseguir....

—¿El amante de quién?—pregunta el jovencito.

—De Clitemnestra, niño,—contesta Culebras con enojo. Y luego continúa misteriosamente:

—Y hay que ver la lucha de pasiones que allí se presentan hasta que, en ausencia del marido llega por fin á entregarse esa libidinosa....

—Libi.... qué?—vuelve á preguntar el jovencito.

Culebras cambia el color aceitunado de su rostro por un amarillo cetrino. Contem-

pla al jovencito de pies á cabeza como un águila real contemplaría á un chingolo y un tanto sulfurado le dice:

—Si no ha aprendido usted lo que en romance quiere decir esa palabra castiza, vaya á la escuela que todavía está en edad de hacerlo.

—Bravo, Culebras!—gritan unos.

—Que siga! Que siga!—repiten otros.

Culebras hizo otra pausa y creyendo haber confundido á aquel pigmeo, prosigue recalcando:

—....*esa li-bi-di-no-sa* mujer á los más criminales manipuleos que podais imaginaros.

—Manipuleos! — exclama el jovencito ahuecando la voz.

—Si, señor, *ma-ni-pu-leos!* — grita Culebras.—O si lo quereis mas claro á las infidelidades mas atroces con su adúltero amante, que se llama Egisto.....

—Vaya una novedad!

—Y esa es la tan decantada tragedia?

Pero si eso de mujeres infieles y amantes adúlteros lo estamos viendo á cada instante.

—Y sin que tenga necesidad de ausentarse el marido.

—Vaya; vaya con la tal tragedia.

—Señores ... señores! ... — exclama Culebras tartamudeando, y como si temiera haber comprometido el éxito del expectáculo con una mala explicación, — esta-

mos simplemente en el exordio ó introito de la función. Ya verán ustedes, ya verán....

—Qué siga!

—No lo interrumpan á cada paso,—dice el jovencito.

—Eso, no me interrumpan porque de lo contrario no voy á terminar en toda la tarde y tengo mucho que hacer...

—¡Silencio!

—¡Atención!

—Pues.... como iba diciendo,—continúa Culebras, tomando un tono gangoso melodramático y accionando con exageración,—los adúlteros pasaron así en su criminal *palique*....

—*¿Palique?* — preguntan algunos admirados.

—Si. *palique*. ¿No entienden ustedes?—repuso Culebras con sorpresa.

—Yo le entiendo á usted,—contesta el hijo de la tierra de María Santísima.—Esta gente no sabe hablar en cristiano.

—Que se calle el *godo*!—grita el jovencito.

—Bueno,—continúa Culebras con impaciencia,—sino les agrada á ustedes esa palabra pondremos otra. Los infieles aquellos pasaron su tiempo en los mas desordenados sacrificios á Venus y Marte, como se decía por aquel entónces. ¿Entendeis lo que eso quiere decir?. Bueno, pues como iba diciendo, fué consiguiente que

mientras el gran Agamenon se coronaba de laureles en el asalto de Troya, su mujes coronaba su honra con los correspondientes atributos del adulterio.

Culebras se les queda mirando como si esperara el resultado de un triunfo ruidoso, diciendo con voz melosa:

—Qué tal la fracesita?

—Admirable!—contestan todos riendo y aplaudiendo.

Culebras toma aliento y prosigue no ya melodramático sinó joco-trágico:

—Torna de la guerra así como el prudente Ulises en busca de su Penélope, el gran capitán Agamenón en busca de su bien amada y mal correspondido, Clitemnestra!

—Bien, Culebras!—grita el andaluz en ademán de ponerle las banderillas al toro.

Culebras crece:

—Ah, *infelice!* Así como los hados no quisieron descubrir las traiciones de su *li-vi-di-no-sa* muger (mirando de soslayo al jovencito) resuelven infundir en los traidores el miedo y el terror!

Culebras se agiganta:

—Ya se acerca! ...ya se acerca!....—repite alzando todo lo que puede la voz—ya se acerca el valeroso rey de Argos y Miscenas...

—Quién?—pregunta el jovencito asombrado.

—Agamenon. niño,—contesta Culebras haciendo una transición para proseguir en el mismo tono:—ya se acerca el momento en que descubra el rey de Argos y Miscenas las liviandades de la hija de Tinduro y del hijo feroz é incestuoso de Thieste y Pelopea.

—Yo no entiendo!—exclama el jovencito aturdido

—A la escuela!—estalla Culebras, mientras los demás rien.

Culeras les hace gestos imperiosos para restablecer el silencio y prosigue en el tono anterior:

—Ya se acerca el instante terrible en que los ingratos y adúlteros culpables encuentren su castigo. . ¡Vedlos vagando por los solitarios rincones llenos de terroríficos recelos....

—Yo no los veo,—murmura el jovencito mientras Culebras se detiene, hace una pausa, durante la cual vuelve á investigar en su auditorio el efecto producido por su narración. Considera que ha logrado dominarlo y sigue para no perder el *efecto*:

—Por último, conciertan en la obscuridad de la noche, sumidos en las espantosas sombras de los remordimientos, un desenlace tremendo, horripilante. ¿Á que no sabeis cuál?

—Qué lástima que Culebras no tome parte en la tragedia,—dice el jovencito haciendo desaparecer *el efecto* con esa salida.

—Cierto,—contesta Cavia riendo,—haría un Agamenón como no hay dos en ambas orillas del caudaloso Plata...

Culebras se inclina diciendo humildemente:

—No es mi cuerda, mi señor don Feliciano.

Y tosiendo y tomando aliento sigue:

—Pues, si, amables señores, los malvados resuelven su muerte...

—La muerte de quién? — pregunta el jovencito otra vez aturdido.

—Dale niño; niño, dale! La muerte de Agamenón, hijo de Phisthene, nieto de Atreo, esposo de Clitemnestra y padre de Electra, Trinidad, Efigenia, que no sale y Orestes, Morante. ¿Está usted enterado, niño?

—Que lo entienda Calengo.

—Vaya, me alegro, y no se olvide de ir á la escuela.

Culebras tose de nuevo y continúa:

—Aprovechando el momento en que el valeroso Agamenón viniendo de un largo viaje y siendo hombre de costumbres higiénicas se introduce en el *lapidarium*, que así se llamaban los cuartos de baños entónces; ¿qué hacen? Se meten tras él y allí, en el transparente y manso cristal líquido, me lo trincan y....*cric*....

—Qué quiere decir eso de trincar?—pregunta el jovencito, mientras otros pregunta también:

—Pero, ¿qué pasa, Culebras?

—No lo habeis comprendido? Ese *cric* quiere decir que lo degüellan al valeroso rey de Argos y Miscenas como si fuese un humilde cordero.

—Qué horror! — exclaman algunos disimulando la burla.

Culebras prosigue con exagerada entonación:

—Y era de verse cómo los infames adúlteros contemplaron con ojos de gozo infernal la generosa sangre que brotaba en raudales por la ancha herida, mientras el noble é invencible guerrero se revolvía entre las ansias de la horrorosa parca. ¡Qué cuadro!.... eh?

—Y aparece el baño?—pregunta el jovencito.

—No, angelito mío,—le contesta Culebras.

—Y termina así la tragedia?—dice el militar reformado.—Pues, amigo, tiene un fin inmoral y detestable.

Culebras aspira con fuerza y contesta sentenciosamente:

—¡Hay Providencia, señores, hay Providencia!

—¿Dónde? ¿En el báño?—pregunta el jovencito.

Culebras sin hacerle caso prosigue:

—Todavía no ha concluido la tragedia, ó mejor dicho, señores, aun no ha principiado la acción. Todo eso no es sino el introito.

—Cáspita, pues si esa es la introducción' como será lo demás. De seguro que no queda ni el consueta.

—Allí estaba Electra,—prosigue Culebras, tratando de acrecentar el interés producido,—que es el papel que hace Trinidad, hija de Agamenón, y allí también está, aunque no está allí sino en casa de su tío Estrofio, rey de Fócide, el famoso Orestes, amigo íntimo de Pílades, á cuya casa había ido á parar á causa de unos enojos que tuvo con su padrastro Egisto, cuando era chiquito . .

—Que lo entienda Calengo,—repite el jovencito aburrido de no entender.

—Veamos Culebras,—le dice Cavia riendo,—¿quién era el chiquito? Agamenón, Trinidad, Orestes, Electra, Estrofio ó?...

—Orestes, señor don Feliciano, Orestes, á quien su hermana Electra, que se encuentra al lado de los amantes criminosos, y que es el papel que representa Trinidad, su hermana Electra lo llama por intermedio de Pilades, con quien ella tiene sus amorcillos y le revela el monstruoso secreto.... Qué llega á saber el desdichado hijo!.... Que el asesino del grande Agamenón era su propia madre!.... Eh, ¿qué tal?

—La madre de Agamenón?—pregunta el jovencito más confundido que nunca.

—Vamos, niñito, ¿estamos de guasa?—Vuelvo á repetir que yo me explico con

toda claridad.—La madre de Orestes, ¿entiende usted ahora?

—Aunque no quiera,—murmura el jovencito.

—Y qué hace el *chavó?*—pregunta el hijo de la tierra de María Santísima.

—El *chavó!*....—repite el jovencito,—qué es eso de *chavó?*

—Ya le han dicho á usted, señor currutaco, que *apande la muy.*

—El que debe apandar su geringoza es usted, señor godo.—¡Que se calle el godo!

—Las escenas que siguen,—dice Culebras á su auditorio,—son patéticas en grado superlativo, como no pueden ustedes imaginarse!.... ¡Qué grandiosidad de pensamientos!. .. Qué arranques de inspiración tremenda! Vamos, vamos, aquello no es para contado sino para visto!...

—Pero, diga usted, ¿qué hace Orestes?

—Qué hace Orestes, qué hace Orestes?... Lo que todo buen hijo haría estando en su lugar si estuviera tan bien templado y no fuera tan fastidioso como este niño. Acomete á los asesinos y los degüella en menos qúe canta un gallo.

—Pero, Culebras, con tanta degollatina eso se va pareciendo á la degollación de los inocentes.

—Qué bárbaro! Degollar á su propia madre!

—Pues eso es lo extraordinario,—repli-

ca Culebras, golpeando con el reverso de una mano en la palma de la otra. — Despues se vé perseguido por las furias....

—Y quiénes hacen de furias?

—Apuesto á que son la Campomanes y la Ugier.

—No, las furias no salen á la escena. Se suprimen como artículo de lujo.

—Y por fin,—dice el jovencito,—¿qué papel hace Trinidad?

—Ahora salimos con esas? El de Electra, la hermana de Orestes, que luego se casa con Pílades....

—Pílades se casa con Orestes!!....

—Cuando digo que el niñito se ha venido con la guasa muy cargante,—dice Culebras y haciendo un saludo afectado á su auditorio, continúa dirigiéndose al mostrador.—Vaya, vaya, yo voy á tomar unos bollos con café y leche. Si alguno de los señores gustan.... con que pague no me ofendo.

—Gracias, Culebras.

—Que aproveche.

—Aquí Culebras?.... — le pregunta un mozo trayendo un tazón de leche con café y dos enzaimadas, colocándole todo encima del mostrador.

—Aquí ó en cualquier parte donde no estorbe y pueda salir mas apriesa,—contesta Culebras, tomando el tazón, mojando en él la enzaimada y llenando la boca con ella,—porque si yo no estoy en el teatro

no hay quien haga nada de provecho.

—Pro, ¿y el final, Culebras, y el final? —le preguntó el jovencito.

—El final es que, por todo lo que usted se ha querido *quedar conmigo*, vaya y le diga á su papacito que nos tome un palco antes que se concluyan.

Y con la boca llena de enzaimada ensopada, añade, dirigiéndose á los demás:

—Si, señores; como la función de esta noche entran pocas en libra! Con que apresurarse á tomar las pocas localidades que quedan si no quieren que les pese despues.

III

Lo que se vé y se oye en la puerta, interior de un café y en la boleteria de un teatro

Los centinelas avanzados de la chismografia callejera que se hallaban en la puerta del café y otros que estaban á la descubierta en la bocacalle de la esquina y que se acercaron rápidamente á aquellos, movieron un animado cuchicheo:

—Ahí vienen,—decian.

—Quiénes?—preguntaban.

—El portugués Larrica y Pepa apoyada en su brazo.

—Si es su esposa,—contesta uno, á quien parecía disgustarle aquello,—nada mas natural que venga del brazo de su marido.

—Pero.... ¿es cierto que se han casado?—pregunta otro.

—Y qué tiene de particular?—repone aquel.

—Nada; pero pudo hacerla su querida con su dinero sin necesidad de darle su nombre.

—No habrá alcanzado. Y sobre todo,

¿quién puede asegurar que esa *señora* se ha vendido alguna vez?

—Que se lo pregunten á los frailes franciscanos cuando frecuentaban la taberna de la Ratona.

—Estas hablando de puro vicio.

—Pues vaya que la conquista es difícil, siendo mas conocida que la ruda. Miren que se habrá escapado en aquella taberna donde tanto frecuentaba la gente del *bronce*. Vaya, qué perla en aquel estercolar.

—Sigues hablando de puro vicio.

—Y negarás los amores del capitán U... con ella?—pregunta el que llevaba la batuta del *venticello*.—Negarás que debido á esos borrascosos amores tuvo que dejar la carrera de las armas?....

—La dejó porque no quiso entrar en la reforma, porque tomó parte en la revolución del año pasado y porque no le da la gana de servir á este gobierno....

—Es el pretexto; pero á mi me consta, como á tí que lo defiendes porque desgraciadamente eres su amigo, que, debido á esos amores. no sólo le hicieron dejar la carrera de las armas, sinó que ha tenido ciento un disgusto con su familia y que debido á esos amores está mal visto en la sociedad donde nadie lo recibe.

—Pues á mí me han dicho, — añade un tercero,—que no se le recibe en la sociedad debido á la depravación de su vida.

—Esa es una infamia!—exclama el generoso amigo del ausente.

—Será; pero tambien se añade que su padre, benemérito coronel de nuestra independencia, lo ha echado repetidas veces de su casa.

—Esa es otra calumnia.—U.... no es hombre de dejarse echar á la calle ni por su mismo padre.

—Lo que es yo, — añade otro, — sé de buena tinta que el comerciante portugués es mas celoso que un mono.

—Cara tiene de eso.

—De mono?

—Y de celoso.

—Silencio, señores, que ya están aquí.

Por la calle de la Catedral, hoy San Martín y desembocando en la de Cangallo, llegaba una pareja que atravesó á la acera del café. Los que se hallaban en la puerta de éste formaron un doble cordón y fijaron sas miradas, unos burlones é irónicos y los mas curiosos ó indiferentes, en la pareja que llegaba.

—Buenas tardes,—les dijo el caballero, saludándolos con cortesía.

Algunos repitieron:—Buenas tardes;—otros hicieron un simple movimiento de cabeza y los burlones siguieron mirándolos pasar sin contestar el saludo.

Ella siguió con altivez de despreciativa provocación, levantando el rostro sin mirarlos, sin saludar, ni contestar á los que saludaron. Parecía que adivinaba que allí se hablaba mal de ella.

Un tanto alejada la pareja se oyeron risotadas mal comprimidas y frases groseras.—Algo debió llegar al caballero, quien volvió la cabeza con desagrado para seguir adelante con signos de disgusto.

La pareja llegó á la puerta del Teatro Argentino y penetrando en un salón, con más apariencias de cuadra que de peristilo, con piso tosco de ladrillos gastados y rotos, techo desnudo, con una abertura hacia la izquierda que conducía á palcos, lunetas y proscenio y otra abertura á la derecha donde había una escalerucha sin descanso, empinada, que daba acceso á la cazuela ó *gallinero,* se dirigió á una ventanilla del frente, con barrotes de madera, donde estaba la boletería.

—Una cazuela de primera, señor Montoro,—díjole el acompañante, con acento lusitano al boletero que se hallaba trás los barrotes,—y una luneta punta de banco que esté, si es posible, frente á la cazuela.

—Viene usted con la suerte del niño Jesús, señor don Manuel,—contestó el boletero;—aquí tiene usted,—añadió acercando la *tablilla,*—las localidades que nos queda para la función de esta noche.

Y señalando los papelitos blancos y rosados, que á manera de cucuruchos se hallaban encajados en un tablero numerado, le indicó:—Esta cazuela es de primera fila, entrando á la izquierda... número 15. Es un poco molesta porque tiene por de-

lante un pilastrón; pero al mismo tiempo es cómoda porque el pilastrón resguarda del tufo que produce la mecha de las velas....

—Pero, usted sabe, señor Montoro,—dice ella con enojo,—que yo siempre vengo al número uno y ha debido guardarlo.

—Sí señora; pero, ¿qué quiere usted? Morante se empeñó con el asentista para que le cediera esa localidad, y como Morante tiene tanta vara....

—Está bien,—replicó ella con impaciencia,—lo mismo da.

—Bueno y basta,—añadió el lusitano metiendo la mano en un bolsillo:—la luneta punta de banco?....

—Aquí está,—contestó el boletero sacando de la *tablilla* un cucurucho rosado,—entrando, cuarta fila de la derecha.

—Está bien. ¿Cuánto es?

—Tres.... y cuatro.... ¿Las entradas?

—Tambien.

—Aquí están.... siete y ocho... Quince reales, don Manuel.

—Tome usted,—dijo don Manuel y le entregó un peso. Dirigiéndose en seguida á Pepa, le preguntó:

—Vamos?

—Vamos, — murmuró Pepa, saliendo adelante.

—Sobra, don Manuel,—le dijo el boletero al lusitano presentándole unas monedas de cobre.

—Venga,—replicó el lusitano, tomando el vuelto y guardándolo como si se arrepintiera de un impulso generoso.

Y salió tras Pepa que había tomado camino del bajo.

Los que aún permanecían en la puerta del café de Catalanes y que no habían cesado de hacer comidilla de la tan maltratada pareja, al verlos salir del teatro, dijeron:

—Ahí van! ¡Ahí van!

—Pobre portugués!

—Es uno de los tantos á quienes el reverendo padre Castañeda retrata con sal y pimienta y como él solo sabe hacerlo en *El Despertador*.

—Sal y pimienta? Dirías más bien lodo é infamia. Así le va con sus pasquines al tal frailecito. El día que menos se piense le van á dar que contar y no doblones. A mí me consta que ya ha tenido que retractarse de algunas de sus calumnias vergonzantes.

—No lo creo.

—No lo crees? Tampoco creerás que anda oculto y que la policía tiene órden de agarrarlo y mandarlo por dos años á Patagones?

—Qué va á mandar la policía?

—Que lo encuentren y ya verás.

—Con el padre Castañeda, que tiene muy buenas aldabas, no se puede.

—Silencio!—dijo uno que llegó apresu-

rado de la esquina.—Tras de la soga el caldero, caballeros.

—Quién?

—El capitán U...

—Pero eso es ponerse en ridículo.

—Y por qué?

—Ignora, acaso, que todos sabemos las relaciones que median entre él y esa mujer?

—Si todas las mujeres casadas fueran como Pepa....

—Chist.... Ya llega...

Por la calle de Cangallo venía hacia la acera del café, caminando despacio y con paso seguro, un jóven alto, de esbelta y simpática figura, quien á pesar de su traje de paisano, denotaba á las claras su orígen militar.

Negras guedejas de cabello fino y lustroso que hacían resaltar el blanco mate de su rostro, le asomaban por debajo del sombrero de castor que un tanto caído sobre sus ojos, negros también como su largo y sedoso bigote, dábanle un tinte de sombría tristeza á su fisonomía donde á veces se reflejaban los relámpagos de un carácter indomable.

Vestía una chaqueta de seda azul abrochada con alamares negros y pantalón de paño oscuro, adornando su cuello un pañuelo de seda blanco atado con un nudo sobre el que lucía un grueso diamante.

Iba indiferente y con la cabeza gacha atravesó por entre aquellos curiosos, sin

saludarlos; pero olas de un murmullo desagradable llegaron á sus oídes porque volviéndose rápido se encaró con el que tan maliciosamente hablaba momentos antes de él:

—¿Qué dice usted?—le preguntó mirándolo de hito en hito.

—No hablaba con usted,—le contestó el interpelado, palideciendo y pretendiendo ocultar con su brusca respuesta el desconcierto que la actitud del jóven le produjo.

—Pero hablaba usted de mí, puesto que me ha nombrado y yo le exijo que repita lo que acaba de decir si es usted hombre para ello,—le replicó el jóven mirándolo fijamente.

—Usted no me ha de hacer repetir lo que no me da la gana—dijo el *venticello* retrocediendo y tomando una actitud defensiva.

Iba el capitán á arrojarse á él levantando la mano, cuando el jóven que habia tomado su defensa, se interpuso, diciéndole:

—Has interpretado mal, José María, y sobre todo lo dicho no merece que se produzca escándalo que más que en otros redundaría en perjuicio tuyo.

El capitán tomó la mano del que debía ser su amigo y mirando de arriba abajo á su ofensor, le dijo, con acento y miradas despreciativas:

—Es cierto, veo que hé interpretado

mal. Ese *infeliz* no es tipo capaz de sostener sus calumnias.... *por prudencia.*

Y esperando un momento durante el cual ninguno de los que allí estaban pronunció una sola palabra, estrechó la mano de su amigo, que aún conservaba en la suya y diciéndole:

—Adios González,—siguió hacia el teatro Argentino.

Cuando ya se había alejado lo bastante para que no oyese lo que se podia decir, el jóven *prudente* murmuró:

—Se la echa de valentón porque sabe que ninguna persona decente ha de contestar sus balandronadas....

—Ahora estás hablando de puro miedo, —contestóle el amigo de U...

—Miedo!... Tu crées que yo le tengo miedo á un hombre á quien sus mismos parientes desprecian, á un relajado como ese á quien le está prohibido llevar siquiera el uniforme de los militares retirados?

—No lo lleva porque no le da la gana.

—No lo lleva porque el gobierno y aun su mismo pariente Rivadavia se lo haría sacar en plena calle. Es un corrompido.

—Que te ha puesto un tapón.

—No me insultes!...

—Eh, punto en boca, señor calumniador de ausentes, si no quieres que yo te haga lo que no te ha hecho U... por puro desprecio.

—Paz, señores, paz...—dijeron algunos interponiéndose.

—Me darás una satisfacción.

—Lo que yo te daré será una lección para que sepas ser mas decente de lo que eres.

—Pero, señores, esa mujerzuela no merece que dos amigos se malquisten así;—dijeron los otros cuando sonaron voces fuertes adentro que decian:

—*Non, senhor, nom habrá freires nim galhos.... nim toros.... porque nom es vem con a civilizaçon d'on povo que ha adelantamento.*

—Lo que es toros,—replicaba el hijo de la tierra de Maria Santísima,—si debe haberlos aunque mas no sea que *embolaos.*

—Toros embolados,—exclamó uno de los que se hallaban en la calle,—ahí va el pobre Larrica qne es de buena ganadería.

Todos los demás rieron cuando apareció en la puerta la figura escuálida de Culebras.

—Hola, Culebras, ¿ya se marcha usted?

—Si,—contestó el insigne cómico, limpiándose la boca con el reverso de la mano, — ya estoy haciendo falta. Este Ramirez, el tramoyista, por mas notas que se le den parece que le estorba lo negro pues equivoca casi siempre el juego de las decoraciones y es capaz de presentar un foro de bosque en lugar de uno de tem-

plo. Tambien hacen falta algunos accesorios de la guardarropía. Un puñal.... el que tenemos es de cartón y no suple bien. ¿No tiene alguno de ustedes un puñal? Palabra que mañana mismo se lo devuelvo.

—Está prohibido cargar armas, amigo Culebras.

—Ya sé; pero en confianza, ¿no tiene?..

—Yo tengo una navaja sevillana,—dijo el andaluz que se había acercado,—si sirve....

—Hombre, una navaja sevillana en tiempo de Agamenón!

—El que dá lo que tiene....

—Gracias, ya veré si Ramirez tiene alguno en su fonda.—Con que, comido el bizcocho hasta luego á las ocho.... Que no falte nadie.... La escena aquella en que Clitemnestra le habla á Egisto de sus amores adúlteros es monumental.... Esa no la hé descripto porque quiero que os sorprenda....

—Quién faltará esta noche cuando vamos á ver en el teatro nada menos que dos Clitemnestras,—manifestó con ironía rencorosa el que había tenido cambio de palabras con el amigo de U...

—Dos Clitemnestras! — exclamó Culebras sorprendido.

—Clitemnestra 1ª la mujer de Agamenón y Clitemnestra 2ª, la mujer del portugués Larrica.

—Ah, con que ese señor tan finchado y tan feo el pobrecito es otro....Agamenón?...—preguntó Culebras con malicia.

—Un Agamenón II, corregido, aumentado y caricaturado.

—Ya se murmuraba con razón entre telones. Si la Ugier tiene un ojo!.... Pues, señores, si ustedes frecuentan amistad con D. Agamenón II, aconséjenle que no se bañe nunca porque le puede ocurrir lo que al otro.

—¡Bien, Culebras!....—festejaron los maliciosos.

—Pero, en fin,—prosiguió el cómico con natural hipocresía,— que viva la gallina aunque sea con su pepita.

Y haciendo una transición, prosiguió:

—Con que, señores, no faltar esta noche.

—De ninguna manera, Culebras!...

—Respetable público....—repitió Culebras haciendo una reverencia.

—Viva el gran Culebras!—gritaron algunos y otros haciendo chacota, repitieron: —¡Viva!

Culebras se retiró hácia el teatro despues de otras cuantas reverencias ridículas.

U.... había llegado á la boletería y preguntaba al boletero:

—Querría usted tener la bondad de decirme qué localidad ha tomado el señor Larrica?

El boletero, que debía conocerlo, le dijo, sonriendo:

—Cazuela número 15, entrando á la izquierda, que tiene un barrote por delante... y la luneta 194.

—Queda cerca de la escena?

—La cazuela?

—Si.

—Contando las divisiones á la cuarta.

—Y la luneta?

—La lunetn entrando á mano derecha, cuarta fila, punta de banco....

—Gracias ...

—Tengo un palco bajo de la derecha muy bueno.... justamente frente á la cazuela.... ¿Lo quiere usted?

—No. .. ahora no.... Luego.... Gracias, Montoro.

Y salió precipitadamente tomando con paso ligero por la calle de la Paz hoy Reconquista.

El boletero recogiendo la cartulina que representaba el palco ofrecido, murmuraba:

—Anda y que te compre quien no te conozca. Como si yo no supiera las que le está haciendo esa mona á su mico.

En eso llegó Culebras:

—Y? Qué tal?—preguntó restregándose las manos.—¿Cómo va esa tablilla?

—No va quedando sino pura morralla. Esta noche se vende todo.

—Magnífico?

—Sí, magnífico sería si los cómicos estuviesen á partido; pero las buenas entradas se las lleva el asentista.

—Bueno, bueno, la cuestión es que haya buenas entradas, que despues...

—Vinieron de la *Gaceta* á pedir dos entradas.

—Se las habrás dado, por supuesto. No les niegues nada á los periodistas. Los gaceteros forman atmósfera verdadera de crédito y si no se les atiende y contenta podrían causarnos mucho mal.

—El asentista me ha dado órden de que no les dé si no sobran.

—Pero, demontres,—exclamó fuera de tono Culebras—yo soy el representante.... El asentista no debe meterse en esas cosas y cuando yo doy una órden....

—La verdad es que aquí todos mandan,—murmuró el boletero.

—Pero yo soy el representante de la compañía, *demontres* y como tal debo mandar mas que todos!—exclamó Culebras volviéndole la espalda con disgusto al boletero.

—Se va usted?

—Si; voy á ver si Ramirez tiene, por casualidad, un puñal para Orestes...

—Ah, pues, dígale que me mande la comida porque yo no puedo dejar sola la boletería...

—No han traído todavía los equipajes de las damas?

—Ni la sombra.

—Esas mujeres.... esas mujeres.... mientras que almidonan y planchan, y hacen el blanquete y preparan la bandolina y los dichosos añadidos y los ahuecadores... y las orquillas...¡qué mujeres!... Siempre hay que empezar despues de hora debido á ellas.

Y rápido atravesó á una taberna que había haciendo cruz con el teatro, frente á la iglesia de la Merced.

IV

Agamenón, Clitemnestra y Egisto. . . . antes de representarse la tragedia

—Es extraño, Pepa, tu capricho de no faltar esta noche al teatro. . . . El tiempo no está muy seguro y podría cambiarse... Además ya sabes que estoy molesto pues á pesar de ser domingo hé trabajado mucho hoy. . . . Quisiera descansar.

Así le iba diciendo don Manuel Larrica á su mujer, mientras bajaban la barranca.

—Ya me tienes fastidiada con tus estúpidas contradicciones, — contestóle Pepa siguiendo adelante.—Si no quieres ir esta noche al teatro nada hay perdido: te quedas en casa.

—Eso es lo que tú quisieras, *desvergoñada*—murmuró entre dientes el desconfiado lusitano.

—Qué dices?—le preguntó Pepa, deteniéndose y lanzándole miradas de enojo.

—Nada...—dijo Larrica agachando la cabeza; como si tuviera miedo á aquellas miradas,—sigue. . . . sigue. . . .

—Por quién sino por tí estamos dando

estas caminatas.... Nada más que por tu maldita avaricia....

—Avaricia.... avaricia.... es un gran negocio en el que puedo ganar más del ciento por ciento.

Pepa hizo una mueca despreciativa y siguió adelante.

Alta, erguida, en toda la esplendidéz de un desarrollo meridional; tez morena mate, frente estrecha, marcándose las arrugas y el ceño que denotaban decidida y enérgica voluntad; ojos pardos y hundidos, pequeños y rasgados, brillando en ellos la vivacidad y firmeza de su carácter; rostro largo y pomuloso; boca pequeña, lábios sonrosados y gruesos por entre los que dejaba ver cuando hablaba ó sonreía dos hileras de dientes pequeños, blancos é iguales: una montaña de cabellos negros, lutrosos y rizados, recogidos en desórden hacia atrás y por debajo de las orejas en una monstruosa castaña. Más que elegante marchaba con maneras desenvueltas y apostura marcial. Braceaba con donaire y sus manos casi siempre cerradas parecian más dispuestas á empuñar la espada de mando que no el femenil abanico. Voz algo bronca: pero, á veces, de un sonido tan vibrante y entero que hubiese cuadrado á un comandante de escuadrón de veteranos y no para pronunciar las tiernas frases que tan dulce suenan en lábios de mujer.

Era don Manuel Larrica, rico comerciante, hijo de Lisboa, bajo, rechoncho, feo y pecoso de viruela; de rostro botargado y barba y cabellos cenicientos; ojos chicos y recelosos; lábios delgados y frente rugosa, lo que no obstaba para que su fisonomía ocultara un fondo de cándida bonhomía, velada por humos jactanciosos.

Contaba la murmuración que solía tener *rarezas* por las que, con frecuencia armaba mayúsculos escándalos con su cara mitad aunque más no fuera que por no perder la costumbre arraigada por sus *celos infundados,* como Pepa decía. Y la malicia aseguraba, á pies juntillos, que en todas esas pendencias cejaba inmediatamente si veía que Pepa estaba dispuesta á echar la casa por la ventana. Hombre de pasiones lujuriosas, ó de sangre ardiente, como solían decirle sus paisanos, gastó una parte de su juventud en saciar aquellas, y otra en adquirirse la regular fortuna que tenía.

Para lo primero no se fijó nunca en repulgo más ó menos y lo mismo ascendía á la clase escogida en busca de los bienes deseados que descendía al más despreciable tugurio si habia aunque más no fuera que resquicios de encontrarlos. Con otra figura y otro carácter es indudable que don Manuel Larrica hubiese sido en sus tiempos el demonio de los enamorados.

De donde vino su casamiento con Pepa

es lo que sabremos una vez enterados del objeto que podía llevarlos á aquellos lugares llenos de pozancones; donde solo se veían unos cuantos árboles raquíticos, plantados en desórden, resacas arrojadas por el flujo y reflujo de las corrientes del rio y depósito casi siempre de basuras que de tarde en tarde se recogian de las calles de la ciudad; por que, triste y repugnante era el aspecto que presentaba estas orillas del caudaloso Plata, como las llamaba Culebras, con sus casuchines de tejas, barracas de madera donde, hacinados ó en montones, habia fragmentos de buques viejos y pilas de tablas, uno que otro almacen con objetos navales entremezclados con vasos y botellas, rollos de tabaco, bolsas de harina, *charquí*, pescado seco y otras vituallas; entornadas sus puertas no solo por ser día de fiesta sino por que era costumbre tenerlas así cuando se esperaba que fuese á hacer ejercicio de armas el cuerpo de cazadores o cualquier otro,—que todos infundían poca confianza á los pacíficos moradores de aquellos lugares, no por lo que en sí valían sino por las grescas que armaban en los momentos de descanso.

¡Cómo varían los tiempos y las cosas! El trayecto que arrancaba de los fosos del Fuerte, y seguía mas allá unos doscientos metros del desembarcadero,—cuatro tablas viejas sobre otros tantos estacones,—era

lo que pomposamente se llamaba entónces *La Alameda*, uno de los únicos paseos que había, que solía barrerse y aún regarse por los presos de la cárcel, no cuando repicaban gordo que eso acontecía con demasiada frecuencia, sinó cuando se trataba de algunos festejos y solemnidades patrióticas.

Este trayecto es el mismo que se conoce hoy con el nombre de *Paseo de Julio*, tan hermoseado de jardines ya proyectados entónces por el inmortal estadista Rivadavia!

Cuando Pepa y su acompañante llegaban pocas eran las personas que allí había; algunos marineros disputando, en su mayor parte borrachos, viejos burgueses sentados en los escasos bancos de ladrillos, mirando hácia el rio con santa contemplación, sombrero colgado del grueso bastón, echándose aire y secándose el sudor con el clásico sombrero de yerbas....

Pepa caminaba á paso de trote, retrocedía, avanzaba y volvía á detenerse con nerviosa impaciencia esperando que don Manuel la alcanzase. Este iba despacio, á paso de cansancio, enjugándose la frente, el cuello y la cara, de donde brotaba copiosísimo sudor.

—Dime—le pregunta Pepa con imperioso enojo—¿no piensas ponerte á mi lado? Pues para venir detrás mejor sería que me hicieras acompañar con un negro esclavo.

—Al diablo.... al diablo con el paso

que llevas....—murmuró Larrica, llegando hasta ella jadeante.—¿Quién te puede seguir? Espera, Pepa, espera.....

Pepa, que se había sentado en uno de aquellos bancos de ladrillos esperando que llegara Larrica, volvió á tomar el paso de trote sin escucharlo, saltando por encima de las rocas, de las aguas estancadas, de los numerosos baches.... De pronto retrocedió con asco, y sacando un pañuelo tapóse con él la boca y narices:—había tropezado con la carroña de un animal.

Deshaciendo camino atravesó á la carretera donde esperó á que se le acercara Larrica.

Larrica llegó sin aliento.

—Pero es que te has propuesto,—le dijo Pepa bruscamente,—que pase toda la tarde oliendo estas porquerías?

Larrica, estallando en cólera, le contestó:

—Y quién ha tenido empeño en venir por estos andurriales si no tú? Por qué no te quedaste en casa? Yo tengo que acudir á esta cita porque se me ofrece un espléndido negocio; pero tú ...

—Eso es, si no vengo contigo me hubieses dicho despues que no había localidades y me hubieses tenido encerrada esta noche como acostumbras.... Y sobre todo este negocio podías hacerlo en otro momento....

—No.... hay que andar con mucho sigilo.... porque parece ser que....

Pepa no debía oirle ya porque, atravesando á la izquierda, saltando aquí y levantando montones de polvo con el vestido, siguió por la acera y no se detuvo hasta la esquina de la calle de Corrientes. Una vez allí y mientras su esposo llegaba, renegando como un condenado, Pepa escudriñó detenidamente hacia adentro de la puerta principal de un espacioso y grande edificio que allí había. Su curiosidad era persistente; movía el rostro y el cuerpo con impaciencia, parecía como que esperaba encontrar allí á alguna persona y no veía á nadie.

Larrica llegó en ese momento y observando también el edificio, dijo:

—Aquí es, sí, la casa de Sotoca... Estará adentro,—y añadió dirigiéndose á Pepa, —espérate un momento que voy á preguntar.... Y entró desapareciendo por breves instantes, mientras que por la calle traviesa llegaba el capitán U.... quien se dirigió á ella preguntándole en voz baja;

—Y Larrica?...

Pepa le contestó con un signo señalándole la puerta por donde había desaparecido su marido. Luego, cambiando significativas, pero siniestras miradas con el capitán, pronunció apenas:

—Y?...

—Estás completamente resuelta?—le replicó el capitán, cuyo semblante palidecía.

—Sí, — contestó Pepa, — con gesto de imperiosa resolución.—Ahora....

—No es posible.

—Que no es posible!...—exclamó Pepa furiosa.

—No, porque hé combinado otro plan más seguro.

—Sea como sea *yo lo quiero.*

—Pues bien,—replicó el capitán precipitadamente y siempre en voz baja,—esta noche irás al teatro y cuando yo pueda iré... Si me vés ocupar la luneta que esta tarde compró tu marido y hacerte una seña con el pañuelo será que el golpe se ha dado....

—Silencio... Ahí viene.

Con efecto se sintieron pasos dentro del zaguan de la gran casa y pocos momentos después se presentó don Manuel, quién dirigió al capitán y á Pepa miradas recelosas; pero el semblante de ambos se encontraba tan impasible é indiferente; tenía un gesto tan desdeñoso el de Pepa, que Larrica se tranquilizó dirigiéndose al capitán:

—Con razón me decían adentro que usted no había llegado todavía.... ¿Cómo vá? ¿Y? ¿Podemos ver esos tercios?

—No están aquí, sañor Larrica,—replicó el capitán.

—Cómo!.... Pues no me dijo usted?... —exclamó Larrica con sorpresa.

—Si, señor, le dije que los teníamos en

depósito en esta casa; pero ha sido necesario tomar precauciones y los hé hecho trasladar á nuestro almacen....

—Oh!... Luego esos tercios....

—Ya comprenderá usted que al darlos tan baratos es porque....

—Comprendo.... Y dice usted que los tiene?....

—En los sótanos de nuestro almacén.

—Y cuando podrían *calarse?*

—Cuando usted guste.

—Esta tarde....

—Ahora no estás cansado? — preguntó Pepa irónicamente.

—Yo no me canso nunca cuando puedo hacer un buen negocio, — dijo Larrica.

—Ya lo suponía, — murmuró Pepa, riendo despreciativamente.

—Justamente le iba á proponer á usted lo mismo, que fuéramos esta tarde y para eso hé venido, porque mañana salgo para la campaña y tardaré en volver....

—Si?...—preguntó Larrica, como si el espléndido negocio se le fuera de entre las manos.

—Aunque don Juan Labrador está muy empeñado en quedarse con este asunto mi palabra es palabra y....

—Podemos ir ahora, si á usted le parece....

—Bien, — murmuró el capitán fijando la mirada sombría en Larrica, mientras

Pepa seguía mirando indiferente las ondulaciones del rio.

Larrica quedó reflexivo y de sus labios salieron palabras ininteligibles; pero que seguramente se referían al negocio pues que con los dedos echaba cuentas.

Pepa interrumpió el breve silencio:

—Pero, Manuel,—dijo á su esposo con impaciencia,—¿piensas que yo vuelva á acompañarte al almacen del señor? No me faltaba otra cosa.

—No,—contestó Larrica, — si el señor permite te dejaremos en casa y yo iré solo.

—No tengo inconveniente,—replicó el capitán con voz insegura.

—Vamos, entónces.

Y los tres se pusieron en marcha, yendo Pepa adelante. D. Manuel se acercó al capitán y volviendo al negocio se tomó impulsivamente de su brazo, pues aunque en ese momento pretendía disimularlo, se hallaba verdaderamente cansado

El capitán, que sólo contestaba á don Manuel con monosílabos, dijo en voz alta, de manera que Pepa le escuchara:

—Van ustedes al teatro esta noche?

—Si.—contestó Pepa volviéndose,—trabaja Trinidad y se dá una tragedia nueva.

—Una tragedia nueva? — preguntó el capitán estremeciéndose.

—Lo que es para mí lo mismo me dá que sea nueva ó vieja.... Yo voy por lle-

varla á esta.... Tiene una afición desmedida por el teatro....

—¡Como paso una existencia tan divertida!

—Pepa! Ya sabes que yo hago todo lo posible por distraerte....

—¡Cómo no!

—He aquí las mujeres: cuanto mas se les trata bien mas se quejan.

—¡Bah!—murmuró Pepa con un movimiento brusco de desprecio.

—Vamos, hija, — añadió don Manuel, dulcificando en todo lo que era posible su voz,—puedes irte de aquí á casa.... queda cerca.... dispon todo lo que quieras para la función de esta noche. Yo iré á la cochería de Moris para que se nos mande una tartana, inmediatamente que cerremos negocio con el señor....

Y añadió, en el colmo de una alegría ridícula:

—Es necesario festejar el buen resultado de este negocio aunque mas no sea que yendo en coche al teatro.

Larrica, dominado completamente por la impaciencia febril que le producia el pensar en los resultados de aquella espléndida operación mercantil, llegó hasta olvidarse de su cansancio al extremo de que temiendo llegar tarde caminó algunos pasos delante de Pepa y del capitán, los que volvieron á cambiar miradas de intelijencia y palabras bajas. Luego, volviéndose bruscamente le dijo á Pepa:

—No te hé dicho que puedes irte de aquí á casa ó crees que no tengo confianza en dejarte ir sola?

—Señora, — añadió U.... inclinándose con fria cortesía,—me llevo á su marido de usted; pero no se impaciente usted porque será por breves instantes.

—Breves instantes! — murmuró Pepa bruscamente,—no.... *Yo preferiría que fuera por toda la vida.*

Y sin contestar al saludo y sin despedirse de su marido siguió adelante con paso resuelto.

V

En donde el autor también cuenta, á su manera, el introito de otra tragedia que concluye con un apodo y un desmayo.

Allá por los años de 1816 ó 17 era don Manuel Larrica uno de los más asíduos frecuentadores de la taberna de la Ratona. Tenía fama el hijo de la tierra del rey don Sebastián, de una tacañería superlativa al extremo de negarse á dar para obra pía ni aunque más no fuera que un *cinquen;* pero si bien la caridad llamaba en balde á las puertas del mezquino lusitano no acontecía lo mismo si se trataba de alguna moza frágil de voluntad, quebradiza de virtud ó hacedera de placeres momentáneos, que entónces derrochaba á manos llenas los pesos duros, y aun las amarillas y relucientes onzas con el busto de Cárlos III, que eran las más preciadas por su justeza y calidad. Al par suyo iban otros muchos pájaros de distintos pelages á aquel nido de palomas, ya en busca de los sabrosos comistrajos y cochifritos ó ya en pos de los halagos y tributos que algunas

perdigüelas allí estables y regatonas de las plazas, proporcionaban á los buenos parroquianos,—se entiende que con el consentimiento y trato hecho, de la parda Rufina, que era quien dragoneaba de propietaria de aquel figón.

Vivía en la taberna una muchacha que, por la vivacidad de su genio, por la acción inquieta y enérgica de su carácter, su charlatanería siempre picante y su entrometimiento donde no la llamaban, dábale que hacer á la parda, y empezó á atraerse la atención de todos los que allí iban.—Como estaba muy lejos de ser despreciable aquel palmito de carne humana, hiciéronse cometarios y á algunos llegó á picarles de veras la curiosidad por saber qué madre la había traido á este mundo de pecados. Después de mucho escarbar y de mucho discutimiento vínose á sacar en limpio ó á descubrir que el año 6 y á la mañana siguiente de los memorables acontecimientos del 12 de agosto, la parda Rufina encontró acurrucada en la puerta del fondín, una muchachuela como de cuatro años, vestida de andrajos, descalza, sucia y demacrada, por cuya tez amarillenta pudo tomársela como oriunda de alguna tribu indiana y por los rizos de sus enmarañados cabellos como el producto de un entrevero latino-africano.

Con dudas ó sin ellas á ese respecto lo cierto fué que recogieron caritativamente

á aquella infeliz muchacha en la taberna de la Ratona y aunque ya tenía lengua espedita, jamás trajo de la mente á la palabra recuerdo alguno de lo que le aconteciera antes de venir allí.

—Pero, ¿cómo te llamas, hija mía?— preguntábale la parda Rufina, quien desde el primer momento se interesó por ella.

Y á ésta como á las otras preguntas, la pobre muchachuela respondía:

—*Pupa.... papa.... pepa....*

—Pepa? Luego tú te llamas Pepa?

Y Pepa la llamaron, aunque para ello hubieron sus escrúpulos de conciencia y hasta ideas de llevarla á la pila bendita; pero consultado el punto con uno de los padres franciscanos, frecuentadores de la taberna, se opuso á ello no sabemos si por temor de que la muchacha estuviera bautizada ó por motivos que no han llegado hasta nosotros.

Pepa se le puso, pues, y Pepa la nombraron desde aquel día.

Creció y creció alegre y vivaracha hasta que no faltó quien, sin mucho pensarlo, hiciera ofertas por ella á la parda Rufina, que pudieran ser ventajosas; pero la parda encariñada por Pepa más que si fuera su hija, hizo oídos sordos y se portó como peña que no quebrantan ruegos ni seducen dádivas.

No era, como es de suponer, D. Manuel Larrica, el que menos se interesara por

aquella valiosa conquista, y, zorro viejo y ya mañero, no cejó en la porfia. Calculando que con llave de oro se abren las puertas del cielo, llamóse á San Pedro y empezó á poner en obra su táctica, admirando por la prodigalidad de regalos y propinas con que asediaba á la Pepa. Hoy era un collarcito de puro azabache que le quedaba pintado, habiendo sido ayer una de las buenas alhajas recibidas la víspera y exhibidas como verdaderas curiosidades por los *clavadores* de joyas de la calle del Colegio, señores Forsylh y Martel. Y no había pasado aun la sorpresa agradable y habladurías de la gente malévola, cuando el bueno del lusitano se presentó con un relojito de los finos, conseguido de *lance* en la fábrica de D. Diego Herlby, cerca del café de Catalanes. Y vinieron zapatitos escotados de tafetán negro con hebillas de plata y camisas de encajes de Valencia y un justillo de estambre y un zagalejo de lana y mas tarde un guarda-pies de velludo y una saya de lana escocesa de lo mas escogido en la tienda de don Miguel Ochagavia, que era donde concurrian las damas de pro. Y tanta y tanta gollería y golosina que muchos se imaginaron que el portugués sería el padre oculto de la huérfana y que á la chita callando la preparaba el envoltorio de novia para hacerla un partido ventajoso. Dejóse entónces de mirar las cosas por el

lado de la malicia, al verlo presentarse con sus rumbosidades lleno de bondadosas y desinteresadas manifestaciones. "No de otra manera se disfraza el lobo carnicero"....

Pepa aceptaba ingenuamente riendo y con la mejor voluntad del mundo, las, al parecer, paternales galanterías del portugués, lo que llenábalo de gozo á él é infundía una justa emulación en las compañeras de servicio de aquella.

Pepa, por su parte, recompensaba tantos agasajos sirviéndolo con esmerosa solicitud acompañándolo á ratos en sus comidas y conversaciones, lo que le daba á entender á don Manuel que si no ganaba en su corazón por lo menos ganaba en su codicia, que era mucho ganar, si se atraía como cómplice en sus planes la pasión que más debía dominarla según pensaba. Pero el viejo lusitano se equivocaba porque había algo que más atraía á la muchacha y era las funciones de teatro. Desde que asistió por primera vez al de la Ranchería, hubiese dado sus arracadas de oro y su saya de veludillo por no faltar á ninguna. Y era tal su aficion que sus compañeras llegaron á llamarla la *comedianta*. Tanto rogó y suplicó á la parda que la dejára ir que ésta consintió que fuera una noche acompañada de otra muchacha á quien llamaban la *correntina*; pero con la condición expresa y sin réplica de que había de

ser por un rato y nada más. Que si quieres: —Pepa había ido con todas las ansias de su curiosidad á aquel espectáculo de que tanto se había hablado y viendo la parda que no tornaba en el tiempo concedido y no fiándose mucho de la inexperiencia de Pepa y la demasiada práctica de la *correntina*, salió á buscarla en persona y la encontró en el teatro sin miras de volver hasta que se apagara la última candileja; pero no hubo más remedio que obedecer á quien mandaba y por no escuchar el sempiterno rezongo de la que la había criado y con ella tenía consideraciones que no guardaba con las demás.

Pepa volvió al fondín malhumorada y nerviosa, y entróse á su cuarto con intenciones de no salir hasta que alumbrara el día.

Seguíalas muy de cerca un capitán de patricios, de apostura galana y bien plantado, é iba con él un jóven que vestía de particular. Entraron tras ellas en la taberna ó fondín y pidieron de beber. Eran los únicos parroquianos, y como se acercára la hora de cerrar, la parda Rufina, echándoles una mirada escudriñadora, entornó la puerta para que no se colasen otros y tener luego que ver con alguna patrulla.

Llamó el oficial á la *correntina* y después de pedirla tinto y blanco, insinuóla el deseo de que trajera á su compañera, la del collar de azabache. Díjoselo de tal

manera y tan simpático se demostraba que la *correntina* accedió gustosa á llamar á Pepa. Pocos momentos después vino con ella. Pepa, á quien no se le habían ido los enfados llegó ceñuda y lanzando miradas rencorosas. Vestía una basquiña de alepín floreado no muy larga ni muy corta; pero que dejaba ver la torneada garganta de un pie pequeño calzado con zapato de tafetán y media calada. El corpiño que ajustaba sus ya abultadas formas de mujer, se hallaba abierto, al descuido, en algunos de sus broches. Suolto en raudalosas hebras aquel bosque de renegridos cabellos y en él prendida por las espinas y las hojas de su cabo una rosa cuyos colores envidiaban los de sus frescas mejillas. Aun no había sacado de su cuello el collar de gruesas cuentas de azabache y permanecia en sus manos y orejas anillos y pendientes de oro y perlas orientales.

Al presentarse así, los dos jóvenes fijaron en ella la mirada codiciosa. Verdad que Pepa aunque no era una belleza perfecta, era una morena atrayente que al lado de sus compañeras podía pasar cuando menos por lo mejor de aquel muudo.

Acercóse con desgaire á la mesa y preguntó bruscamente:

—¿Qué hay conmigo?

—Verte,—contestó el amigo del oficial, mientras éste quería comérsela con la mirada.

—Y para verme me han hecho llamar? Vaya un gusto.

—Para eso y para todo lo que tú quieras, mi vida,—contestó el jóven á quien se le iban los ojos tras los broches desprendidos del corpiño.

—Pues entónces.... —dijo Pepa haciendo un movimiento rápido para marcharse.

—No te vayas; espera,—la replicó el oficial, levantándose y, tomándola suavemente de una mano la atrajo á sí, volviéndose á sentar,—te hemos visto esta noche en el teatro.

—Y qué?—preguntó Pepa desasiendo la mano que la tenía cogida el oficial.

—Cómo te llamas?

—Es capricho ó curiosidad?

—Más que curiosidad y más que capricho....

—Y qué gana usted con saberlo?

—Un gusto.

—Vaya un gusto.

—Quieres?

—El qué?

—Decirme tu nombre.

—Pues con preguntarlo á ésta...—replicó Pepa señalando á la correntina.—Me llamo Pepa.

—Nada mas que Pepa?

—Y qué mas?

—A esta la llaman Pepa solo, y á mi Paca, *la correntina.*

—Si; pero como yo no soy correntina....
—Quien sabe, ché.
—De dónde eres?
—Qué sé yo?
—Pues segun lo ataviada que estabas en el teatro y las alhajas que llevas,—dijo el compañero del oficial,—á tí te deberán llamar Pepa, *la rica.*
—Si!—exclamó el oficial cada vez mas fascinado,—rica.... rica... —añadió levantándose y yendo á ella,—rica por la luz de tu mirada.... rica por tus lábios .... de que los mios tienen sed!
Y antes de que ni aún la misma Pepa pudiera evitarlo, dominada por la lisonja y muy agena á lo que pudiera acontecer, el oficial la tomó en sus brazos nerviosos y levantándola estrechamente la besó en la boca con febril deseo.
La audaz acción del oficial aturdió de tal manera á Pepa, que no pudiéndose dar cuenta de lo que en ese instante le pasaba, ni acertó en el primer momento á desapartarse de los brazos que así la retenían. La parda Rufina que vió eso corrió escandalizada á desprenderla de los brazos del oficial. Las demás mujeres contemplaban aquel cuadro unas indiferentes, otras con malicia y las mas asombradas.
—Suelte usted á Pepa,—le dijo la parda con tono de reprensivo enojo.
—¡Soltarla!—contestó el oficial—¡Imposible! Esta mujer tiene que ser mía!

—Suya!—exclamó la parda sorprendida de tanto atrevimiento.

—Si, yo te daré por ella cuanto tengo. Toma,—y arrojó sobre la mesa algunas monedas de oro.

Mientras tanto Pepa había reaccionado y haciendo un brusco esfuerzo se desprendió del oficial que aún la tenía sujeta en sus brazos. Retrocedió sin que en su semblante ni en su acción se dibujara el miedo; sin que en sus mejillas apareciera el rojo del rubor.... Vergüenza, si, vergüenza fué lo que experimentó por haberse visto burlada de esa manera, allí delante de todas aquellas deslenguadas, á quienes siempre había tenido en menos ella, que había sabido hacerse respetar hasta de los mas atrevidos frecuentadores de la taberna!.... En sus ojos relampaguearon centellas de ira. Su cuerpo se puso rígido, sus manos se crisparon y antes de pronunciar las palabras que pugnaban por salir á borbotones de sus lábios estos temblaron y se contrajeron palideciendo:

—Usted... es.... ¡un canalla!...—prorumpió al fin con voz alterada,—¡un miserable!... atrévase á volverme á tocar!...

Y con la mismo rapidéz con que el oficial la tomó en sus brazos dirigióse al mostrador y armóse de un cuchillo ó puñal que allí había.

Luego repuso, mirándolo con despreciativa indignación:

—Vaya á comprar con su dinero á las mozas con que usted sabe rolar.

—Pero Pepa....—la dijo la parda Rufina, asustada por los resultados que aquella actitud podría traer, — suelta ese cuchillo....ya sabes que no quiero escándalo....

—Déjala!....—exclamó el oficial echando á un lado á la parda y yendo á Pepa con la mirada fija en ella y los brazos cruzados.

Pepa, manteniendo el puñal en su crispada diestra, desafiaba aquella mirada con ademán fiero.

El oficial se le fué acercando sin que ella hiciera movimiento alguno. Tanto se acercó que casi se confundían sus alientos, sereno como la misma calma el del oficial, agitado convulsívamente el de Pepa.

—Hiere,—la dijo con acento de irresistible firmeza. — Parece que eres muy brava y así te quiero más....¡Hiere!

Y no se quitaban los ojos de los ojos.

Por qué no hería Pepa? Le faltaba valor? Se habría apoderado de ella, acaso esa especie de fascinación predominante que la ciencia ó el arte moderno ha descubierto en los seres humanos? Se habría apoderado de ella en ese instante el fenómeno incomprensible de la sujestión?

Pruebas suficientes había dado en más de una ocasian de la fiereza de su carácter. Nadie hasta entónces, conociéndola, se hubiera atrevído á hacer, ni aún mucho menos de lo que hiciera el oficial sin que llevara inmediatamente su merecido. La misma parda Rufina le temblaba cuando la ira llegaba á cegarla, porque sabía que aquella muchacha, recogida en la calle, era capaz en sus paroxismos brutales de atropellar por todo sin importarle la propia existencia. ¿Quién la detenía, pues? Estaba humillada á sus propios ojos y sobre todo lo que mas debía encender su ira,—humillada á los ojos de las demás compañeras,—y sin embargo, allí estaba inmóvil, sin mover el brazo armado, fijos sus ojos en los ojos del oficial, el seno palpitante, los lábios temblorosos.

—Hiere!... hiere!...—repitió el oficial y acercando sus lábios á sus lábios volvió á besarla con mas ansias que antes.

Entónces Pepa lanzó un grito de rabia que más bien parecía un alarido salvaje ó un rugido de fiera y levantando el brazo que tenía armado fué á descargarlo en mitad del pecho del oficial; pero éste, que no perdía ninguno de los movimientos de Pepa, tomóla el brazo antes de que el cuchillo lo hiriera y la atrajo á sí con impulsos de fiebre. Hubo una pequeña lucha y el cuerpo de Pepa se contrajo, voltearon

sus ojos en las órbitas, cerráronse sus lábios temblorosos, rechinaron sus dientes y cayendo de golpe su cabeza, estremecióse toda poseida de una fuerte convulsión.

Sus compañeras que miraban aquella escena, unas impávidas y otrás sobrecogidas de espanto, estas curiosas y burlonas y aquellas con mal contenidos aspavientos, acudieron á Pepa y pretendieron detener los espasmos del ataque convulsivo, tomándola de las manos y del cuerpo.

El puñal que pocos momentos antes esgrimiera furiosa se hallaba en manos del oficial, quien guardándoselo murmuró:—Con esta arma yo hé de romper todas las ligaduras que se opongan á que sea mía!...

Mientras tanto la parda Rufina espantada y chocando diente con diente le decía al oficial suplicante y en voz baja, mirando con temor hácia la puerta:

—Váyase, señor oficial.... váyase, por Dios,—y dirigiéndose al joven que lo acompañaba:—Hágame el servicio su merced de decirle que se vaya.... Puede venir la patrulla y yo voy á ser la perjudicada.

El oficial contemplaba con arrobamiento á Pepa, desmayada en los brazos de sus compañeras y acercándose á ella y desenredando de sus cabellos la rosa, le contestó á la parda impulsivamente:

—Si, ya me voy; pero deja que lleve conmigo esta flor que adorna su linda cabellera.

—Vamos,—le dijo su amigo, tomándole de un brazo.

—Vamos, Gonzalez.

Y volviéndose desde la puerta, le preguntó:

—¿Verdad que es una mujer muy hermosa? Toma, — añadió, dirigiéndose á la parda Rufina y arrojandole otro montón de monedas de oro,—toma y cuídala como si fuera mi vida.

—Bueno, amigo, vamos,—repitió el otro jóven empujándolo,—y ya hablaremos de esas cosas despacio en otra parte. Puede venir la patrulla y no me haría mucha gracia que nos llevaran.

La parda Rufina los acompañó hasta la puerta y no bien traspusieron los umbrales la cerró de golpe, echándole pasadores y cerrojos. Enseguida recogió las monedas que arrojara el oficial, mirólas una á una y haciéndolas sonar y murmurando: Serán falsas? — se las fué guardando, despues de contarlas y tomarles el peso.

Mientras tanto refunfuñando en voz alta:

—Qué se imaginará esta canalla de oficialitos....estos señores militares....que porque arrastran un sable y tienen fueros y privilegios pueden comprarlo todo con miserables monedas?.... (Me parece que no es buena esta onza.... Si.... no es mala.... Está sellada....) Vaya, vaya,

mi Pepa no se vende por todo el oro del Perú.... Ea, ea, muchachas á dormir...

Y apagando velones y candiles se fué con uno de estos últimos á dondo estaban las mozas atendiendo á Pepa, que se debatía en convulsiones y gritos ahogados.

Después de observarla un poco les dijo á las demás:

—Eso no es nada. Llévenla á su cama y háganla oler un poco de vinagre. Con vinagre se le pasará.

—Miren la *señorita* desmayarse porque le dan un beso,—dijo una moza alta y flaca, que tenia el apodo de *Pajarote*.

—En cambio tú no te desmayas por otras cosas peores,—contestóle la *Correntina* con descaro.

—Vamos, eso no le importa á nadie,—terció la parda,—cada una se desmaya por lo que puede.... ó por lo que le da la gana....

—Pero ha visto, ña Rufina, que fuerte le dió al militar?

—Y se llevó la rosa....

—Pues que se contente con el olor, muchachas,—dijo la parda riendo.

—De la rosa?—preguntaron las otras haciendo coro.

—Se entiende.

—Caro le cuesta ese olor al militar,—añadió la *Correntina*, cargando con su amiga Pepa, á quien se le habían pasado ya las convulsiones.

—Lo que á tí nada te importa.—A dormir, muchachas.—Tú, *Correntina*, lleva á Pepa á su cuarto y cuídala.—Mañana será otro día.

VI

De cómo un apodo puesto al acaso se convirtió en apellido legítimo de legítimo matrimonio, después de otras circunstancias más ó menos agravantes.

Al día siguiente, cuando cada cual ocupó su puesto en el despacho y Pepa, más pálida que de costumbre, se presentó en la sala de la taberna, no faltó quien, de las otras muchachas, dijera con burla:

—Ahí va *la rica*,—recordando el apodo de la noche anterior.

No le supo muy bien á Pepa el recuerdo pues con la mirada hosca y los puños cerrados se fué á ella. Y se hubiese producido un choque en que tal vez la otra saldría mal parada, si haciéndose la prudente no se hubiese retirado prontamente. Pero fué lo bastante para que las que le tenían ojeriza á Pepa, dijeran en voz baja, á los parroquianos que allí había:

—Ahí va *la rica*.

Y mientras las muchachas esplicaban á los curiosos parroquianos el origen del apodo, Pepa se dirigió á la parda, queján-

dose á ella de la insolencia. La parda quedó reflexiva un momento y encogiéndose de hombros la dijo:

—Y qué tiene que te llamen *la rica?* Déjalas decir que no dicen más que la verdad. Tú eres la única rica entre todas ellas:

—Ché, *la rica*,—dijóla desde un extremo la *Pajarote*, poniéndose en jarras,—ahí entra tu patrón.

Pepa palideció más de lo que estaba y haciendo un movimiento de ira fué á lanzarse sobre la *Pajarote* que la esperaba en actitud desfachatada cuando se interpuso la parda:

—Vaya, vaya, *Pajarote*, á ver si te callas porque ya sabes que no quiero peleas aquí.

—Peleas?—replicó la *Pajarote*, columpiando el cuerpo y golpeando con el pie en el suelo.—Que se anime *la rica* y ya verá el guantón que la doy.

—No has de dar guantón ni lo has de volver á decir porque ahora puedes recoger tus pilchas é irte á otra parte con tus posturas de comadrita cuchillera. Entiendes?

—Cómo?

—Comiendo. Aquí no se amenaza á nadie ni á nadie se falta al respeto.

—Pero si es una broma, ña Rufina.

—Bueno, si es broma, pase por esta vez; pero, cuidado con que se repita.—Ya pue-

des irte adentro, y tú, Pepa, anda á servir á don Manuel que está esperando.

—Por qué te echan, *Pajarote?*—preguntóla un parroquiano.

—Por nada, porque le hé llamado rica á Pepa.

—Pues no es sobrenombre tan feo para echar á nadie.

Y viendo que Pepa pasó á su lado, la dijo, en tono de chunga:

—Adios, *la rica.*

Y el mote cundió de tal manera que todos la saludaron con él.

Pepa temblaba de rabia y sin responder á las asombradas preguntas de don Manuel, que oía aplicar su apellido á la moza sin saber por qué, se retiró al interior pretestando que estaba enferma.

D. Manuel se quedó atónito. Aquello era para él una verdadera novedad. Llamó á la parda y le preguntó siempre asombrado:

—Como es esto, que de la noche á la mañana le dan mi apellido á Pepa?

El *quid procuo* le vino como de molde á las intenciones de la parda, quien ni por asomo pensaba contarle á su mejor parroquiano lo ocurrido en la noche anterior.

—Ahí verá usted, don Manuel,—contestóle sonriendo intencionalmente y como ladina que era y mas viva que la luz,—aunque no lo aparentaba,—agarró la ocasión por un cabello:

—Le llaman *Larrica*, porque la muchacha no quiere servir á otro mas que á usted...

—De veras?—preguntó don Manuel saliendo de su asombro y sintiéndose satisfecho en su amor propio. — ¿Y por qué se vá?

—De puro avergonzada.

Y la parda siguió el ataque:

—Vamos, señor don Manuel, que demasiado sabe usted que la tiene encaprichada. Y como todos los que vienen aquí lo han notado....

—Sí?

—A Pepa no le gusta tanta publicidad.

—Y qué tiene de extraño que le den mi apellido?—preguntó candorosamente don Manuel.

—Nada,—contestó con cierto mohin la parda,—absolutamente nada si usted se lo diese....

—Cómo!—exclamó el lusitano, queriendo leer en la fisonomía de la parda lo que aquello quería decir.

——¿No cae usted? Quiere decir que si usted se lo diera en *propiedad*....

—En propiedad? No entiendo.

—Pues nada mas fácil y sencillo:—haciendo la obra de caridad mas perfecta de su vida.

Don Manuel á quien hablarle de caridad era hablarle de cosas feas, se puso en guardia.

—Pues lo que yo quiero decir, don Manuel,—continuó la parda, sentándose junto al lusitano para que las palabras llegaran á él sin que los demás pudieran escucharlas,—es que usted haría una verdadera obra de caridad llevando esa muchacha á la iglesia y dándole su nombre ante el señor cura y los papeles de sacristía....

—Oh.... oh.... *ora isto!!* — exclamó don Manuel quedándose con tamaña boca abierta, como si se hubiera atragantado con un hueso.

—Pues, vaya,—continuó la parda, aprovechándose de aquel atoramiento, — que no sería tan desproporcionada la cosa. Lo que es mas honrada le puedo asegurar que no la encuentra usted ni con fósforo ardiendo. Luego, que como es hasta ahora un misterio su nacimiento, pudiera acontecer que fuera la hija de la *vireyna viuda* ó de algun otro magnate antiguo con mas onzas que los señores del gobierno y que el día menos pensado se le entrase á usted por las puertas un fortunón mas grande que la *pirámen.*

—Pero....pero....¡tú sabes lo que estás hablando!... — estalló don Manuel volviendo á su admiración.

—Y cómo no lo hé de saber, señor?—le retrucó la parda en el mismo tono.—Dígame su merced para qué guarda sus monedas españolas y mejicanas, si no es para hacer la felicidad de una pobre muchacha

que sabrá cuidarlo con esmero y darle cuantos goces anda ahora buscando con peligro de su bolsillo y de su vida.

—Oh, diablo... diablo!... —murmuró el lusitano aturdido.

—Si, diablo... diablo... Luego que usted debe convencerse: ya está viejo y no está bueno que un viejo ande bavoceando.

—Diablo.... diablo.... — repitió don Manuel por no ocurrírsele otra cosa.

La parda se encogió de hombros, añadiendo:

—Usted sabrá lo que hace, don Manuel; pero cuente por seguro que no ha de conseguir lo que usted desea si no es por ese medio. Ya usted me entiende, don Manuel....

D. Manuel no quiso escuchar mas y se fué de allí echando sapos por la boca y culebras por los ojos.

Pues no faltaba mas! ... Hasta ahí no llegarían sus sacrificios, arrepentido ya de los hechos.... Pero estaba de Dios y cuando está de Dios, segun los verdaderos creyentes, no hay cómo remediarlo.

El oficial volvió aquella noche y volvió otras sin conseguir que Pepa saliera de su cuarto ni que dejara de ocultarse cuando lo veía llegar; más era tan llano, tan amable y comunicativo y sobre todo gastaba tan sin pedir cuenta y con tanto rumbo que la parda Rufina fué la primera en perderle la prevención y la desconfianza que

le tuvo. La *Pajarote*, aseguraba, sin embargo, que si bien Pepa se iba al llegar el oficial solía ocultarse tras una puerta, desde cuyas rendijas no dejaba de mirarlo ni dejaba de escuchar una sola de sus palabras.

Y no andaba equivocada la *Pajarote*, pues que la misma *Correntina* la sorprendió en su escondite riendo sin querer cuando él reía y sintiendo algo parecido á los celos con sus puntos de envidia si acaso le dirigía galanteos á alguna de las otras mozas.

Cuando no iba á la hora acostumbrada su semblante se entristecía, se acercaba á la puerta de salída, miraba la oscura calle y no viendo venir á nadie, quedaba muda y hondos suspiros acongojaban su pecho.

Una noche se hallaba sentada junto á una mesa, apoyado el rostro en las manos, pensativa, casi ensimismada cuando sintió que la decía una voz de hombre:

—Buenas noches, Pepa.

Extremecióse al oír aquella voz y alzando la cabeza se encontró por primera vez, después de aquella noche, con el oficial. Quiso retirarse sin contestar; pero allí estaban sus compañeras que se burlarían de ella diciéndola que le había tenido miedo á aquel hombre y se quedó, contestando entre dientes al saludo que le hiciera y volviendo la vista á otro lado.

El oficial se sonrió y tomó asiento junto

á la misma mesa; pero del lado opuesto al que Pepa se encontraba. Una idea maligna cruzó entónces por la imaginación de Pepa; había hallado el pretexto para tomar la revancha; podía ya levantarse sin temor de que se rieran de ella por cobarde; no, levantándose y yendo á otra parte, sin pretexto ni disculpa, sería el mejor de los desaires que podría hacerle, la mayor humillación.

Así lo hizo: se levantó bruscamente y sin mirarlo ni dirigirle la palabra se fué á sentar junto á otra mesa. Creyó verse detenida por la voz despechada del oficial que exigiría una explicación de aquella conducta; pero cuál no sería su sorpresa, cuando en vez de llamarla á ella, el oficial, con voz tranquila y natural, llamó á su mayor enemiga:

—*Pajarote*, traéme una botella de jeréz.

Pajarote se acercó é indicándole con el gesto á Pepa, le dijo irónica:

—Ahí tiene usted á su *rica*. ¿Por qué no se hace servir por ella?

—Te hé llamado á tí, — le contestó el capitán mirándola con reproche,—si quieres me sirves y si no llamaré á otra.

La *Pajarote* se encogió de hombros y echando una ojeada provocativa á Pepa se dirigió al mostrador.

Pocos momentos despues y habiendo la parda Rufina entornado la puerta, casi todas las mozas del fondín rodearon la mesa

en que bebía el oficial, mientras Pepa permanecia sola en un extremo.

El oficial contaba á aquellas lisa y llanamente uno de los hechos de armas en que había tomado parte. Todas y aun la misma parda Rufina, que de cuando en cuando daba sus vueltas á la puerta, lo escuchaba con la mayor atención é interé sin parar nadie mientes en Pepa que permanecía en aquel rincón muda y concentrada.

Y ella que creía humillar y se veía doblemente humillada! Si, doblemente:— antes, debido al encanto que su belleza infundiera en aquel hombre, — ahora por una indiferencia casi despreciativa. Ruda fué la transición; pero ese momento bastó para que todo su rencor, su casi salvaje entereza desapareciera convirtiéndose en un profundo abatimiento. Impulsivamente y como movida por la sujestion misteriosa y fascinadora fuese acercando á la mesa donde hacían rueda al oficial y recostándose silenciosa en el hombro de su amiga la *correntina*, escuchó al soslayo lo que aquel seguia narrando. Pocos momentos despues las mozas fueron separándose de allí hasta quedar solas junto al oficial Pepa y la *correntina*.

—¿Por qué no te sientas, Pepa?—le preguntó el oficial como si recien se fijara en ella

—Estoy bien,—contestó Pepa con voz

apagada, permaneciendo aun recostada en el hombro de su amiga; pero viendo que el oficial no insistía se dejó caer en una silla que había á su lado.—La altiva criolla estaba vencida por la astucia y se entregaba dócilmente con bagajes y todo.—La verdad es que no hay arma mas poderosa para vencer el orgullo de una mujer y sobretodo de una mujer impresionada como lo estaba Pepa, que el desden ó la indiferencia.

Primero con timidéz, luego con afabilidad y mas tarde con ingénua franqueza, sin recordar ye las ofensas del pasado, no trascurrieron muchas noches, sin que el oficial y Pepa se trataran con pasión.

Mientras tanto don Manuel Larrica andaba sin sombra, hablando solo, lleno de preocupaciones y ensimismamientos que daba lástima el verlo. Es que el infeliz anciano estaba enamorado de Pepa, sin darse cuenta, él mismo; enamorado á su edad hasta la médula, á esa edad en que Naturaleza suele apagar el candil de las pasiones amorosas convirtiendo al actor en simple espectador, los impulsos activos en simplicidad pasiva, el fuego en cenizas, la luz en sombras. Y el amor en el infeliz anciano creció, creció aun mas como crecen los fantasmas forjados por la fiebre, cuando la parda Rufina le manifestó que las tristezas y melancolías de Pepa se producian por el cariño que él y solamente él la inspiraba.

Luego no era el interés ni la codicia lo que podía hacerlo dueño de aquella hermosa muchacha, si no verdadero afecto? Esto lo llenaba de gozo, gozo turbado por la idea de entregar su nombre y su fortuna á una mujer de tan oscuros antecedentes y no muy limpios presentes. Sin embargo, la parda le aseguraba que Pepa era honrada y lo parecía. Qué diablos, otras peores se habían levantado á mayor altura. Veníanle á la mente las palabras de la parda sobre su edad y los peligros que corría siguiendo á salto de mata. Pensado y muy repensado le quedaba la esperanza de que promesas hechas á una jóven enamorada llegarían á debilitar su firmeza de tal manera que viniera á rendirla sin necesidad de cumplírselas, y al efecto volvió á la taberna de la Ratona y celebrando varias conferencias con la parda Rufina le prometió madurar su proposición. La parda encontró razonables sus argumentos asegurándole siempre que Pepa lo amaba, aunque en secreto; pero una tarde se le acercó la llamada *Pajarote* y burlando la vigilancia de la parda, le contó tales cosas que le hizo saltar de la silla y quedarse como si no creyera lo que había oído. Llamó á la parda á grandes voces, mientras la *Pajarote* escapaba, y al acudir la parda Rufina con Pepa, agenas á los cuentos de aquélla, las denostó é increpó con improperios é insultos tales que mas

que amante rendido parecía amo negrero montado en cólera. Fué tal su ceguez y enfurecimiento que volaron platos y rodaron sillas y mesas, tomando inmediatamente el portante con tal furia que cualquiera lo hubiese creido Otelo al escuchar de lábios de Yago las infidelidades de Desdémona.

Pepa que no estaba aún iniciada en la diabólica intriga de la parda, preguntóle á ésta sorprendida:—¿Pero, qué tiene ese viejo esta tarde? ¿Se ha vuelto loco?

Rufina, creyendo el momento oportuno entre bromas y deveras, la refirió la comedia fraguada por ella, los planes de casamiento y las resistencias fáciles de vencer del enamorado lusitano.

Echólo á chacota Pepa y rióse en grande con sus amigas y aún con el mismo oficial á quien le hizo una pintura risueña de su celoso pretendiente. No lo tomó el oficial tan á la risa, pues si bien sabía que D. Manuel Larrica era un viejo despreciable físicamente, no lo era, á buen seguro, por su fortuna y que si formalizaba su idea de casamiento nada de extraño tendria que le burlase la dama.

Por cierto que las intenciones del oficial no acrisolarían por mas puras ni mas rectas que las del viejo lusitano; pero de seguro tambien que Pepa hubiese preferido al oficial por amante que á D. Manuel por marido.—Asi fué que la parda Rufina

vino á descubrir que el oficial y Pepa despues de lo ya sabido, habían concertado la manera de buscar otro nido menos indiscreto, ausentándose de la taberna.

—Mira. Pepa,—la dijo con lenguaje persuasivo, — que eso que pretendes llevar á cabo es un gran disparáte.—Tú eres libre y puedes hacer lo que te dé la real gana de tu persona; pero de seguro que ese oficial no se casará nunca contigo y el día menos pensado en que te abandone, que sería muy pronto, te tendrás que hacer una perdida é irás á parar al hospital ó te comerán los perros.

A estas razones Pepa contestó:

—Mire usted, ese hombre me quiere y yo le quiero. Si me abandona, ¿qué se ha de hacer?

La parda, que no quería dar su brazo á torcer, siguió:

—Pero, ven acá. ¿No es mejor que te cases con D. Manuel?

—Con ese viejo feo!.... Solo de pensarlo me dán náuseas.

—Con ese viejo.... con ese viejo.... ¿Y qué te importa? Te casas con él y haces lo que te dá la gana con el oficial sin ponerte en el compromiso de que si mañana te abandona no tengas donde ir. No te parece mejor?

Pepa, á quien ya se le había ocurido la misma cosa sin comunicarlo á nadie, miró con sorpresa á la parda Rufina, sonrió ma-

liciosamente, bajó la cabeza y quedó reflexiva. Despues de una pequeña pausa en que la parda leyó como en un libro abierto en la imaginación de Pepa, le preguntó por pura fórmulr:

—Y? Te parece ó no te parece?

Pepa, lanzando una risotada, contestó:

—No me parece mal lo que usted me propone.

—Pues á trabajar, entónces.

Pepa lo había pensado y repensado y en verdad que estando en lo justo la proposición de la parda Rufina no podía ser mas razonable mirado bajo el prisma de los intereses bien entendidos para una muchacha que ansiaba poseer fortuna y goces. Un marido viejo, pero rico, que la daria *velis nollis* todas las comodidades y lujos que apetecía,—y por otro lado un amante jóven, buen mozo, elegante y por quien estaba locamente engreída. ¿Que mas podria ambicionar? Es mas que probable que en aquel instante reflexivo irian á su imaginación los momentos deleitosos que pasaria en brazos de su querido si con él abandonara la taberna de la Ratona; pero no habría sinó goces desbordantes, sin sobresaltos, sin diques, y luego el hastío de la sacíedad, el fastidío de la costumbre, la esclavitud, los sufrimientos del abandono, el olvido, la miseria, ó como muy bien decia la experímentada Rufina, la cama de un hospital.

Casándose resarciria las repugnancias que le causara aquel viejo testaferro con las ocultas citas, con las misteriosas entrevistas, con el ánsia de ver á su amante á escondidas, á hurtadillas, luchando siempre con inconvenientes que acrecentarian la pasión de su amante, que la harian mas duradera por la misma inquietud, por la misma privación que experimentarian.

Toda esa perspectiva pasó como un relámpago por la imaginación de Pepa: la parda Rufina había dado en el *quid*; Pepa aceptaba con todo gozo su plan; pero, ¿había plena seguridad de que Larrica cayera en el garlito, aceptando la casaca? Eso era lo que habia que ver y pronto se vió. Hallábase una noche en la puerta de la taberna la parda Rufina, cuando de pronto se le puso por delante D. Manuel, que desde aquella barahunda de improperios, platos rotos y sillas estropeadas, ni pasaba por allí. La parda se sorprendió, y, ocultando su alegria, le dijo con solícita amabilidad:

—No quiere su merced entrar?

—Á ver, á ver,—refunfuñó el lusitano bruscamente dirigiendo con cara de energúmeno la mirada hácia el interior. No debió causarle mucha gracia que un militar, vuelto de espaldas, conversara familiarmente con Pepa, porque poniéndose colorado como una guinda bufó como un toro y lanzó sus acostumbrados ternos ca-

paces de ruborizar á otra menos filósofa que la parda Rufina.

—Pero, sea usted razonable, mi señor D. Manuel,—le decía mientras tanto en voz baja,—yo no puedo privar á nadie que entre en mi casa, como se porte con buenos modos.

—Y por qué permite usted que esa *desvergoñada* hable así con ese militar?

—Y cómo quiere que yo se lo prohiba? La muchacha no puede perder su tiempo y aunque tiene preferencia por usted como usted la ha desairado vendrá otro á casarse y se la llevará.

—Yo no me caso!... no me caso!...—rugió sofocado por la ira.—Ese es el militar de quien me habló la *Pajaroje*.

—Bueno,—replicó la parda haciéndose la desentendida,—se casará con otro.... con el primero que venga.... Casualmente no faltan maridos.... Por ahí anda un marino que se quiere casar con ella y llevársela á Ingalaterra.... ¿Por qué no entra usted un rato D. Manuel?

—No, no entro porque temo á mi génio. Estoy seguro de que me comprometería con ese oficial que ha de ser uno de tantos pendencieros. Volveré otro día.

—Cuando su merced quiera D. Manuel. Ya sabe que esta casa y mi persona están á su disposición.

Y no tardó mucho en volver pues al día siguiente y á la hora de almorzar se pre-

sentó con ceño uraño. Pidió de comer y aprovechando un momento oportuno acercósele á la parda Rufina y como quien no quiere la cosa, le preguntó:

—Por fin, ¿qué resuelve usted D. Manuel?

—Resuelvo, — contestó atragantándose, —que no me caso mientras ese militar siga viniendo á la taberna.

—Conforme D. Manuel.

—Conforme ó no conforme está dicho.

Aquella misma noche se le comunicó al oficial la resolución del viejo lusitano y tuvo lugar la despedida entre las resistencias de Pepa, las bromas de sus compañeras y las promesas del oficial de volverla á ver cuando fuera cumplida la palabra empeñada. Fuese porque el tal oficial se hallaba comprometido en una de tantas revoluciones como en aquella época se producían de la noche á la mañana ó fuese porque le convenía á él mas que á nadie que su querida tuviese editor responsable lo cierto fué que desapareció de la taberna desde aquella noche sin que allí se le volviera á ver mas.

D. Manuel siempre desconfiado se presentaba cuando menos esperado era, tanto de noche como de día, bajo cualquier pretexto, llamando á la *Pajarote*, preguntándola y llevando su inquisición hasta el extremo de registrar toda la taberna, y convencido á medias de que el oficial ya

no iba y que ninguno otro festejaba á la muchacha fué una tarde, sentóse junto á una mesa, pidió de comer, sirvióle Pepa, á quien halló sumisa, callada y conmovida y mas hermosa que nunca. Recelos tuvo de que aquella conmoción fuera por el ausente; pero duraron poco cuando la parda Rufina aseguróle que el estado de Pepa se debía á la frialdad y desconfianza que con ella tenía.

Hablaron y hablaron largo, hasta que D. Manuel exclamó:

—Pues bueno, yo cumplo mi palabra y si la muchacha me quiere vamos á prepararlo todo.

Y entre un plato de mondongo, un guiso de carnero, un poco de mermelada, una taza de café y sendos tragos de mosto que enrojecieron el semblante del viejo lusitano, convinieron los tres, mientras las mozas reían á escondidas, en que la unión indisoluble se llevaría á gusto de D. Manuel, sin bulla y sin mas que los gastos necesarios.

Y hubo casamiento y D. Manuel llevó á Pepa, bien llamada ya *Larrica*, desde la taberna de la Ratona á la calle de San Telmo, frente al hospital de Betlen.

VII

De como también las circunstancias de ser legítima esposa de un hombre celoso no privan obtener lo que se desea.

Dos piezuchas con ventanilla á la calle de escasa luz, pero bien guardada por robustos barrotes; paredes blanquedas, tirantes desnudos y tan bajos que podían tocarse con la mano; un espejo de vidrio azogado; dos ó tres estámpas con marco pintado; una cama de pino, un lavatorio de hierro; tres ó cuatro sillas con asiento de esparto; una mesa y un armario de la misma madera que la cama; todo escaso, todo mezquino; mucho ruido de las campanas de los conventos vecinos; mucha vecindad desordenada; sombras y oscuridades en las noches, retraimientos y encierros por los dias, hé ahi cómo y dónde pasó Pepa su no olvidable luna de miel.

¿Y para eso se había casado con ese hombre, cuyos recelos se manifestaron ampliamente desde el primer día en que la llevara á aquel tugurio; cuyas zozobras no bastaban á hacer desaparecer ni la com-

pleta seguridad de ser su dueño absoluto; cuyos excesos de sátiro y desconfianzas de animal resabiado se manifestaban de una manera brutal?

Pero Pepa estaba resuelta á todo con tal de conseguir sus fines y no se amilanaba por tan poco. A pesar de la profunda repugnancia que le causaba aquel viejo, se sentía con fuerzas de sobra para dominarlo y hacer de él lo que quisiera. Habría aceptado aquel consorcio después de madurarlo bien y tenía la suficiente astucia y la demasiada voluntad para seguir adelante y encontrar el momento propicio. Presentarse tal como ella era, desde un principio hubiera sido torpeza y temeridad. Esperó el momento propicio en que pudo quejarse á su marido suavemente y con cariños embelesadores, de la pobreza en que vivían siendo ricos; insinúole, con palabras dulces y suspiros melancólicos, sus deseos de mayores comodidades. Esto, en lugar de convencer á D. Manuel de que así debía ser, lo empedernía mas: tanta mansedumbre le hacía ver á las claras, que la cándida oveja estaba dominada por el lobo carnicero; no había, pues, necesidad de cambiar de vida, que demasiado tenía con aquella vivienda, aquellos muebles y aquel modo de pasar la existencia.

—Mi hijita,—la decía con melosos acentos y gestos de enamorado,—¿para qué quieres mas teniéndome á mí?

Pepa se contenía con estremecimientos de latente ira que el bueno de D. Manuel traducía en deliquios amorosos.

Llegó un momento en que Pepa sintió en sus entrañas los misteriosos impulsos de la maternidad. Ella madre!... madre de un ser producido por aquel móustruo!... Impulsos tuvo de golpearse hasta apagar aquel hálito repugnante adherido á su seno.... ¡Nunca lo hubiese creído! El recuerdo fué á su mente: aquel oficial querido, que no había vuelto á ver mas, ensueño de su felicidad de mujer, había sido pospuesto por un viejo feo y achacoso... En cuán horrible pesadilla se había convertido aquel ensueño!...

Gimió sin derramar lágrimas hasta que, mirando la realidad *sin remedio*, tranquilizó su ánimo resuelta á sacar partido de aquel trance conmoviendo á su marido con la interesante historia de un alumbramiento; pero, que si quieres,—mal conocía los instintos de mercader usurero de D. Manuel.—Con que iba á ser madre? Vaya, entónces había que hacer mayores economías para sufragar los gastos venideros.... Pero ya no pudo contenerse; la tormenta se desencadenó furiosa y fué tal el chaparrón de insultos y amenazas que cayó sobre el atónito marido, que no tuvo ni palabras con qué contestar, ni resoluciones que tomar. Pepa exigía otra casa, quería lujo, ir al teatro y á todas las diversiones que

alegraran su espíritu demasiado entristecido en aquella miserable cárcel. Quería mas aire, mas libertad ... Reaccionó el viejo lusitano pensando que se había engañado de medio á medio al creer que su casamiento solo fué hecho, como le decía la parda Rufina, para evitar malos pasos; que si como pretendida amante debió darla alhajas y finos trajes, ella se contentaría como fiel consorte, con aquellas estrecheces y miserias. Qué hacer? Pepa, la dócil cordera, se presentó á él sin fingimientos ni hipocrecias: mandaba y mandaba con tales ímpetus que aunque perplejo y asombrado llegó á tenerla miedo. Pepa no quiso transigir: ó se hacía lo que ella deseaba ó se volvía á la taberna de la Ratona.— Y tan decidida estaba que una mañana se presentó D. Manuel en la puerta del tugurio, en una tartana y sin mas preámbulos, la dijo:

—Vístete para salir.

—Dónde vamos?

—Vístete pronto y lo verás,—le dijo él con tono en que pretendía recuperar una parte de la dominación perdida.

Pepa se vistió en silencio. ¿Adonde la llevaría su marido? ¿Pretendería volverse á la taberna como eran sus deseos? Mejor, así acabaría de una vez aquella vida, desahogando en la parda Rufina todos sus reproches por haberla inducido á aquel casamiento.

Cuando estuvo vestida subieron á la tartana y marcharon silenciosamente sin cambiar una sola palabra,—hasta llegar á la calle de Empedrados, hoy Esmeralda. Poco después hizo D. Manuel detener el vehículo junto á una casa de regular apariencia.

—Baja, — la dijo á Pepa ayudándola, que no sabía á qué atenerse y qne miraba sorprendida aquella casa. Y mas perpleja se quedó aun cuando á los polpes que diera D. Manuel apareció en los umbrales nada menos que la parda Rufina, á quien no había vuelto á ver desde que salió de la taberna, refinada, aseada y bien vestida. Aquello si que le parecía un sueño y mas sueño le pareció aun cuando D. Manuel, despidiendo la tartana, la dijo que entrase. Entrar allí. en aquel palacio relativamente comparado con las piezuchas que acababa de dejar.... —Entra,—la repitió D. Manuel,—entra que estás en tu casa.

Y Pepa entró seguida de la parda Rufina y de D. Manuel, y se encontró con alfombras de Persia, cortinados con encajes de Valencia, cama de bronce de dosel de brocatela, roperos de maderas pulidas, incrustadas de nácar y dentro de ellos riquísima ropa blanca de mujer, vestidos de distintos géneros, pañolones de espumilla, zapatos de charol y medias de seda. Con qué delicia nunca experimentada se contempló, por la primera vez de su vida, en

espejos de cuerpo entero. Y todo aquello era suyo, si, suyo, y por añadidura la parda Rufina que había vendido su taberna y se venia á servirla á ella sola! Su gozo era tan grande que apenas podía contener los sollozos de alegría que se escapaban de su pecho. Luego D. Manuel que la iba contemplando y observando, la tomó de la mano y la llevó con cierto misterio á la sala y, poniéndola frente á frente de un sofá de terciopelo de Utrech, la señaló un objeto que había en su testero tapado con lienzo y.... ¡la mas grande de las sorpresas! Allí estaba la viva efigie de D, Manuel Larrica, con su nariz aporongada, su gruesa cadena de oro macizo, en un cuadro con marco dorado. ¡Estaba hablando! Pepa lo miró un momento, volvió luego la vista y hallóse con el original que la miraba con arrobamiento que nunca la habia mirado. Pepa comprendió en aquella mirada que el hombre que tenía á su lado llegaría á ser su mas rendido esclavo; si, lo comprendió y fué tal su satisfacción en ese instante que acercando su rostro al de su marido lo incitó, con la mayor zalameria á que la besara. La felicidad de Pepa llegó á su colmo cuando despues de una comida espléndida con licores y vinos finos, su marido la dijo que para esa noche había tomado un palco en el teatro y que podía prepararse para ir. Ir al teatro Argentino nada menos, al teatro Argentino que no era la barraca

donde ella había ido de la plazuela de la Ranchería, sinó el centro donde acudía la gente mas encopetada! Ante la perspectiva de acudir allí la alegría de Pepa llegó al delirio. Verse confundida con aquellas señoronas que hasta entónces solo había visto desde lejos ó pasar por su lado sin que fijaran en ella su atención. Su rostro irradiaba de gozo, sus lábios se contraían produciendo risas nerviosas y entrecortadas; saltaba y daba vueltas; miraba á su marido con estupefacción,—aquel hombre se había metamorfoseado á sus ojos, era otro, completamente otro y hasta tuvo conato de quererlo porque abrazándolo estrechamente llegó á tomarlo por las arrugadas mejillas y estampó en sus lábios un beso ámplio y sonoro como el ansia de un sediento que bebe el primer sorbo de agua.... Besado asi, por la primera vez! Ese beso derramó por las venas del viejo un fuego jamás experimentado, un elixir desconocido, un algo indescriptible que, con la duración del relámpago, lo transportó á sus años juveniles, para tornarlo á una temblorosa conmoción que apenas lo dejaba balbucear palabras de cariñosa reconvención.—*Loquilla!*... la dijo por fin dándole palmadas en las manos y el rostro.

En un instante Pepa desocupó los roperos; eligió, volvió á elegir; tiraba á diestro y siniestro y volvía á recoger lo

que tiraba, hasta que, ayudada por la parda Rufina, que parecía haber desempeñado toda su vida el papel de camarera, se vistió y adornó de tal manera que nadie hubiese creído que aquella dama era la zafada mozuela de la taberna de la Ratona.

Mientras tanto D. Manuel, á quien se le habían pasado un tanto los extremos, quedóse en el comedor pensando, entre suspiro y suspiro, en las muchas *peluconas* que aquella metamórfosis le costaba. Y eso no era nada comparado con lo que vendría después....

A los pocos momentos entraban en el teatro Argentino Pepa y D. Manuel y ocuparon un palco bajo. Como ya lo suponía Pepa fué una bomba lanzada en medio de un gentío: todas las miradas se clavaron en ellos. Primero asombro, luego curiosidad, mas tarde burlas y cuchicheos malignos y á pesar del aturdimiento que una situación semejante debía producir naturalmente en el ánimo de Pepa, máxime cuando no se escapó á su perspicacia el desagrado que su presencia infundía en las señoronas cercanas á su palco, supo sostener impasible y hasta despreciativa aquellas repugnancias y aquellas burlas. Ella había oído hablar de la oscura trascendencia de algunas de las damas que por aquel entónces brillaban en la alta sociedad, de prosapia dudosa y aun usurpada con nombres que no eran ni podían ser

legalmente legítimos; había oído cuentos y concejas sobre las miserias acontecidas en el hogar de familias principales; había oido leer y explicar sucintamente las escandalosas crónicas y gacetillas que traían semanalmente los periódicos satíricos, que no se paraban en consideraciones de ninguna clase y llegó,—¡pobre moza de la taberna de la Ratona encumbrada por el oro de un viejo lascivo!—á creerse superiora á aquellas distinguidas damas que la miraban de tal manera! Por qué nó? Si la vida era una comedia, como había oído decir por repetidas veces, ella era cómica por afición que sabía desempeñar á las mil maravillas su rol de dama principal tan bien como aquellas damas, como supo desempeñar el de pobre mesonera. Pues qué, ¿se nace siempre en pañales limpios ó á veces se lanza el primer gemido arrojada al desnudo suelo? Se ha vivido siempre en la opulencia ó se ha sentido hambre toda la vida, hambre ocultada con el oropel de un fausto obtenido en un momento de extravío? Ella era honrada y aunque salida de la mas humilde esfera, la sociedad que en ese instante la contemplaba, no podía exigirla mas. Honrada!... De pronto palideció intensamente, tratando de reprimir un grito de sorpresa; sus ojos, que giraban indiferentes por todas partes, tuvieron fijeza de temor al clavarlos en su marido, de disimulo al llevarlos al es-

pectáculo; de ansiedad cuando fueron á posarse de nuevo á un extremo de la platea.

Terminada la función salieron envueltos en aquel público que los miraba como algo fuera de su centro; pero á Pepa nada le importaba ya: buscaba, buscaba á alguien que no encontraba y tales eran los movimientos bruscos de su brazo impulsados por su cuerpo que, D. Manuel, indiferente, fatigado y somnoliento salió de su especie de marasmo para preguntarla, sorprendido:

—Qué tienes?

—Qué hé de tener?....—le contestó como si su esposo hubiese descubierto algo que ella hubiese querido ocultar.—Nada.

En ese momento un jóven de gallardo porte, vestido elegantemente saludó á don Manuel. D. Manuel contestó con cierta sequedad, pues no estaba muy satisfecho de los extremecimientos de su mujer. Y si D. Manuel hubiese podido observar la mirada intensa que aquel jóven cambió con Pepa es seguro que se le hubiesen llevado todos los diablos.

Una vez en la calle, Pepa le preguntó indiferente:

—Quién es *ese* que te saludó?

—Qué te importa?—le contestó D. Manuel receloso.

—Jesus, hombre, no parece sino que ese jóven me va á comer....

—Y á qué preguntas? Para qué deseas saber?.... Ese jóven es hijo de un fuerte comerciante.... Ha sido militar y un gran calavera. Dicen que todavia lo es... Quieres saber mas?

Pepa no le contestó. Apretó el paso llevando casi á remolque á su esposo y volviendo la cabeza á cada instante.

Al llegar al palacio, como esa misma tarde llamara á la casa trocada por el miserable tugurio, Pepa había cambiado por completo. Ya no era *la loquilla* de aquella tarde, que besaba con risas de felicidad los lábios amoratados de su esposo; ya no bailaba llena de alegria ni lanzaba suspíros de plena satisfacción. Fruncido el entrecejo, lanzando miradas oblícuas, los lábios apretados, nerviosa, casi rígida penetró en su nueva vivienda donde momentos antes se consideraba tan feliz!

Aquel jóven, á quien D. Manuel acababa de saludar, era la causa de tan súbito cambio. Pepa había reconocido en él á su querido oficial y todos sus planes forjados en la taberna de la Ratona vinieron en tropel á su mente demasiado febricitante ya por el recibímiento que el público la hiciera,

Por qué había tardado tanto en presentársele, en verla, en darle pruebas de que no lo había olvidado? Olvídado! Tan pronto, cuando aun no habían saboreado las delicias de su amor prohibido!.... Recor-

dó entónces, recordó que su esposo la había tenido encerrada en el tugurio de la calle de San Telmo desde que salió de la taberna y que le hubiese sido imposible á su querido oficial encontrarla, verla en aquella cárcel.

Todo el odio, toda la repugnancia que en otros momentos sintiera por Larrica, volvió á apoderarse de ella al extreme de que no bastaron esa noche las súplicas, reflexiones y humillaciones que el pobre don Manuel hiciera para volverla al estado de esa tarde; ni ofertas de mayor abundamiento, de mayor libertad..... nada, inflexible, grosera, casi salvaje, pagóle los sacrificios hechos y bondadosos cariños repeliéndolo de sí brutalmente, diciendole que la daba asco!

VIII

En donde se ve que Pepa lleva mas allá los planes de la parda Rufina con la complicidad de su muy amado oficial.

Al día siguiente Pepa se levantó de su nuevo lecho cuando D. Manuel había salido á sus quehaceres. Al verse rodeada de aquellos muebles, al contemplar su cuerpo, casi desnudo, en aquellos espejos; al pisar sobre aquellas finísimas alfombras; al respirar aquel suave ambiente; al contemplar todo aquel conjunto de comodidades, no pudo por menos que compararlas mentalmente con aquellas sillas de esparto, aquella estera, aquel armario de pino, aquel duro lecho de la calle de San Telmo!....Y no eran idealidades, fantasías, castillos de naipes, sí no la pura realidad! Sin embargo, no le bastaba contemplar aquellos objetos al través de la ténue claridad que penetraba en el dormitorio por las rendijas de las puertas. Abrió los postigos de par en par y hasta aquel sol que la envolvió con sus múltiples colores le pareció más hermoso!

Pocos momentos despues, Pepa envuelta en un finísima peinador blanco, sentada ó reclinada en una pequeña silla maqueada, sostenía una larga conferencia con la que fué su madre adoptiva; mientras que ésta alisaba aquel enmarañado bosque de cabellos rizados.

La parda Rufina, á quien Pepa ya iba debiendo demasiado, era la autora de aquel verdadero milagro. A ella se confió D. Manuel y ella consiguió, á fuerza de hábiles consejos que el viejo lusitano hiciera aquel trueque de vida. D. Manuel accedió despues de este breve discurso de la parda:

—Si usted quiere conservar á su mujer es necesario que la saque usted de aquel encierro porque si no cuando le crezcan las alas de la desesperación esa paloma vuela. Para qué quiere usted tanto dinero como tiene? El dia menos pensado usted se muere y vendrá otro á disfrutar lo que tanto quiere usted guardar manteniendo á esa pobre en la miseria.

—Bueno, le voy á dar otra casa; pero con una condicion y es que tú has de vender la taberna y te vienes á cuidarla. No me fio de nadie mas que de tí.

—Déjemelo usted pensar; porque asi nomás no se deja lo que nos dá de vivir.

Y pensado fué ella quien corrió con la compra de todo y el arreglo de todo sosteniendo singulares batallas con la ta-

cañería de D. Manuel que al fin cedía ante la amenaza de que Pepa hiciese algún disparate ó de que la parda se arrepintiera de acompañarlos. Y así, en secreto, se mantuvo aquella sorpresa hasta que la parda le manifestó que ya podía traer á su esposa.

La conversación de Pepa versó en seguida sobre el encuentro en el teatro con su querido oficial, de la impresión causada y de la ansiedad que la tenía loca por volverlo á ver, por hablarle, por contemplarlo cerca de sí el mayor tiempo posible.

Rufina, mientras que así se expresaba Pepa, fruncía el ceño, hacía gestos de disgusto y movimientos de cabeza como sí desaprobara todo aquello.

—No, Pepa,—la dijo al fin,—yo que tú no haría nada de eso. Trataría de olvidar á ese hombre que sería siempre un obstáculo para que tú roles con esas señoronas que anoche te despreciaban y que pronto se olvidarán de tu orígen para admirar tus joyas y tus trajes.

Pepa que la miraba con expresión burlona, no la dejó concluir, interrumpiendo su arenga de diablo predicador con una fuerte carcajada:

—Se ha olvidado usted ya de sus planes cuando me aconsejaba que me casase con ese viejo? Se acuerda? «Te casas con el viejo y haces con el oficial lo que te dé la gana».

No me venga usted ahora con sermones de franciscanos. ¿Pues se puede usted imaginar que una moza como yo debe vivir esclava toda la vida de un fenómeno semejante, sin tener un desahogo siquiera y hasta dejándose hacer madre sin sentir náuseas y sin decir esta boca es mia? El dinero!... Y para qué quiero yo dinero sin sin el oficial de mi corazón?

—Pero al menos contente por algún tiempo, disimula,—la replicó Rufina que se vió combatir con sus mismas armas.

—Disimular.... yo sé disimular; pero si usted pretende que yo no vuelva con José María se equivoca. Primero abandono esta casa y me voy con él.

—Ahora que vas á ser madre? Buenas ilusiones irías á llevarle.

—Pero no me contraríe usted porque ya sabe que soy capaz de todo. Mire, el oficial ya no es oficial: va vestido de paisano. Manuel dice que es un calavera; pero no es extraño que Manuel diga eso de él, porque para Manuel todos los jóvenes lo son. Y aunque lo fuera ¿qué me importa á mi?

—Cierto: los amantes cuanto mas calaveras mas interesantes son para sus queridas,—contestó la parda, que había concluido de peinar á Pepa.

—Mire, mi amante es amigo de Manuel. Anoche se saludaron en el teatro.

—Y qué tiene? A don Manuel lo conoce todo el mundo.

—Qué tiene? Que puede venir á casa con cualquier pretesto....

—Sí. pero yo no me voy á prestar....

—Vaya, *mamita*, que sí se va á prestar.

La parda pretendió atrincherarse oponiendo temores de que se descubriera; pero los escrúpulos desaparecieron al fin cuando Pepa, que ya había registrado todo, puso en sus manos gran parte del contenido de una bolsa que halló repleta de moneditas de oro debajo de su almohada.

Con la esperanza de reanudar sus antiguas relaciones y hasta con la de hacer de su mismo marido instrumento de sus fines, manifestóse á su vuelta un tanto agradable si bien un mucho imperativa y dominante.

Pepa había ganado la primera batalla consiguiendo que su marido gastára con ella lo que, á su entender debía, y con gusto obtuvo el mas preciado de los laureles.

La parda Rufina que, con dádivas ó sin ellas, la pertenecía en cuerpo y alma hizo de manera que el ex oficial se viera con Pepa en su propia casa, y no solo una vez sino muchas. Tenía fé ciega en la vigilancia de la parda Rufina y.... estaba ciego! Por su parte Pepa mientras mas criminal era mas exigente se ponía, mas inaguantable. Para ella no había dique ni barrera que se opusiera á sus mas pequeños ca-

prichos. Si su esposo la hubiera dado entera libertad seguro que no hubiese salido sóla nunca; pero bastó su oposición decidida para que á todas horas estuviese en la calle.... A buen seguro que no daba malos pasos cuando estaba segura de que D. Manuel la seguía tratando de sorprenderla en algún gatuperio; pero cuando nó.... las citas, con su querido oficial, se llevaban á cabo con aquel misterio delicioso que ella entrevió siendo soltera, con aquellas incertidumbres y sobresaltos soñados sin que su esposo llegára á vislumbrarlos.....

Una tarde pasó por la puerta de aquella taberna en donde vivió sus primeros años, en donde permaneció hasta ir á la calle de San Telmo. Sus compañeras la reconocieron:

—Ahí va la Pepa.

—Quien la había de reconocer con tantos rigodangos como lleva.

Y aquella *Pajarote* añadió:

—Y ha pasado de largo como si temiera que fuésemos á saludarla.—Pues lo que es yó ...

—Ni yo;—añadió la *Correntina* ofendida,—se ha olvidado la muy desagradecida que juntas lavábamos los platos de la cocina. Como que ahora le sirve á ella nada menos que la tía Rufina.

—Y siempre seguirá viviendo con aquel viejo portugués.

—Como que es su marido....

—Pues á mi me han dicho que la han visto por la Alameda con el oficial de marras.

—Lo que abunda no daña.

—Miren la mujer casada. Y su marido no sabrá nada.

—A otros maridos mas listos que ese se la pegan....

Y entre la gente del comercio y en los cafées y corrillos y aun en la alta como en la mediana sociedad se hablaba de ese matrimonio tan desigual en edades como en fortuna y alcurnia; de los amores de ella con el capitán U.... y de la posición ridícula en que se encontraba D. Manuel.

Debieron llegar á oídos de este esos runrunes y debió sospechar de la fidelidad de Pepa porque se le trataba mal, porque se le miraba con burla, porque ya sin reparo ni miramiento hubo quien le echara en cara un enlace tan desigual dados los antecedentes y aun *presentes* de la mujer con quien se había unido; porque se leía en su presencia con mal disimuladas intenciones aquellas tremendas sátiras publicadas en hojas de escándalo, atribuídas al padre Castañeda, sobre *los maridos cornudos!* Y sentía impulsos de desesperada cólera y desmayos de arrepentimiento por haberse casado con aquella mujer. Un día recibió un anónimo; fué una verdadera bom-

ba: en él se decía cuanto había que de cirle respecto de la conducta infame que su mujer observaba. Sólo una cosa se le ocultaba: el nombre del querido de Pepa.

D. Manuel volvió á ser el D. Manuel de la taberna cuando la *Pajarote* le contaba lo que con el oficialito aquel pasaba: rompió platos y botellas, espejos y sillas, apostrofó á su mujer con cuanta palabra indecente le venía á los lábios, á la parda Rufina, y llegó hasta desconfiar de si aquellos niñas, sus hijas, no serían mas bien el fruto de su deshonra! Desde ese día no se tuvo un momento de sosiego en aquella casa, pues Pepa, de voluntad de acero, de inclinaciones perversas, ni pretendió siquiera, con conducta, discreta hacer menguar la desesperación de su esposo. Más exigente, más altanera y dominante se presentaba cada día. Pozo sin fondo, su ambición por el lujo y el prurito de humillar con él á aquellas señoronas que la rechazaban, no se saciaba jamás! Pedía.... ¡qué pedía!—exigía con voz de mando, con amenazas terribles al extremo de que el pobre lusitano quedaba aturdido, loco, dándole todo y dejándole que derrochara á su paladar hasta que su fortuna vino á menos.

Pero cuando el carácter despótico y egoista de aquella mujer se presentaba en toda su plenitud, era si su amante, debido á las frecuentes revoluciones en que él tomaba parte, desaparecía por largos in-

tervalos de Buenos Aires. Entónces, si, llegaban á tal extremo aquellos accesos de furia que su marido temblaba, y temblaba con razón, porque había caído de sus ojos la venda, presentándosele aquella mujer como una verdadera *moza de taberna*, tal como él la sospechaba, codiciosa solamente de sus bienes, con mentido cariño, con hipocresías de mujer ladina, con inclinaciones de placera corrompida!....

Todo el afecto, todo el amor que por ella había experimentado, desapareció para convertirse en profundo rencor, en una especie de odio cobarde, irresoluto, repugnante!....

Pepa lo comprendía; pero ¿qué le importaba? A pesar de los prudentes consejos de la parda, ya no fingía, mandaba con todo imperio y si no era obedecida inmediatamente la casa se volvía un infierno.

Una tarde en que D. Manuel había ido á un pueblito cercano Pepa mandó llamar á su amante y arrojándose á sus brazos prorumpió en gritos histéricos:

—Mi amado José María ¡ya no puedo seguir viviendo así!... Ese viejo repugnante, á quien desprecio con todo mi corazón, me odia como yo le odio á él.... ¡Vivir juntos es imposible!... Ya que la sociedad en que tú rolas me rechaza porque te amo, sepárame de él!.... Sepárame porque me da asco y odio.

—Cómo?—le preguntó el jóven, obser-

véndola.—Quieres que arme un escándalo y que mande mis padrinos? Sería ridículo....

—No!

—Pues entónces?....

Pepa miró á su amante con fiebre; lo atrajo á sí y en voz baja le preguntó:

—No conservas el puñal con que quise asesinarte en la taberna?

—Sí.

—Pues si tú eres tan cobarde que no te atreves, traelo que yo tendré valor por los dos.

—Serías capaz?....

—De todo con tal de librarme de ese estorbo.

—Reflexiónalo bien.

—Lo tengo reflexionado.

Hubo un momento de silencio interrumpido por el joven:

—Bien, buscaremos un pretexto. Él es avaro.... Le propondré un negocio en que se pueda lucrar mucho.... Lo atraeré á un paraje solitario y si acepta la lucha bueno, sinó....

—En valde no arrancaste de mi mano el puñal con quise darte muerte.

—Bien, convinemos el golpe.

Y el *golpe* se convino.

IX

En el que el autor se permite introducir á su muy amable lector en el escenario de un teatro antes de la representación de una tragedia.

Solas iban quedando las calles de la ciudad. Una que otra sopanda ó carricoche, uno que otro transeunte á pie ó á caballo, uno que otro borracho conducido á empellones ó á la *rastra* á la *casa de poco trigo* por los no muy correctos celadores; uno que otro vendedor ambulante.... Entornadas las puertas de tiendas y boticas; abiertas las de pulperías, fondas y cafées, donde pulula un mundo de hombres. Disipábanse en algunos trechos las sombras de la noche por la claridad roja y humeante que despedía el pálido de las velas de baño encendidas en pequeños faroles colgados junto á las puertas de algunos edificios.

Hombres cargados con escusabarajas, cestos ó baules,—por entre cuyas aberturas asoma el vuelo de alguna chillona

túnica, el dorado de algún encage ó el brillo de alguna hoja de espada escapada de su vaina,—marchaban con dirección á la puerta *principal* del teatro ó á la que servía de puerta *falsa* á los cómicos y demás empleados. Después de seguir por un corredor estrecho y oscuro unos bajan con sus cargas al fosodel escenario, otros van á los camarines de los cómicos; unos entran á tientas en los pequeños cuartos, otros dejaban lo que conducen junto á las puertas. Allá en el proscenio se notan dos lucecitas que giran de un lado á otro: son *tramoyista* y *guardaropa* que examinan con ellas, en aquella semi-oscuridad, los objetos que van colocando en la escena, después de consultar las notas que llevan en la mano. Peones que ayudan á *armar* y *desarmar* puertas y fachadas, casas, templos, bosques y plazas en un instante. Este clava una panoplia en el comedio y aquel traslada de un lado á otro, como si fuera una pluma, un bastidor que representa una mole inmensa.

Van llegando á la boletería, cómicos y cómicas, unos ya *en carácter*, otros masticando versos; aquellos nerviosos, éstos negligentes esperezándose y bostezando; quien *seguro* del papel que va á representar; quien con el *papel* arrugado, estrujado entre las manos, consultándolo á cada instante. Estos cantan; aquellos disputan.

—¿Qué tal la entrada, Montoro?—pregunta una cómica jóven al boletero.

—*Lleno*,—contesta el boletero con un laconismo elocuentísimo.

—Obra nueva..,—dice otra jóven con fisonomía de feo subido.

—Que obra nueva,—le contesta aquella impaciente,—la reaparición de Trinidad.

—Vaya por Trinidad,—replica la jóven de feo subido con ironía.—A ustedes se les llena la boca con Trinidad.

—Pues, hijita, que te guste ó no te guste, Trinidad siempre ha de traer gente al teatro... ¿Verdad Antonina?

—Como quieres que yo sepa?... contesta la interpelada á quien tampoco debió hacerle mucha gracia la indiscreta pregunta.

—Señores... *niñas*...—dijo un nuevo personaje que se coló de pronto ceceando y aspirando fuerte,—la hora de empezar se acerca. Ya debía estar cada uno en su camarín. ¡Qué calma! No parece si no que esperan ustedes á que empiece á entrar la gente para vestirse. Les prevengo que si no se puede empezar á la hora y el juez nos impone una multa, la pagará el culpable.

—Bien podría usted hacernos alumbrar, —le replica uno que por su edad y figura debía representar los papeles característicos y que caminaba á tientas por el pasillo que conducía al proscenio y palcos de la derecha.—¿No ve usted que estamos en tinieblas, Culebras?

—Jesús, qué oscuro está esto!—exclama una venerable anciana peinada á la *bandolina* y llevando en sus brazos una de esas perras de lanas blancas, denominadas falderas, porque sin duda están siempre en las faldas; esta venerable anciana era la segunda característica que aunque no trabajaba hasta el sainete iba temprano para ayudar á vestirse á Trinidad, mientras la relataba las últimas intrigas de entre bastidores.

—Qué demonios!—gritaba el *barba*, tropezando, cayendo y levantándose á duras penas,—si no alumbran esta caverna lo que es yo no sigo.

—Alumbrador!... Alumbrador!... llamaba Culebras.

—No ha venido,—le contestaron desde el proscenio.

—Cómo que no ha venido y se está acercando la hora de empezar?... Siga ustud hombre, siga usted,—añadió empujando al *barba* que parecía no querer seguir adelante, hasta que no le alumbraran.

—Ah!...—se oyó la voz chillona de la segunda característica y los aullidos de la perra.

—Qué es eso?—grita el barba retrocediendo,—te has roto algo?

—No,—contesta la segunda característica,—pero creo que la pobrecita *Minga* se ha dislocado una patita.

—¡Maldita sea la oscuridad!—protexta

el *barba* como si la dislocación de la patita le hubiera tocado muy de cerca.

—Qué hay?—pregunta Culebras desde la puerta del proscenio.

—Luz, hombre, luz,—grita con voz estentórea el *barba*.

—Alúmbreles usted, *tramoyista*.

—Vaya, señor Diez,—díjole el tramoyista acercando su linternilla al pasillo—no parece sino que no ha aprendído usted de memoria como se entra siu luz á las *tablas*.

—De memoria qnisiera yo aprender las entradas de los papeles.

—Estoy mal esta noche,—dijo uno que hacía gorgoritos, fermatas y apoyaturas con la voz.

—Qué mal ni que mal,—le replica Culebras impaciente,—la cuestión es que sepas tu papel como es debido, amigo Vera...

—Y te crees que no lo sé? Ve luego á mi cuarto y verás como te recito *parlamentos* enteros de memoria. La dificultad esta noche en la garganta.

—*Maquinista!... Maquinista!...*—gritaba Culebras, que ya había pasado á la escena y examinaba la decoración con la luz de un fósforo.

—Que hay?—pregunta aquel dejando de alumbrar á los cómicos.

—Pero, por la Vírgen del Cármen, *maquinista*, cambie usted esos *bastidores*. Pues es ocurrencia como suya poner bastidores de *sala* en una *plaza*.

—Y si no hay otros; señor Culebras!

—Es verdad, — murmura Culebras.— Aquí es lo mismo que en mi tierra donde no había que arrimarse á los bastidores porque eran de papel. Este señor asentista que no quiere gastar nada.....

Y encendiendo otro fósforo y mirando hacia arriba, repone:

—Y, ¿diga usted? ¿por qué no se han cambiado esas *bambalinas?* Se figura usted que en los tiempos de Agamenón el cielo era de terciopelo?

—Cómo voy á creer eso? Se imagina usted que yo no hé estudiado historia griega? Es que no hay mas *bambalinas* que de *paño.*

—Pues no mandé que se pintase de *horizonte* del otro lado?

—Sí; pero el señor asentista me dijo que no quería gastar en pinturas.

—Qué miseria!... Con ocho cuartos de *blanco* y otros ocho cuartos de *azul* estaba hecho el *horizonte.* La suerte que el público no se mete ni sabe de estas cosas....

Y tomando la linternilla del *tramoyista* añade, mirando hacia el fondo:—Pero... pero ... qué mamarracho de plaza griega es esa? Hombre ese telón de *foro* no es de la época griega.

—Pues haga usted que la época griega sea del telón de foro. No sabe usted que no hay otro?

Vaya, señor representante, conténtese usted con lo que hay que mientras los cómicos sepan sus papeles y al público le guste la comedia no se va á fijar en estas pamplinas.

—Eh, *guardaropa!...guardaropa!...* —grita Culebras sin darse por entendido de la *heregía* del tramoyista.—Están todos los útiles prevenidos? A que no tiene el *stilo* para Orestes?

—El estilo?—preguntó el *guardaropa* con asombro.—¿Y qué tengo yo que ver con el estilo de ese caballero?

—El puñal, hombre, el puñal es el *stilo*.

—Con que el puñal?.... Hablára usted en cristiano. Pues lo que es puñal ya sabe usted que no tenemos mas que el de cartón.

—Culebras,—díjole el cómico que tenía á su cargo el papel de Orestes,—sería ponerme en ridículo si sacára ese adefesio. Prefiero un puñal cualquiera menos ese.

—Pues saque usted el suyo, Morante, porque lo que es puñal del tiempo de Agamenón no se encuentra ni por un ojo de la cara,

Y dirigiéndose nuevamente al guardaropa, le preguntó:

—Tiene usted el *papiro* para Egisto?

—El papi.... *qué?* He ahí una cosa que no la hé podido comprender en la lista. ¿Qué ha querido usted decir con *papiro?*

—Ahora salimos con esas? Usted es *guardaropa* ó no lo es?

—Pero, *papiro*, señor Culebras....

—Un *guardaropa* que no sabe lo que es *papiro* no es *guardaropa*.

—Pero, ¿qué es *papiro?*

—Con que no sabes lo que es *papiro*.... Pues *papiro* es.... *papiro*.

—Quedo enterado.

—Pero, ¿te imaginas imbécil que yo tengo obligación de desasnarte?

—Pues, mire usted, por los miserables diez reales que me dán yo no puedo hacer mas. Si no les gusta esta misma noche me voy. Vaya con el *papiro* ó vampiro....

—Espera, hombre, espera. *Papiro* es una hoja de pergamino. ¿Entiendes? O sea, un pellejo de cordero seco al sol y bien sobado después. Se le recorta....

—Pues tiempo me ha dado usted para sobar pellejos y la lista ha venido hoy....

—Bueno, bueno, todo se suplirá con un papel un poco grueso. La verdad es que el público no sabe si en esos tiempos se escribía sobre papel ó sobre *papiro*.

—Claro,—apoyó el *guardaropa*.

—Oye,—le dijo á Morante el cómico que tenía á su cargo el papel de Pílades, —¿me vas á prestar las botas que sacastes la otra noche en el abate L'Epee.

—Pero, Velarde,—le replicó Morante,— ¿piensas salir con botas de campana?...

—Y si no tengo otra cosa que ponerme, qué quieres que haga?

—Velarde, por Dios,—exclama Culebras que lo oyó,—¿Vas á tener valor de representar nada menos que á Pílades con botas?.... ¿Un Pílades con botas de montar!.... con botas granaderas!!.... Sería el colmo del anacronismo.

—Mayor anacronismo eres tú, Culebras, con esa figura y nadie te dice nada,—le contestó Velarde riendo.

—Pero con botas, hombre, con botas un Pílades como si fuera un Walter de la *Huérfana de Bruselas!*.... Pues ya tendrán que hacer los del *patio*.

—Ponte un calzón de *carnes*,—dijóle Morante entrando en su camarín.

—Tengo uno de *punto*; pero no ha habido tiempo de teñirlo....

—Eso,—afirma Culebras, con el gesto y las manos,—un calzón de *carnes*, un *tonelete*, sandalias... pero.... botas!!

Velarde ya no lo escuchaba, pues se habia entrado tras de Morante en su camarín.

—Matílde, ¿has traído *colorete?*—pregúntale la de la perra á la cómica partidaria de Trinidad.

—Sí.

—Y *blanquete?*

—También.

—Pues, hija, me prestarás un poco de cada cosa porque con venir tan aprisa....

—Sí; pero no te olvides de lavar la esponja....

—Tomaré con la mía para que no tengas aprensión. (Miren la mocosa, como si yo tuviera tiña).

—Antonina!.... Antonina!.... se oye la voz de una jóven que asoma la cabeza por la puerta de un camarín.

—¿Qué quieres, Trinidad? — contesta otra voz femenil desde un camarín cercano.

—¿Has traído *ahucador*, porque yo me hé olvidado?....

—Sí, tengo dos, manda por uno que yo no puedo salir....

—Venga,—dice la de la perra entrándose en el camarín de Antonina y saliendo después con un objeto que introduce en el camarín de Trinidad.

—Esta noche, señor Felipe, hará usted el gracejo como siempre,—le pregunta el *guardaropa* á un cómico muy alto y casi tan delgado como Culebras.

—Para hacer reir estoy yo esta noche, —contesta Felipe David, el célebre cómico argentino.

—Pues ¿qué le pasa?

—Qué me pasa? Que tengo á mi mujer en cama y á un hijo muriéndose....

—Se puede, señorita Guevara?—pregunta el *tramoyista* empujando la puerta del camarín de Trinidad.

—Ay, nó!—grita la vieja de la perra desde adentro.—Trinidad está invisible.

—Qué quiere?—pregunta Trinidad.

—Darle estos versos que van á echarle luego,—contesta el tramoyista entreabriendo un poco la puerta y pasando un papel impreso á la vieja de la perra.—Me han prohibido que diga el nombre del autor; pero....

—Ya sé de quién son,—repone Trinidad leyéndolos,—conozco el estilo.

—Chico, chico,—llamaba el *barba* á uno que repartía velas,—¿y las velas de mi mujer?

—Las velas de su mujer yo no las tengo. El alumbrador me ha dicho que no dé mas que dos velas para cada cuarto. Y como su señora se viste en el cuarto de usted....

—Y que tiene que ver el alumbrador ni nadie dónde se viste mi mujer? A cada uno le toca dos velas,—añade el barba sulfurado.—Oye,— continua, dirigiéndose á la segunda característica que en ese instante salía del cuarto de Trinidad,—el alumbrador no quiere darme tus velas...

—Pues no faltaba mas!....—grita la segunda característica, como si le hubieran robado algo.—A ver, tú, dame esas velas,—y arremete al repartidor de velas, quien por defenderse del ataque pega á la perra que siempre llevaba en brazos la segunda característica. La perra, como verdadera faldera mimada, pone el aullido en el cielo cuando acierta á pasar por allí Culebras.

—Señora, ya la hé dicho á usted mil veces que no se admiten perros en el teatro.

—Pues como quiere usted que la deje sola en casa á la pobrecita. Cállate Minga y tú, á ver si me vas dando mis velas.

—Con que, D. Juan,—díjole el consueta á un cómico entrado en años, semi calvo y de fisonomía bonachona,—que no me haga usted trabajar muchó esta noche y me tengan que chistar los del *patio*.

—Cállate, muchacho, qué te hé de hacer trabajar cuando soy el que menos.... Los del *patio* ... los del *patio*.—¿Qué te importa á tí los del *patio*?... Ya que estás aquí, hazme el favor de pedirle un corcho al *guardaropa* y traelo á mi cuarto que tengo un *puro* para tí que ni los del estanco del Príncipe. Ah, pídele también á Matilde una orquilla para hacerme las arrugas del entrecejo. El tremendo Egisto debió tener muy marcadas las arrugas del entrecejo.

Al cabo de un momento y cuando ya D. Juan se encontraba en su camarín desnudándose, se presenta el consueta con el corcho y la orquilla.

—Bien! Magnífico!—exclama D. Juan palmeándolo cariñosamente.—Te has portado á la altura de tus antecedentes. En recompensa toma el *puro*, enciendelo. Eh, no chupes tanto que te vas á quedar sin quijadas. Qué te parece el *puro*?

—Puro. tagarnina.

—Tagarnina! Qué sabes tú lo que fumas? Mira ahí tienes el *papel*. Quieres que le demos un repaso?

—Pero—D. Juan, ¿le parece á usted que tengo yo poco que leer esta noche?

—Déjate de esas lecturas. . .Vamos después que te estás fumando ocho cuartos.... Con que, ¿cómo empieza?

—Cabo de comparsas!... Cabo de comparsas!...—gritaba Culebras bajando por una escalerilla de madera al foso el que, como el escenario y pasillos estaba iluminado con las luces de las candilejas.

—Aquí estoy, señor Culebras.

—Y los comparsas, ¿no han venido todavía?

—Todavía no; pero no deben tardar.

—Ya sabes que deben ser diez.

—Sí; pero no vienen mas que siete....

—Cómo siete!

—No le dije á usted que por dos reales nadie quiere venir....

—Bueno. ¿Hay siete? Pues que se contente con siete el ejército de Agamenón. Dame las tres *latas* que sobran.

—Perdone, señor Culebras; pero se las hé dado á mi familia....

—A tu familia, desgraciado! No sabes que con esas tres *latas* podía haberse conseguido tres alabarderos?

—Ah, si es por aplaudir, no tenga usted cuidado: mi familia aplaude por veinte.

—Bueno. ¿A ver los trajes que te ha dado el *guardaropa.*

—Aquí están....

—Un calzón chambergo.... ¡Chambergo en la época de Agamenón! Un capotillo! ¿Y para qué es este capotillo?

—Dice el *guardaropa* que se lo ponga á uno á manera de blusa y con estos calzones....

—Retira esos calzones que apestan....

—También me ha dado este sombrero....

—Un sombrero tricornio!....

—Para un guerrero....

—Sombrero tricornio para un guerrero del tiempo de Agamenón!....

—Culebras?—lo llama un cómico que llega al foso en ese instante.—Vengo en su busca.

—Qué se ofrece?—pregunta Culebras un tanto amostazado por la falta de trajes adecuados.

—Se me ofrece que no tengo ropa y que es necesario que usted me haga prestar uno de estos trajes de comparsa.

—Un traje de comparsa!—exclama Culebras en el colmo de la indignación,—pero no tiene usted vergüenza?

—Vergüenza tengo, lo que no tengo es traje. Vea usted, Culebras, yo con estos calzones que fueron de *carnes* y que ahora tienen un color indefinible; este capotillo y la chalina escocesa de mi mujer puesta á manera de banda, no hay quien me tosa....

—Con que es decir que viene usted de Montevideo trayendo por todo equipaje la chalina de su mujer?....

El cómico sin contestarle tomó el capotillo y los calzones que olían mal y se marchó precipitadamente, mientras Culebras murmuraba:

—Tienes razón animal, no habrá quien te tosa; pero sí quien te silbe.... ¡Señor!... :Señor, que enjambre de brutos!...

Y haciendo aspavientos subió del foso y se dirigió á un hombre que en mangas de camisa iba de aquí para allí con un mazo de cerilla encendida.

—Diga usted, alumbrador, ¿podría ponerse la escena á media luz?

—Ya sabe usted que las candilejas están *firmes*.

—Basta. *Maquinista*, ponga usted, aquí, en segundo término de la izquierda, un banco.

—El de bosque?

—Hombre, bosque en una plaza!....

—Y si no hay otro?

—Y si no hay otro ponga usted el de bosque.

—Y diga usted, Culebras, ¿habrá que hacer trabajar los escotillones? Se lo pregunto porque si no hay despacho la gente.

—No hay. Despache usted la gente y dígale que se coloque en buenos sitios para

aplaudir.... y que aplauda fuerte cuando alguno del público empiece. Que no vayan á hacer lo de la otra noche que mas que aplausos parecia grita.

—Lo que es por mi parte no debe haber queja, — dijo un mocetón acercándose.— Cuando voy por la ropa yo le pregunto siempre al señor Morante ó señorita Trinidad cuando se debe aplaudir y siempre soy el primero.

Culebras se dirige á un jóven que andaba trevejeando:

—Has hecho el *cuadernillo?*

—Hecho está.

—Bueno; pero no vayas á imaginarte que te van á pagar doble que por la copia de papeles. — Ya te contentarás con un realito por pliego.

—Qué dice usted? Un real el pliego!... Pues prefiero hacerlo pedazos...

—No, hombre, no....

—Cómo no? Quiere usted comparar la copia de papeles con el trabajo de un *cuadernillo?*

—Se te pagará real y medio.

—No, señor: dos reales. Está hecho con *prevención* y *salida* y también hé copiado todos los *paños.* Vea usted qué limpio! Cualquiera puede llevarlo.

—Bien, hombre, bien; se te pagarán los dos reales; pero otra vez no pongas mas que las *salidas* y que los *paños* los tomen de *abajo.*

—Es que los cómicos no quieren.

—Pues que quieran. Por la vírgen santísima que no vaya á *faltar* ninguna *figura*.

—Ya sabe usted que no es por mi culpa que suelen faltar.... Si usted prohibiera la entrada al proscenio á ciertos currutacos....

—Señor Culebras,—díjole uno á quien llamaban el *avisador*,—dice el señor asentista que vaya á la boleteria....

—Vamos á la boleteria,—murmuró Culebras, bajando por la escalerilla del proscenio y siguiendo por el pasadizo de la izquierda.

X

En el que tambien se hace otro paréntesis antes de dar comienzo á la tragedia cuyo argumento contó Culebras, para llevar al lector pacientísimo á la sala del teatro.

Ya estaba iluminado el teatro ó *corral*, por la luz de las velas de cera y de sebo, candiles y candilejas.

La sala de expectadores era una gran barraca con inmensas y pesadas vigas de madera colocadas angular y horizontalmente sosteniendo el esqueleto de un techo cubierto con macizos de paja y recubierto con tejas, paredes de ladrillo, mal rebocadas y peor blanqueadas.

Una hilera de palcos bajos y otra de palcos altos, separados por viguetas de madera, listones y alfagias.—Las barandas cubiertas por tablas lijeramente pintadas de blanco y azul,—y los antepalcos abiertos ó libres á la entrada de los corredores. Cuarenta bancos, mas ó menos, con respaldos de madera, asientos de lana y números no muy inteligibles formaban la platea. Dos hileras menos cómodas en la

cazuela ó *gallinero*, que mas tenía de gallinero que de cazuela. Nada de *paraiso*, por lo que los que gastaban sus tres reales ó peseta en la entrada sola, se acomodaban donde mejor les parecia: — artesanos y mozos de cordel, de pulperia ó tienda, muchachos sirvientes ó negrillos esclavos que corrian de un lado para otro para tener lugar en lo mejor del espectáculo, moviendo un ruido infernal con sus zapatones herrados, disputas y empujones llevando á veces su audacia ó torpeza hasta colocarse en tropel en los palcos ocupados por familias y sentarse, si los dejaban, aún en primera fila. Aquella especie de *cuadra* que habia á la entrada por único salon de descanso.

La concurrencia va llegando dirigiéndose, unos directamente á la boletería en busca de asientos que ya no hay y otros á la *puerta principal* donde los recibe Culebras, que está alli con ese objeto, con su afectada amabilidad, lo que no priva que vigile á los porteros y acomodadores y de que algún travieso pretenda colarse sin entrada.

Señoras solas ó acompañadas, van á la puerta del *gallínero* y suben, con el consiguiente trabajo, por la estrecha y empinada escalera de madera sin pulir.

Vánse formando grupos de personas que se codean y empujan por entrar. Carruages de muy distintas modas y tama-

ños llegan á la puerta del teatro, tirados por robustos troncos y mas robustas *cuartas*, conduciendo, á mas de los viajeros, media docena ó mas de sillas en la tolda y trasera que son llevadas al palco alquilado por esa noche.

Corrían de un lado para otro revendedores de localidades, ofreciéndolas por el duplo ó cuadrúplo de su precio; pilletes andrajosos que robaban lo que á manos les venía y armaban escaramuzas adrede para *chingolearle* sus mercancias á un negro viejo que todas las noches de función vagaba por aquellos alrededores con su canastón henchido de alfajores, rosquillas de maiz, empanadas de miel, alumbrado por un farolillo en que ardía la clásica vela de baño, pregonando con palabras *bosales* lo que vendía.

Y como la hora se aproximaba iban llegando las señoras mas encopetadas que cruzaban por entre el medio de una calle formada en la entrada por magistrados y militares con sus trajes de gala, chacareros con su habitual poncho, chiripá y sombrero gacho, sacerdotes y frailes exclaustrados, médicos,—muy pocos,—con su bastón borlado, comerciantes al menudeo con sus zamarras de barragán, hombres del pueblo y no pocos de *color*, con chaquetones de mahón, burlón ó cotonia; mugeres con pañolones, rebocillo ó mantilla....

¿Véis á aquellas matronas y señoritas

que van ocupando indistintamente los palcos bajos y altos y á quienes los caballeros mas notables saludan con el mayor respeto? Son las venerandas damas fundadoras de la bendecida Sociedad de Beneficencia. Repitamos sus inolvidables nombres que debieran hallarse esculpidos en bronce: *Mercedes Llasola, María Cabrera, Isabel Casamayor de Luca, Joaquina Izquierdo, Floria y María del Rosario Azcuénaga, Cipriana Viana y Boneo, Manuela Aguirre, Josefa Gabriela Ramos, Isabel Agüero, Bernardina Chavarría de Viamonte, Justa Foquet de Sánchez, Estanislada de Gutiérrez.* Y con ellas, ved á sus cercanos parientes,—padres, hermanos, esposos,—próceres unos del recinto de las leyes, glorías otros del ejército, miembros notables del foro, del Estado, de las letras....

Y allá, en el segundo palco alto de la izquierda entrando, — porque el primero lo ocupa Dª. Encarnación Ezcurra, esposa del comandante de los *colorados* D. Juan Manuel de Rozas, — la inspirada arpista María Sanchez, viuda que fué de Thomson y digna compañera del caballero Mendeville, mujer que reunía á sus sentimientos caritativos y á su gran belleza física, un talento privilegiado para la música, aunque no tanto talvez como el de la simpática señorita Micaela Darragueira que se encuentra en un palco de enfrente ó el de Cármen

Madero que la acompaña siendo tan celebradas una y otra por su pericia, habilidad y dulzura que no solo eran admiradas por sus amigos inteligentes sino por las sensatas críticas de la prensa.

Y ya que de músicos y *díletantes* hablamos, contemplad aquel jovencito delgado y pálido que apenas llega su cuerpo á la barandilla del primer palco de la derecha, pues raya justamente en los doce años. Es el *pequeño* Esnaola, y ya es un prodigio de ejecución y sentimiento en el piano. Se encuentra acompañado de su pariente y maestro el profesor Picazzani y del no menos renombrado violinista Massoni.

Van llegando á otros palcos los ricos propietarios y comerciantes pudientes del Sar, Arroyo, Lezica, Rodriguez, Gomez, Mazza, Medrano, Anchorena, Ruiz, Ortega, Carrasco.... Representa á la diplomacia extranjera el simpático agente de los Estados Unidos de Norte América, coronel Forbes; á la ciencia, el presidente de la Academia de Medicina, Dr. Justo Garcia Valdez, y el no menos ilustrado médico argentino Dr. D. Cosme Argerich, el rector de la Universidad, Dr. Antonio Saenz; á las letras, Vicente Lopez, Juan de la Cruz Varela, Manuel Belgrano, digna rama del general de su nombre; Labarden, Luca, Cavia, Nuñez; y en un rincon, casi oculto, el insigne fray Francisco Castañéda.

Los cómicos que miraban por el agujero del telón de boca cuchicheaban entre sí regocijados:

—Caramba, hay que portarse esta noche.

—Si parece que vamos á tener toda la corte.

—Solo falta el Gobierno.

Y efectivamente, toda la *corte*, sí así podía llamarse, estaba allí, con sus damas de honor, sus gentiles hombres, sus preclaros génios....

Cambiábanse saludos de palco á palco, de luneta á cazuela, produciéndose en el *gallinero* una algarabía de discordentes diapasones mujeriles, señalando á fulano ó á mengano, pidiendo á voces la localidad que se ocupa *equivocadamente* y á voces hablando sóbre la concurrencia, sobre los trajes, los cómicos, la tragedia y el sainete. Y en extraño revoltillo abigarrado de bultos movibles incesantemente, caras graves de modestas señoras, rostros de muchachas risueñas, ó gruesas mestizas; niños de pecho que en brazos de sus madres ó nodrizas lloran y gritan; una que otra negrilla *esclava*, girando en la semi-rueda por detrás de los asientos y que:—con permiso de su merced á esta;—dispense su merced,—á la otra, logra asomar su cabeza motuda, con su cara de azabache, la trompa de sus lábios rojos, y sus dientes blancos haciendo señas á su *niña* que se encuentra en un palco.

Las localidades, los pasillos y corredores y donde cupiera una persona en pie se iba ocupando. Difundiáse el humo de los cigarros en grandes espirales hasta mezclarse con el tufo de las velas y candilejas. Se abrian y cerraban abanicos semejando el susurro que las aves hacen al batir las alas.... Los músicos produciendo fuertes chirridos al afinar sus instrumentos de cuerdas. Se oye un rudio acompasado: es el de un bastón golpeando en el suelo. Basta ese movimiento para que se produzcan murmullos contenidos de voces impacientes que, creciendo cual olas de tempestades que se acercan, estallan en nerviosos aplausos y redoblados pateos que se van apagando y crecen de nuevo con mayor atronamiento para irse reduciendo á un tan tan de bastones, sables y zapatos con el no olvidado sonsonete de *otro toro, otro toro*....

De pronto cesan como por encanto aquellos ruidos para ser reemplazados por otros écos de voces humanas. Había cundido por toda la sala una de esas noticias anónimas que vienen no se sabe por qué conducto; pero que se trasmiten de unos á otros con la velocidad del rayo. En algunas fisonomías se pinta malestar, desconfianza, miedo. Es que se había lanzado la especie de que esa misma noche iba á estallar una revolución. La mayor parte de las miradas se dirigen al palco

del centro! era el palco oficial del Gobierno y único que se encontraba vacio.

—Conspiración! .... pero, ¿ encabezada por quién? — preguntaban en un corrillo.

—Encabezada por Gregorio Tagle, que vá á tomar como pretesto la reforma clerical.

—Yo creo que el verdadero objeto es echar abajo á Rivadavia porque les estorba.

—El Gobierno no ha venido esta noche.

—Cómo vá á venir si no sale de la Fortaleza esperándo que estalle?

—Luego se encuentra prevenido?

—Y la conspiración, ¿ cuenta con elementos?

—Se dice que han entrado en ella todos los patricios de infanteria y caballeria.

—Pues yo creo que todo no pasa de una *bola* porque si algo hubiera de cierto no estaría tan tranquilamente en su palco el coronel don Celestino Vidal, gefe de la guarnicion.

—¿Dónde está?

—Alli, con el coronel Rolón y don Tomás Aguiar que es su íntimo.

—Y aquél otro que está detrás?

—Es un capitan de la artillería, á quien llaman Benito Peralta, cordobés, que ha aceptado de lleno la reforma militar. Ese

que entra ahora es el coronel brasilero D. Pedro Viera.

—Señores, — dijo el periodista Cavia, que se encuentra rodeado por un grupo de curiosos adictos al gobierno,—todo lo que se dice de conspiracion es absurdo y mas absurdo creer que Tagle sea capaz de convulsionar á nadie. Quién no sabe que Tagle es un hombre sin prestigio, cuyo talento, que le reconozco, se ha empleado siempre en intrigas bajas y en traiciones pérfidas?

—Recuerden ustedes, — añadió Nuñez, que estaba al lado de Cavia,—lo que ese hombre fué cuando tuvo el Gobierno en sus manos. Entónces reinaba aquí la anarquia mas completa, el despotismo mas absoluto, la corrupción mas degradada. Si hubiese durado un poco de tiempo mas en el Gobierno á esta fecha estaríamos cuando menos de nuevo bajo la dominacion de la Metrópoli ó enredados en una guerra civil. Por saciar sus rastreras ambiciones hubiera sido capaz de todo.

—Cierto,—repuso Cavia,—Ese hombre es de los que buscan instrumentos que le sirvan sin fijarse en los medios y en las condiciones. Capaz seria de aliarse hoy con los frailes porque se le presenta una ocasión propicia con eso de la reforma; pero es muy capáz también de dejarlos cuando le conviniese en la estacada.

—A mí me consta, — añadió un tercero — que cuando estuvo en el poder mantenía á sus paniaguados consintiéndoles toda clase de robos y contrabandos, inmorales garitos y la impunidad mas insolente.

—Por mi parte, lo repito á quien quiera oirlo,—dijo Cavia;—tengo la convicción de que Tagle no conseguirá hoy que lo acompañe ningún hombre honrado.

—Quién sabe!.... murmuró á su lado el insigne Castañeda.

La voz de Castañeda fué ahogada por una salva de aplausos que se prolongó con gran entusiasmo. Todas las miradas se habían dirigido de nuevo al palco del centro en el que habían penetrado y tomado asiento tres personages: eran el general don Martin Rodriguez, gefe del Estado, y sus dos ministros Rivadavia y Garcia.

Tan inesperada llegada causó verdadera sorpesa aumentándose los comentarios, tranquilizándose los ánimos mas timoratos y afirmándose la certeza de que la paz pública no sería perturbada.

La orquesta tocó una marcha patriótica; todos se pusieron de pié, se lanzaron entusiastas vivas á la patria y á los hombres que gobernaban. Cesó la orquesta, volvieron todos á tomar asiento y poco después oyerónse voces de:—¡silencio!—y fueron

cesando los murmullos y los susurros de abanicos y los ruidos de bastones y sables. Acababa de levantarse el telón de boca y empezaba la tragedia. El público olvidóse de todo,—de conspiraciones y de Gobierno,—para fijar su atención únicamente en el espectáculo que iba á representarse.

XI

De cómo la representación de una tragedia puede ser interrumpida en sus efectos escénicos por anuncios á usanza de aquellos tiempos, por las señales de un pañuelo blanco y por el desmayo de una mujer.

Se halla en la escena Trinidad Guevara, representando la figura al par que terrible simpática de *Electra*. Una corriente que domina, que electriza, se esparce en la mayoría del público que prorumpe en:—¡bravo!—y frenético aplauso á la reaparición de su querida artista. La Guevara expresa su agradecimiento saludando, muda de palabras; pero elocuente en gestos y sonrisas.

Cesan los aplausos. La artista interpreta la situación y declama su interesante monólogo en el que expresa los amores adúlteros de su propia madre, el crimen nefando en la persona de su padre, la salvación de *Orestes* de la ferocidad de *Egisto*, el deseo ansioso de que su hermano castigue á los delincuentes, los recuer-

dos de la mujer enamorada del amigo íntimo de su hermano, de *Pílades*.

Expresa de tal manera la actriz este monólogo que el público prorumpe de nuevo en aplausos entusiastas. Causado el efecto, el interés se produce; pero sale *Pílades*, y á pesar de la hermosa figura del actor que lo representa, las botas granaderas destruyen la ilusión por un momento. Con razón decía Culebras que iba á armar un alboroto el presentarse á *Pílades* con botas granaderas. Pero habla con *Electra* y *Electra*, poseída de transiciones violentísimas, hace que la acción vuelva á tomar el interés preciso. Una escena de *claro oscuro*, en que se revela el amor de entrambos, el crímen de *Clitemnestra* y *Egisto*, siempre el sueño horrible de la venganza.... Fué tan bien dicho que el público se olvidó por completo de las botas de Velarde.

Pílades se queda solo. Es él, él encargado por su amada *Electra* de confiar á *Orestes* el espantoso secreto, colocando en sus manos el puñal vengador. *Orestes* entra buscando á *Pílades* y á su hermana. Lo abraza y *Pílades* se turba. El amigo inseparable lo interroga, lo sondea en su ánimo, lo domina con el gesto y la voz hasta que, por último, *Orestes* llegó á saberlo todo por la confesion de su amigo. Se horroriza y apenas puede hablar. Balbucea la duda y arroja el puñal parri-

cida que le diera *Pílades*. Se presenta *Electra* y le repite, con écos concentrados, pero tremendos, los crímenes de *Egisto y Clitemnestra*. *Orestes* sigue enmudecido y entónces *Electra*, recogiendo el puñal que este arrojara de sí; blandiendo su hoja y señalándolo, dice con patético acento:

Llave que abrió las puertas á la muerte
Este acero lo fué; de nuestro padre
Mira, Orestes, aquí huellas grabadas
Con sa espíritu noble y con su sangre!
Estas huellas son sombras de un abismo
Donde arrojar se debe á los culpables...
Si te sientes temblar... ¡llegó la hora!...
¡Huye á esconder tu alma de cobarde!

A pesar de lo admirablemente dicho, el público no aplaude; pero escucha dominado.

Sobreponiéndose de pronto *Orestes* responde, poseído de furor:

Si no siento temor; si algo yo siento
Que dentro de mi pecho ya no cabe;
Que quiere desbordar como torrente
En el volcán que en las entrañas arde!
No está el abismo ahí! *(Señalando el puñal)*
(Señalando su pecho). En mi se encuentra
Donde quiero sepultura darles,
Para tener conciencia de que han muerto
Cada dia, cada hora, cada instante!!

Electra, llevada por el delirio de la venganza, lo incita mas aun. Jura *Orestes*

vengarse y *Pílades* se conduele de las desgracias que pueden sobrevenir.

Concluye el primer acto y el público aplaude estrepitosamente. Cae el telón y á pesar de que el general Rodríguez y sus ministros se retiran, aprovechando sin duda, de aquel momento, el público continúa aplaudiendo con palmadas y *húrras*, llamando á los cómicos, los que al fin se presentan á agradecer aquellas manifestaciones. El público vuelve á llamar; está entusiasmadísimo y repite sus aplausos para que se presenten los artistas; pero en vez de Trinidad, Morante y Velarde aparece por entre los bastidores de la embocadura un hombre larguirucho, vestido de negro, promoviendo un verdadero alboroto de risas, palmoteos, gritos y silbidos.

Es el gran Culebras, quien haciendo ademanes con la cabeza y las manos pidiendo silencio, aspira fuertemente y después de haber conseguido lo que desea, les dice, ceceando:

—Respetabilísimo público, el mártes próximo tendremos ocasión de presentaros una magnífica función que aunque jamás podrá corresponder á todo lo que exige la ilustración de este gran pueblo, por lo menos creemos que se acerque siquiera al buen juicio y delicadeza de los que quieran honrarnos con su distinguida presencia.

Y volviendo á aspirar fuerte, continuó ceceando:

—Visto el éxito brillante de la obra que se está representando y á pedido de muchos abonados, el espectáculo se compondrá de la grandiosa tragedia en tres actós y un epílogo, estrenada esta misma noche con un éxito asombroso; una tonadilla cantada por la simpática graciosa de la compañía, señorita Campomanes....

Culebras fué interrumpido por algunas voces de la platea que gritaban:

—¡Que no cante la Campomanes! ¡Que no cante!...

Culebras volvió á pedir silencio y luego que lo obtuvo, continuó con la gravedad anterior:

—Respetable auditorio, la función terminará con el chistosísimo sainete en que tanto se distingue el señor don Felipe David y que se intitula: «*Afeitar á un burro*».

Y dicho esto y haciendo grandes reverencias, Culebras se retiró, dejando al público entregado á la mayor hilaridad, hilaridad que se aumentó doblemente por la ocurrencia de un chusco que imitó el sonido bronco y desapacible de un rebuzno.

El efecto producido por el primer acto de la tragedia desapareció completamente como era de esperarse. Todos reían y no hablaban sinó de la figura de Culebras,

de sus modales, de su encomiástico anuncio y de los rebuznos del *burro*. Culebras había hecho olvidar hasta las graves noticias que circularon momentos antes y hasta la salida del Gobernador y sus Ministros. Nadie pensaba ya sinó en divertirse, repitiendo las reverencias exajeradas del cómico, su cecear y sus aspiraciones.

Al levantarse de nuevo el telón para seguir la representación de la tragedia oíanse las carcajadas y risas mal comprimidas apesar de los chisteos para imponer silencio. Fué necesario que se impusiera la simpatia de que gozaba Trinidad Guevara y el respeto que siempre se le tenía á Antonina para que volviera á la escena toda la atencion del público. La habilidad de ambas artistas y lo interesante de la parte que iba á representarse, hizo desaparecer poco á poco la frialdad é indiferencia trocándose en interés creciente.

Quédase sola *Electra* y sale *Pílades* á manifestarle el estado de su hermano *Orestes* que se halla poseido de fantasmas y delirios. Oyese la voz de *Orestes* que se presenta despavorido. Acaba de sorprender á *Clitemnestra* junto á *Egisto*; crée haberles oído hablar de su crimen; pero cuando ha querido orrojarse á ellos, y despedazarlos, un secreto poder lo contiene que le grita—*¡parricida!* ... Gime, llora, y quiere perdonar á su madre! Al escucharle *Electra* se enfurece, lo increp-

pa, le retrata con colores de fuego el crímen perpetrado; le presenta á *Clitemnestra*, la que, agonizando su padre por ella asesinado, se halla en los brazos de su adúltero amante; le ruega que sea hijo de *Agamenón*; pero duda de que lo sea y le arrebata el puñal para consumar por su mano tan justa venganza. *Orestes* sostiene una lucha tremenda consigo mismo; se sobrepone; jura cumplir los designios del hado y entre los tres combinan entónces los medios para encontrar el momento mas acertado de llevar á cabo la sangrienta venganza.

Y mientras se desarrolla esa escena de transiciones violentísimas, observemos á los que componen el público que no se mueven, que escuchan con la emoción del espanto,—los hombres, fija la mirada en la acción, en el gesto, en los mas insignificantes movimientos del actor, repitiendo, sin sonido, las palabras; sintiendo como si aquella fuera una verdad tangible, palpitante;—y las damas, queriendo en vano retirar la mirada de aquel espectáculo de horror, sensacionadas fuertemente, húmedos los párpados y los lábios.... Y allá, en el último piso, ocultando el rostro por momentos, por momentos presentándolo con los ojos desencajados, fijos, mas que nadie agitada, mas que nadie temblorosa, dirigiendo la mirada á la escena, cambiándola con febril rapidéz á la entrada de la

platea, al único asiento que aun permanecía desocupado, pasando las manos por la frente sudorosa, moviendo los lábios sin articular palabra, se hallaba Pepa.

El interés de la tragedia crece, crece cada vez mas.... *Orestes* llega á encontrarse frente á frente de *Clitemnestra*,— es la escena capital; escucha sus acentos amorosos de madre, observa su rostro sonriente y lucha aun por no creerla culpable, por no creer que aquella voz tan dulce, aquel semblante angelical, oculten tanta maldad. El silencio se hace profundo; pero de pronto es interrumpido por el paso de un espectador que penetra por la calle del centro de la platea. El público irritado chistea y grita: — ¡ Fuera ! — pero el importuno sigue impasible hasta la cuarta fila de la derecha y toma asiento en la luneta núm. 194, única que ha permanecido desocupada desde que empezó el espectáculo. El que ocupa la luneta impasible ante las impaciencias del público, dirige la vista por todas partes hasta clavarla en la cazuela número 15.

Inmediatamente saca un pañuelo blanco que pasa por su frente y al exclamar *Orestes*:

—Parricida y adúltera
No basta que tu sangre se derrame

suena un grito agudo, seguido de otros

mas débiles y ahogados. Fué como si una pila eléctrica hubiese tocado aquella masa de seres humanos; como si se hubiese operado una mutación instantánea é inesperada. Público y actores se sorprenden. Suspéndese la representación. ¿De dónde partían aquellos gritos? ¿Qué era aquello? Los unos á los otros se interrogan, primero con la mirada, luego con la palabra. Instintos de terror se apoderan de algunos y en todos los semblantes se pinta la mayor estupefacción. Impulsivamente se dirige la mirada al palco oficial; el Gobernador y sus Ministros no están allí. ¿Habria estallado el complot?... Por fin sonó una voz que llegó á oidos de todos:

—No es nada, señores! Una mujer que se ha desmayado en la cazuela.

Y en un palco, donde se hallaban algunos de los jóvenes que esa tarde criticaban á los transeuntes que pasaban por la puerta del café de Catalanes, señalando á un grupo de mujeres que había en el *gallinero*, decían:

—Es la mujer del portugués Larrica que se ha desmayado al entrar su querido.

—Que la saquen!...—gritaron los del grueso público al saber ya lo que ocurría.

—Fuera!—Que siga el espectáculo!—Que siga....

Unos de pié gritando y vociferando desde la platea; damas que se ponian preci-

pitadamente sus tapados y salían escandalizadas al oir los inequívocos runrunes que hasta ellas llegaban; tropeles de individuos que corrían por los pasillos de palcos y platea hacia la puerta de salida....

—¡Ya la traen!—se oyeron voces junto á la escalera de la cazuela. Y efectivamente: precedida por varias mujeres bajaba Pepa, con paso incierto, la mirada vaga y temerosa, pálida y desalentada.

—Quiere usted que la acompañemos?—le preguntaron aquellas mujeres.

—No, gracias,—contestó ella entre dientes, cuando el mismo que interrumpiera momentos antes el espectáculo, abriéndose paso por entre aquel gentío se le aproximó llamándola por su nombre. Pepa acudió á él y se tomó de su brazo.

Aquel hombre, que no era otro sino el querido de Pepa, pretendió salir con ella desafiando con la mirada y el gesto la curiosidad de los que los rodeaban.

De un grupo que lo formaban los coroneles Vidal, Rolón y Viera, el capitán Peralta y otros salió una voz que dijo:

—Imprudente! Siempre has de ser un calavera incorregible!

El ex-capitan sé volvió al grupo y preguntó:

—Quién se atreve á hablarme así?

—Yo,—contestó un hombre de cierta edad.

—Y á usted, señor Aguir, ¿que le importa?

—Me importa porque soy íntimo amigo de tu familia, y porque presumo el disgusto que este escándalo va á producir en tu pobre madre.

El ex-capitan se extremeció; pero desafiando aún con la mirada y el gesto á los que lo rodeaban, se abrió paso llevando de su brazo á Pepa que extremecida y convulsa trataba de ocultar el rostro entre los pliegues de su pañuelo.

Mientras tanto se oía adentro los gritos confusos y atronadores del público bajo: —¡Que siga el espectáculo! ¡Que siga el espectáculo!.... Fuera!. .. Fuera!...

XII

En que el autor, sin duda por ser el último se olvida de ponerle título á este capítulo

A trechos largos pavesas lanzando las últimas llamaradas y allá, á lo lejos uno que otro farol cuya amortiguada luz iba desapareciendo. Encapotado el cielo por negros nubarrones. Quietud profunda interrumpida á veces por el chirrido de las aves nocturnas, por el *quién vive* de las patrullas ó el repercutido alerta del centinela. Bocanadas de claridades repentinas y repercuciones de voces confusas y sonidos de guitarra y choques de vasos y botellas al abrirse la puerta de algún café, taberna ó pulpería de donde á tales horas sale algun *desplumado* ó despiden á algun borracho cuyos inciertos pasos resueñan en la solitaria calle con ecos de martillo. Al llegar cerca la puerta del Café de Catalanes, U... se detiene porque distingue un grupo de hombres que se dirige hácia ellos. Como si temiera encontrarse con

aquellos hombres atraviesa á la acera de enfrente y dobla hácia el sud por la calle de la Catedral. El grupo se aproximaba cautelosamente: lo formaban algunos celadores armados que se detienen en la esquina y lanzan los rayos de una linterna *sorda* hácia la pareja que sigue caminando aceleradamente.

—¿Dónde vamos? — dice Pepa con voz imperceptible.

—Calla,—le contesta U.... mas con el gesta que con la voz.

Y siguieron caminando silenciosos y sombrios como la noche.

—Ya estás libre,—la dijo U... con ronco y glacial acento.

—¡Muerto!

—Si. ¿No has visto la señal convenida?

Pepa no contestó.

U.... continuó casi entre dientes:

—Llegamos á mi casa y bajamos al sótano sin que sospechara nada y allí.... duró muy breves instantes.... ni lucha hubo.... ni un ay, pronunciaron sus lábios. Calló para no volverse á levantar mas.... Después sali.... Cerré el sótano y.... aquí llevo la llave de su tumba....

—Y si descubren?

—Si descubren?....— y U... calló al desembocar en la plaza de la Victoria. Como sí no tuvieran rumbo fijo que seguir

hesitó por un momento tomando luego por la vereda que conducía á la cárcel. Pepa á su lado, cogida de su brazo, lo seguía impulsivamente. De pronto se detiene extremecida: hay algo allí que les estorba el paso: á las intermitentes llamaradas de un farol se distingue confusa una camilla y en ella un cuerpo inanimado envuelto entre harapos. Es el cadáver de aquel cuyo asesino entregó U.... al comisario Alcaraz. U... lo reconoció, reconoció aquel rostro medio cubierto por las greñas de su cabeza entrapajada, en cuyos lábios parecia vagar una mueca de sangrienta burla; lo contempló por un instante y creyendo sentir en sus oídos el eco vibrante de la maldicion que le lanzara el viejo soldado, un extremecimiento nervioso circuló por todo su cuerpo, extremecimiento que se comunicó á Pepa, quien retrocediendo con espanto empujó á U.... hácia adelante; pero sonó la voz de un centinela que les grító: — ¡Atrás! — y se volvieron rápidamente para torcer por la calle de las Torres y seguir por ella maquinalmente asidos como si solo formaran un solo cuerpo.

—¿A dónde vamos?—volvió á preguntar Pepa.

—A dónde? A tu casa,—contestó U... apresurando el paso unas veces y otras deteniéndose como queriendo distinguir la procedencia de ruidos lejanos.

—¿Qué vas á hacer U....?

—Todo creo que saldrá bien, Pepa,—murmuró U....—si mañana estalla la revolución y hay resistencia.... sacaré el cadáver del sótano y lo arrojaré á la calle.... Achacarán su muerte á....

—¡Alto!—se oyó una voz imperiosa al acercarse á la boca calle.... Pepa lanzó un grito y pretendió retroceder; pero U... la retuvo diciéndole:

—Es una patrulla.

—Quién vive? preguntó la misma voz.

—La patria;—contestó U.... con voz vibrante.

—Qué gente?

—Paisano.

—Pase.

Y Pepa y U.... se acercaron á la patrulla que los observaba atentamente al fulgor de una linterna.

—Buenas noches,—dijo U.... mientras Pepa escondía el rostro para no ser reconocida; pero el que llevaba la linterna clavó en ella los rayos de su luz, mientras contestaba:—Buenas noches,—y moviendo con desagrado la cabeza díjole á U....

—Malas horas son estas, señor U.... para andar por la calle con esa señora.

—Está prohibido?—preguntó U... altanero.

—No; pero le aconsejo que se retire de estos alrededores porque puede haber peligro.

—Peligro?

—Ya debe usted saberlo,—le contestó el agente de la linterna.

—Teme el Gobierno?....

—Los que deben temer son los que conspiran contra él. Puede seguir; pero le repito que es bueno se aleje de estos alrededores.

Y reflejando de nuevo la luz de la linterna en el rostro de Pepa, les dijo con aspereza:

—Pasen, — indicándole que siguieran adelante.

—Alcaraz.... otra vez Alcaraz....— murmuró U... y siguieron caminando siempre silenciosos y sombrios hasta detenerse en la casa de Larrica.

—Vete,—le dijo Pepa con suplicante y apagada voz.—Si entras pueden sospechar....

—No,—contestó U....

Pepa quiso volver á suplicar; pero al oír pasos precipitados que se acercaban, golpeó con el llamador de la puarta, diciéndole á su amante:

—¿Qué bultos serán aquellos?

—Otra patrulla....

—No serán espías?....

—Puede ser....

—Te habrán descubierto?

—No es probable. Andarán siguiendo mis pasos porque me creen comprometido en la revolución que debe estallar mañana....

La puerta se abrió, y á la roja luz que lanzaba el mechero de un velón se presentó somnoliento y abotargado el rostro de la parda Rufina. Pepa y su amante entraron precipitadamente diciéndole á la pardá:—Cierre Rufina;—pero en vez de obedecer la parda sacó la cabeza, miró á uno y ótro lado como si algo quisiera escudriñar en aquellas obscuridades, se encogió de hombros y con gestos y refunfuños de mal humor cerró la puerta y se fué hasta el fondo del corredor, mientras Pepa y U... penetraban en la sala alumbrada por una escasa claridad que venía de una pieza contígua. A esa escasa claridad Pepa le señaló á su amante un cuadro que había frente á la puerta. El cuadro representaba el retrato de D. Manuel Larrica, aquel retrato mostrado á ella en los momentos de agradable sorpresa cuando la trajo del tugurio de la calle de San Telmo, á aquella casa llena de las comodidades que relativamente podia ambicionar. Vino á su mente el recuerdo de todas las gratas emociones de aquella tarde feliz.... ¡Hasta aquel beso ámplio, sonoro, como el ansia de un sediento que toma el primer sorbo de agua, estampado en los ameratados y gruesos lábios de su marido... el primero y el último dado de esa manera!.... la comida, el palco, los trajes, los muebles y aquellas damas que la miraban con despreciativo desdén y el encuentro fatal de

su alejado José María surgió instantáneo en su calenturienta imaginación como chispas de fuego que abrasaran su cerebro.

Los dos amantes se miraron y U.... dirigiéndose al cuadro y dándole vuelta pronunció sombrio:

—¡Descansa en paz!

Pepa lo dejó hacer muda y vagando la mirada á los objetos que la rodeaban.

—¡Papá! ¡Papá!—se oyó una voz infantil que salía de la pieza contigua.

Pepa corrió á donde la voz sonaba.

Los pálidos reflejos de una lamparilla iluminaban aquella pieza. Allí habia una hermosa cama de ébano, con dosel de terciopelo y seda, vacia.... era la cama matrimonial.—Otras dos camitas de junco á los costados y en ellas dos niñas de tres á cuatro años. La menor dormia, mientras que la que momentos antes llamaba á su papá, apoyado el pequeño brazo en la almohada y con los ojos fijos en la puerta por donde penetrara Pepa, la preguntó:

—Y papá?

—No ha venido,—contestóle Pepa, acercándose.

—Pues con quién hablabas?

—Con Rufina?

—Mientes...¿Crees que no conozco la voz de Rufina¿ Esa es la voz de papá...

—Calla y duerme, — la dijo Pepa, imperiosa.

—Si no puedo dormir, mamá, por que papá me prometió esta tarde que me traeria caramelos.... Tú me engañas, esé es papá.

Y la niña hizo un movimiento como para bajarse de la cama.

—Nó!—la gritó Pepa con la fisonomía y la voz alteradas. — No te levantes, por que sinó...

—Papá! — llamó la niña y repitió:— ¡papá!

—Cállate, — la dijo Pepa haciéndola acostar con impulsos violentos,—cállate y duerme,—y la tapó el rostro con la sábana como si no quisiera encontrar la mirada de su hija.

—Mala!—exclamó compungida la niña. —No te quiero.... Deja que venga papá y le contaré que me has pegado.

—Calla.... Te digo que te calles!...— la gritó Pepa exasperada, amenazándola con el puño.

La niñita sacó la cabecita por entre la sábana y siguió diciendo:

—Ya no me quieres, ni á mi hermanita tampoco.... ¡Mala! — y encogiéndose y cerrando los ojos se tapó la carita con la punta de la sábana.

Pepa siguió mirándola fijamente hasta que la niña quedóse dormida con suspiros de congoja. Pasó un momento en que solo se percibía la respiracion de aquellas dos criaturas. Pepa las contemplaba, sintió

algo que ahogaba su garganta; quiso llorar; pero en sns ojos no habia lágrimas y sus labios articularon un gemido. Volvió á la sala donde estaba su amante.

—Has oído?—le preguntó.

—Si.

—Dice que no las quiero... Y tal vez diga verdad.... Muerto ese hombre me queda aun este peso.... ¿Y qué las diré mañana cuando me pregunten por su padre?....

La puerta que daba á la habitacion donde dormian las niñas, y que Pepa encajó al entrar á la sala, se abrió de pronto. Pepa, que se creia completamente sola con su amante, y que siente hervir en su cerebro la fiebre, lanza un grito involuntario, mientras la parda Rufina, que es quien ha abierto la puerta, se dirige á ella y con paso inseguro y voz seca, la pregunta:

—Dónde está D. Manuel?

—Váyase Rufina á dormir,—la dice Pepa, eludiendo contestarla.

—Me iré cuando me digas dónde has dejado á D. Manuel.

—Le hé dicho que se vaya á dormir,—la replica Pepa con acento irritado y ademan nervioso,—ese *hombre* vendrá ó no vendrá.... nada me importa.—Soy dueña de mis acciones.

—¡Dueña de tus acciones! — exclama la parda con la voz cada vez mas alterada y los ojos enramados,—no tan calvo, mi hi-

jita. Tu marido manda en tí, y si él sabe....

—Rufina,—la dijo U... tratando de empujarla á la puerta que daba al zaguan, —tu señora te ha dicho que te retires y debes retirarte.

—¡Mi señora!—exclamó la parda escupiendo una carcajada preñada de ironia.—Mi señora!.... Qué me viene á echar en cara que es mi señora esa zaparrastrosa arrojada á la puerta de mi taberna como se arroja un perro...

—¡Miserable borracha!....—exclamó U.... sin poderse contener,—retírate ó...

—é iba á arrojarla violentamente cuando Pepa se interpuso.

—Y yo no me he de ir porque á usted se le antoje,—contestó la parda desafiando el ademán de U....—A ver, pegue no más. *Miserable borracha!*.... Si, estoy borracha con la plata que usted me ha dado.... ¿Quién es usted para mandar aquí? Está usted por que yo quiero.... Hágase el valiente con una pobre vieja y ya verá si llamo la patrulla para que lo lleven preso como á un bandido.

—¡Canalla!—rugió U... queriendo ahogarla entre sus manos.

—Rufina, por Dios!—exclamó Pepa,—por Dios, José María, considera que el escándalo nos perdería...

—Demasiado buena he sido....

—Si, Rufina,—la contestó Pepa, dando

á su voz toda la dulzura posible, — perdónenos si la hemos ofendido...

—Despues que tanto me deben ustedes...

—Toma,—la dijo U... haciendo brillar á sus ojos un montón de monedas de oro.

Rufina tomó aquellas monedas y guardándoselas murmuró ya aplacada:

—Este hombre cree que todo se compone con la moneda....

—Papá, ¿ha venido papá? — se oyó de nuevo la voz de la niña....

—No vés?.... Ahí lo anda llamando su hija.

—Y si no sé, Rufina, dónde está!—prorumpió Pepa con un grito de exasperacion.

—Bueno, si no sabes, que se vaya este hombre porque puede venir....

—¡Papá! ¡papá! — volvió á gritar la niña.

—Hazlo que se vaya mientras yo voy á cuidar de tu hija—díjole la parda á Pepa y desapareció tras la puerta del dormitorio.

—Ay, José Maria, ay!...—sollozó Pepa abrazándose á su amante convulsivamente.—Parece que me golpean en la cabeza con un hierro hecho ascua. Esa mujer va á tener nuestra vida en sus manos. Abandonémoslo todo y huyamos por que tengo miedo.

—Miedo tú, Pepa, cuando me has exigido la muerte de ese viejo si queria volverte á ver?... Ahora tienes miedo cuando me has obligado al mayor, al mas repugnante de los crímenes por un simple capricho talvéz?·

—No era capricho sinó la imposibilidad de poder seguir viviendo como vivía; sinó la repugnancia, el ódio que por ese hombre sentía. Yo sé que hé obrado mal por que nunca debí casarme con él siendo tu querida; pero hecha esa union y queriéndote con toda mi alma, con todo mi corazon, con toda mi vida eterna, comprendí que solo para tí podia vivir y que para ello tenía que desaparecer ese hombre abominable. Si tú no lo hubieses hecho te juro que lo hubiese hecho yo.

—Yo tambien te amo Pepa y pruebas te hé dado de mi amor cuando por él hé ido, ciego y obediente como un esclavo hasta el crímen.

Rumores de pasos y voces que se producen en la calle los hace extremecer. Se oyen ruidos de armas y llega hasta ellos el *quien vive* de las patrullas. Despues se distinguen palabras que suenan en la misma ventana de la casa de Pepa:

—Aquí vive el viejo lusitano.

—El toro embolado, como le llamó Culebras.

—Lo que es á este *Agamenón* no le pasará lo que al marido de aquella *Clitemnestra.*

—¡Flojito ha sido el escándalo que ha dado la tal Pepa!

—Y la audacia para salir despues del brazo de su querido.

—Hay para hablar una semana.

—Mientras que el dichoso toro embolado dormiria á pierna suelta.

—Hombre predestinado.... ¡duerme en paz!

—Vamos á despertarlo.

Y se oyeron fuertes golpes en la puerta de calle dados con el aldabón, brutales carcajadas y pasos precipitados.

—No salgas, por Dios,—exclamó Pepa deteniendo á su amante.—¿Has oído?....

—Si.

—Tengo miedo.... ¿No ves cómo tiemblo?.... Ah, si hubieses oído la tragedia... Aquel puñal.... parecia que se clavba en mi pecho....

Los dos amantes se miraban sombrios y como si una fuerza latente los hubiese clavado junto á la ventana permanecieron inmóviles mientras de la pieza contigua venía á ellos el canturreo gutural con que la parda pretendía adormir á la niñita que llemaba á su papá.